Las Mejores Poesías

de

Víctor Domingo Silva

«...ásperos o armoniosos, lánguidos o bravíos,
oscuros pero libres, groseros pero míos!»

Soc. Imprenta i Litografía Universo
Galería Alessandri, 20
SANTIAGO de CHILE
1918

INDICE

I. Canciones de amor i de dolor

II. Voces de la Tierra

III. Odas i Arengas

I. Canciones de Amor i de Dolor

II. Voces de la Tierra

III. Odas i Arengas

A un Poeta de Chile

¿No habrá para la pluma gastada
que en la cotidiana labor,
como arado por tierra de guijarros sembrada
guiamos con un suspiro de dolor,
una hora de fuga por los senderos
rampantes de la juventud,
cuando eran comunes nuestros derroteros
i la Poesía nuestra virtud?

Poeta, llama a los nuestros, i emboca
de nuevo tu áureo clarín;
que la Patria i la Raza oigan de tu boca,
del uno hasta el otro confín,
el mensaje con la verdad nueva
a que mi voz no alcanza a dar
la cadencia i el brío que las almas eleva;
pon en tu verso mi cantar.

Que el mundo bajo la zarpa del Odio
que desangra su corazón,
vuelve a escribir un salvaje episodio
al marjen de la Civilización,
i hasta en estos bíblicos lares
donde la paz fué diosa ayer,
hoi hermanan sus bienes los leaders *populares*
con arrullos de engañosa mujer.

Los sabios—oh, los niños graves!—pensaron
haber embalsamado al gladiador;
los muros de su tumba de pronto vacilaron,
i él resurjió, de ciencia i tiempo vencedor.

La refinada jente del siglo, un calofrío
sintió en su frájil espina dorsal,
(i había en esto miedo, i también, oh, Dios mío,
algo como voluptuosidad carnal.)

Era la intuición de la trajedia, que crispa
los nervios con sádico poder;
más que el placer, era como la chispa
que al árbol viejo hace estremecer.

¡Fuera las hipócritas máscaras contritas!
Sentía el mundo ansia de guerrear,
i todos azuzaban, como en la arena. (Danse citas
hombres de las cavernas con los del bulevar.)

Cada débil en torno piensa que se desmaya
al olor de la sangre, i es que muere de sed:
sed del rojo licor. Para que vaya
hasta el borde, precisa que le ordenen: bebed!

I entonces otros, la codicia i el miedo
por espuelas, veránse sobre muertos pasar
tras el botín. La Europa será un ruedo
de fieras en anacrónico avatar.

¡A las armas, cristianos! La Escritura
se resume en una traición;
Huerto de los Olivos, emblema de amargura,
etapa de la Crucifixión.

¡Es la lei, es la lei! De su mandato en vano
lo implacable pensáis rehuir.
O esplotáis como fuertes a vuestro propio hermano,
o aprendéis de su fuerza el deber de morir.

La palabra del débil podrá ser justa, pero
la del fuerte lo es dos veces. ¿Razón?
La espada del antiguo caballero
no hará desviar la bala de cañón.

Así el indio perdió su libertad antaño
bajo el brazo criollo que fué recio una vez;
los hombres rubios son los fuertes ogaño,
i el valor no es ya juez.

Los Estados Unidos (Washington el Patriarca,
al desposar la Libertad
de fecunda projenie, creyó sellar el arca
de la guerra para esta su heredad)
hoi empuñan el guante de hierro que anonada
con el vencido al vencedor,
i como aguiluchos que dejan la nidada
vienen los nuestros en redor.

He aquí la sentencia, el juicio de las armas
para nuestra América feraz:
probad que os pertenece lo que tenéis.—¿Alarmas
que contajia un miedo falaz?

Nó, hermanos! Es la historia que jira
sobre el Presente, i que el Ayer
proyecta hacia el Futuro. Hacha, o pira,
con el eterno morir o vencer.

Que cada cual posea lo que su brazo alcance
a defender i a cultivar;
que el pueblo que se duerma, ha de verse en el trance
desnudo, herido i sin hogar.

Ni aún es ya verdad que las batallas
decidan la suerte final,
sino la raza fuerte que traspasa las vallas
del huerto del Bien i del Mal,
para cojer el fruto que indolente
otro no supo defender...
¿Queréis que os diga brutalmente
la parábola de Mañana i de Ayer?

La tierra, hembra que el desvío llora
de su dueño, vendráse a entregar
a quien de veras muestre que la adora,
a quien la sepa fecundar!

La Raza cubre, inconsútil manto,
a la Patria; si mezquino es,
temed que tiente con fácil encanto
al Conquistador su desnudez.

Poned oido a la tierra, donde hablan
las cenizas de la Tradición,
que a solas, con los poetas, sus diálogos entablan,
i marchad con la Civilización.

Velad sobre las armas, hasta que las fanfarras
anuncien que los Hijos de la Libertad
mellaron los colmillos i arrancaron las garras
al Cancerbero de la Divinidad.

ERNESTO MONTENEGRO.

Nueva York, Abril de 1917.

Profesión de Fe

Aquí estoi. Soi el rápsoda. Camino
i canto al par. Me absorbo en lo profundo
de la naturaleza. Peregrino
del pensamiento, voi, meditabundo
entre la hostilidad de los humanos
odios,—esos oscuros salteadores—
esparciendo mis sueños como granos,
deshojando mis versos como flores...

Así voi, visionario de la vida,
amando lo que vibra i lo que late,
dejándome llevar, tendiendo brida
a mis íntimas ansias de combate;
soñando con el bien, como Quijote,

odiando el mal i provocando el pasmo
de las jentes beatíficas, al trote
del menguado rocín de mi entusiasmo.

Nací así. ¿Qué he de hacerle? Soi un loco.
Nací para luchar. Por eso vivo,
i tengo algo de Dios cuando desfloco
a todo viento mi penacho altivo.
Vivo para los sueños que fecundo,
vivo para los versos que derramo
i no comprendo la razón del mundo
sino por la virtud de lo que amo...

Así voi, saludado por la gracia
de mi propia ilusión. No es mi quimera
más fuerte ni más noble que mi audacia,
Mi fe está en mí, mi brazo es mi bandera.
mi solo culto la belleza. Vivo
por la divina fiebre en que me abraso.
No tengo, como Pan, los pies de chivo;
pero calla la selva cuando paso...

Porque la selva, ese órgano sonoro,
sabe de la armonía de mis voces
i yo entiendo su lengua, que es de oro.
Habla la selva, i son los tenues roces

de la fronda en la fronda, es el diluvio
procreador que los pistilos baña,
el clorófilo verde, el polen rubio,
el amor de la tierra hecho montaña...

Como la selva soi. Siento que vibra
la vida en mí, como en la selva, en ruidos,
i que de cada nervio i cada fibra
arráncandome va desconocidos
acordes, al pasar: unos violentos,
otros plácidos, vagos o profundos.
Si los crea la vida, mis acentos
fuerza es que sean, como yo, errabundos...

Adoro en mi ideal. La primavera
no vale menos porque esté perdida,
ya que se ve el azul como si fuera
la primera mañana de la vida.
Adoro en mi ideal. Adoro en cuanto
solicita mi espíritu con mudo
recojimiento... ¡Pleno de su encanto,
mi corazón es como un dios desnudo!

Mi raza vive en mí, como yo en ella.
Quiero ser el poeta primitivo,
el que arrancó su horóscopo a la estrella,

el que, ceñidas de laurel i olivo
las vastas sienes, arrojó en la sombra
todos sus himnos en un haz de lampos
i al tacto de sus pies tendió una alfombra
de milagrosas flores por los campos.

Quiero ser el poeta, hijo i hermano
de la tierra feraz, robusto brote
que se abre con el jesto de una mano...
Bardo i profeta, artista i sacerdote,
i todo!... Que se pierdan en el viento
mis frenéticas voces, siempre llenas
de este amor de la raza, que yo siento
crispar mis nervios i espandir mis venas!

Rudos mis versos son; pero en su aliento
hai algo de las ansias intranquilas
i algo del colosal deslumbramiento
que produce en las vírjenes pupilas
de la raza, la augusta, la increada
visión del porvenir... Yo hago su exodo.
¡Alondra soi que canto en su alborada
i amo la luz porque la luz es todo!

La luz es lo más alto, lo más libre.
La luz, sombra de Dios, es mi quimera.
Por eso quiero que en mis versos vibre,

juventud inmortal, la primavera
i la luz, hecha prisma, se derroche...
¡Yo amo la claridad como amo el día!
La noche es bella, sí; pero la noche
sin luna i sin estrellas ¿qué sería?

¡Sueño con estinguirme entre los míos!
Aguardaré el crepúsculo cantando
i cuando lleguen los primeros fríos
a aterirme los músculos, i cuando
se hundan mis plantas en la Selva Oscura
de donde nadie ha vuelto, ya vencido,
he de pedir a estrecha sepultura
la quietud, i el silencio, i el olvido...

Quietud, silencio, olvido! No los quiero
para mi vida aun. Amo i admiro.
Creo en mi fe i en mi esperanza espero.
I sólo con el último suspiro
dejaré de cantar... Mi alma se abraza
a su divino ideal. Sigue su huella;
i con honda emoción ve que la raza
busca la luz para bañarse en ella.

Acción de Gracias

A tí, mujer, que me amaste
un minuto de tu vida.
cuando a mi alero llegaste
como una alondra perdida;

i a tí, amable vendedora
de besos, que no quisiste
con tu boca pecadora
beber de mi vino triste;

i a tí, musa de mi infancia
que siento en mi alma vibrar
con la dulce resonancia
de una campana escolar;

i a tí, hermosa, a quien un día
con muda sorpresa oí
decir una poesía
escrita antaño por mí;

i a tí, traviesa i coqueta;
i a tí, suave i soñadora;
i a tí, por tu alta silueta;
i a tí, por tu tez de aurora;

i a tí por saber reir;
i a tí por saber cantar;
i a tí por saber sentir;
i a tí por saber soñar;

i a todas, por haber puesto
en mi vida vagabunda
un rayo, una nota, un jesto
que la tornaron fecunda;

a todas por haber sido
como el arroyo que pasa
cantando gloria al oído
del viajero que se abrasa;

por haber hecho brotar
en mi alma una luz de estrella,
como la arena del mar
vierte agua bajo la huella;

por haber, un solo instante,
con un soplo de pasión
sacudido el desolante
horror de mi corazón;

os debo un voto de gracias
i os entrego lo que os debo...
¡Brida quieren mis audacias
para lanzarse de nuevo!

Al insecto diminuto
que poliniza las flores
debe algún árbol su fruto:
así os debo mis dolores,

i mis dolores han sido
mi vida, pues me lo han dado
todo, menos el olvido;
nada, fuera del pecado!

Pero, entre todas, a tí,
noble amiga i compañera,
que eres siempre para mí
la más alta, la primera;

a tí, que no ignoras cuanto
hai de miseria en mis días:
mi incurable desencanto
i mis raras alegrías;

que no ignoras una sola
de mis íntimas torturas:
ni el orgullo que me inmola
en la cruz de mis locuras;

ni los callados terrores
de mis lúgubres tormentos,
ni los hondos estertores
de mis grandes desalientos;

tú que llorando conmigo
te has uncido a mi fracaso,
recojiéndome al abrigo
de tu bendito regazo;

tú que acallas mis sollozos
con tus palabras ardientes
en los vastos alborozos
de las horas confidentes;

tú, de mis luchas testigo;
tú que nunca te has cansado
de soñar junto conmigo...
¡tú que siempre has perdonado!

tú que con tus claros ojos
has visto bien como soi
i vas limpiando de abrojos
la senda por donde voi;

tú que, al borde de la cuna
de nuestro ánjel, has vertido
rayos del sol i de luna,
siglos de amor i de olvido;

tú, en fin, a cuya mirada
mi corazón, libro abierto,
no podría ocultar nada...
¡ni siquiera que está muerto!

A tí que siempre has sabido
matar en mí la blasfemia
haciendo en tu pecho un nido
para mi musa bohemia;

a tí por tu inmenso amor
i por todas tus virtudes,
he de deber la mayor
de todas mis gratitudes.

Por nadie, si no por tí
está mi selva florida....
¡Por tí tiembla i sangra allí
la mitad de nuestra vida!

Es hijo del corazón
este libro algo sombrío:
lo comenzó la ilusión
i ha de acabarlo el hastío.

Tómalo, pues, en ofrenda
de gracias. Dale tu palma,
ya que él conoce la senda
que va derecha a tu alma.

Lleno de temor lo envío:
mas si lo objetas, te arguyo
que si es tuyo, es por ser mío;
que si es bello, es por ser tuyo...

›or los Barrios Lejanos

Paseo mis tristezas por los barrios lejanos.
)e pronto, por la clara ventana se desata
acia la paz nocturna, la clásica sonata
ue en su temblor denuncia la inquietud de las manos.

¡Oh, idilios familiares en que los viejos pianos
on cómplices que guiñan a la luna de plata!
¿Qué cándidas ternuras son esas? Ese «ingrata»
ue se oye, ¿no lo dicen unos celos tiranos?

Recuerdo! qué me quieres? no soi más que una sombra.
ante el clamor de una alma lejana que me nombra,
ni corazón, eterno Don Juan, suspira: amor...

La luna... La ventana... Silencio i poesía.
—Ah,—pienso—si estuviera la que me puso un día
os labios en los labios i en el ojal la flor!

Obsesión

Hasta aquí me persigues! Es en vano
que huya i me oculte con medroso tiento.
La mustia flor me acecha desde el piano,
está lleno de tu alma el aposento.

En la hoja de un libro, arde tu mano;
en el quieto marfil, duerme tu acento.
¡Ah, si cual nos vengamos de un tirano,
pudiese estrangular mi pensamiento!

Morir! I a qué?... No es que se torne inerte
mi brazo, ante el espanto de la muerte.
¡Es que me acusarían mis despojos,

pues sé que, aún más allá de mi agonía,
tu luminosa imajen surjiría
sobre el ópalo turbio de mis ojos!

l soneto de la tarde

¿Por qué estoi melancólico? Es la hora
del vermouth, del fastidio i la neblina,
cuando de nuestro espíritu en la ruina
cada recuerdo es una trepadora.

Sobre la urbe espléndida i sonora
va la sombra a tender su muselina
i el cielo, con su estrella vespertina,
es una inmensa soledad que llora.

Dejo la copa i pienso... Pienso mucho.
No sé que hacer... La charla me contrista.
Me parece de súbito que escucho

las confidencias de un dolor secreto,
i cuando en el papel clavo la vista
hallo, en vez de una lágrima, un soneto.

Pobre ilusión

Diviso un sombrero, una pluma
coronando una grácil silueta.
La ilusión me engaña,
i mis ojos se van persiguiéndola...

Pero mi corazón habla, i me dice:
—No es ella...

Contemplo unos ojos profundos
sobre dos amorosas ojeras.
La ilusión me engaña
i los míos se avanzan a verla...

Pero mi corazón, habla i me dice:
—No es ella.,,

Escucho una voz en que se unen
alegrías, ternuras, tristezas.
La ilusión me engaña
i el oído aguardando se queda...

Pero mi corazón, habla i me dice:
—No es ella...

Admiro el fantástico brillo
de una blonda, imperial cabellera.
La ilusión me engaña,
i las manos, febriles, me tiemblan...

Pero mi corazón habla, i me dice:
—No es ella!

Escucho unos pasos levísimos
i un frufrú de mujer i de seda.
La ilusión me engaña
i llena un perfume mi boca entreabierta...

Pero mi corazón habla, i me dice:
—No es ella, no, no es ella!

Tumbado en mi mesa trabajo.
Suspirando, abandono el poema.
La ilusión me engaña
i anima su imajen las pájinas trémulas...

Cuándo será que el corazón me diga:
—Es ella, al fin, es ella!

Ella que habla, que canta, que ríe,
que en un rayo de sol se me acerca,
que es fragancia en las flores que beso
i encendido temblor en la estrella.
Ella que anda, divino trasunto
de la primavera,
ráfaga imprevista,
mariposa inquieta,
golondrina de amor que me anuncia
la dormida pasión que despierta,
la fugaz juventud que renace,
la dicha perdida que al cabo regresa!...

Diálogo

—Poeta, ¿qué adoras?
—Oh, los espejismos de aquellas auroras
tan vagas i estrañas como encantadoras...
Oh, el raudo desfile de todas las horas...

—Poeta, ¿qué sueñas?
—Oh, los grandes ojos, las bocas risueñas,
los dientes perlados, las manos pequeñas,
los largos cabellos de trenzas sedeñas...

—Poeta, ¿qué cantas?
—Oh, el sonoro estruendo de locas gargantas!
Oh, el peso divino de tantas i tantas
cadenas de flores que arrastro a mis plantas...

—Poeta, ¿qué lloras?
—Oh, los espejismos de aquellas auroras
tan crueles i tristes como engañadoras...
Oh, el lento desfile de todas las horas...

Rostros de Mujeres

De todas mis andanzas i peregrinaciones,
como un licor celeste guardo las emociones.

Cansado a veces, harto de vivir esta vida
vulgar, siempre tirana, pero siempre aburrida
vuelvo los ojos mustios a los días tempranos
en que erré por cien pueblos distintos i lejanos.

I siempre son las mismas visiones femeninas
las que van, como flores en medio de las ruinas,
surjiendo, sin contornos precisos, del pasado
para hacerme de nuevo soñar lo ya soñado.

¡Amables rostros, jestos dulces, suaves sonrisas
de adolescentes, tenues miradas indecisas,
os juro que, al sentiros, mi corazón gastado
no acarició siquiera la sombra de un pecado!

¡Cuántas veces, al paso del tren, entre el tumulto
de las jentes viajeras, divisé medio oculto
por el celoso alero, como una golondrina
un rostro curiosillo moviendo una cortina!

Los dos diamantes negros, entre el florido encaje
sonriendo me seguían a lo largo del viaje,
i al desvariar con ellos, ni el ansia ni el hastío
mordían, como suelen, el pensamiento mío.

¡Cuántas veces el vago tremolar de un pañuelo
que se ajitó por otro, fué para mí un consuelo;
i al temblor de una lágrima sobre un rostro abatido
correspondió, en el fondo de mi pecho, un latido!

Oh, los amables rostros que nunca he conocido!
En horas melancólicas, ha bastado el sonido
de un piano, el eco vago de una voz arjentina
para crear en mi alma la visión femenina.

I con algo tan suave dentro de mí, tan puro
como un sueño de virjen, he cantado, en lo oscuro
de mi alma i de la noche, alguna de esas bellas
canciones sin palabras que escuchan las estrellas.

No saben ellas mismas, las mujeres, qué encanto
ideal, que nuevo aliento de espiritual i santo,
recibe acariciando su imajen fujitiva
mi corazón, que sangra como una perla viva!

Yo os adoro, visiones, con amor de mendigo.
Entre mis horas muertas, os busco i os persigo
i, llena del encanto de las cosas sencillas,
ante vosotras mi alma se pone de rodillas.

«Gracias! Gracias!» murmuro, sintiendo que en mi vida
se ha aplacado una angustia, se ha cerrado una herida.
I en un fondo glorioso, lejos de los placeres
turbadores, diviso los rostros de mujeres:

unos risueños, otros melancólicos, finos
todos, i con la gracia de unos ojos divinos
que miran hondo i lejos, que están soñando acaso
con el amor que viene... pero que va de paso!

¡Amables rostros, jestos dulces, suaves sonrisas
de adolescentes, tenues miradas indecisas,
os juro que, al sentiros, mi corazón gastado
no acarició siquiera la sombra de un pecado!

¡Oh Tú!

I

Arrastrarme hasta tí; tener las tuyas
entre mis manos; escuchar tu acento;
besar tus ojos; respirar tu aliento;
lograr que no te mofes ni me huyas
antes de oirme; saborear contigo
la paz de los crepúsculos de antaño,
cuando, rodeados de un silencio amigo,
llenábamos de flores el escaño
confidencial; sentir que poco a poco
sube a la boca el corazón opreso;
mirarnos mucho, i al impulso loco
de la pasión, fundirnos en un beso...

Ai! pensar que todo eso es lo que invoco
en mi inconmensurable desvarío,
i pensar que todo eso
es lo imposible para mí, Dios mío!

II

Seguirte amando; recordar tu nombre
i estarlo repitiendo eternamente;
vivir muriendo de la sed ardiente
de tus caricias cálidas; ser hombre
i llorar como un niño; a todas horas
i en todas partes evocar tu imájen
i no evocarla sin que abrasadoras
lágrimas—ríos de amargura—bajen
hasta mis labios; conciliar el sueño
para soñar contigo; i luego, triste,
al despertar, sentir nublado el ceño
por la inquietud de lo que ya no existe...

Ay! pensar que todo eso, esta agonía
sobre la cual, divinizada, flotas,
es la verdad, es la verdad sombría!

¡I cómo no ha de ser mi poesía
mi vida entera que desangra a gotas!...

El Beso

¡Luz de los infinitos horizontes,
cómo te siento huir! Pasó la siesta
i el día va en derrota... Están los montes
vistiéndose su túnica de fiesta:
sobre las cumbres se estremece un lampo
de sol, como una lágrima que arde...
En torno mío se entristece el campo
i está tan triste como yo la tarde.

¡Tan triste como yo! Vengo de huida
de la ciudad que me odia i que rechazo;
vengo a buscarte, a hundir mi dolorida
cabeza en tu regazo,
fuente serena
en donde quiero renovar mi vida...

¡A ver si llena
la esencia virjen de tu edad florida
mi corazón, que apuñaleó la pena!

Huyo de todos i de todo. ¿Es miedo
o hastío? No lo sé. Pero no puedo
seguir viviendo como vivo... «¡Fuera!»
digo al espectro de mis malos días;
pero, aun al sol, en plena carretera,
me siguen persiguiendo como a fiera
las ideas sombrías.

...Ah, defiéndeme tú! Tus manecitas
son milagrosas.
Defiéndeme con ellas;
lucha con mis quimeras inauditas;
apártalas de aquí... Son horrorosas.
¡Lleno está mi camino con sus huellas!
Mustio, vencido,
sin voluntad, sin voz, héme a tu lado.
Los años que he vivido
son como abismos por donde he rodado...
¡Necesito de tí! Calor de nido,
paz de virtud es lo que tienes, i eso
lo que mi corazón desconsolado
busca en tu boca: ¡olvido!

¡Un beso! Cede al ímpetu inconfeso
de la pasión... Un beso! Yo lo pido,
a tu ternura.... ¡un beso!

¡Un beso! Dáme un beso.
Vuelca tu corazón, déjalo impreso
sobre mi boca torva i recojida,
¡Dame tu corazón! Dámelo, i dame
con él tu amor; i con tu amor, la vida...
Que se derrame
tu juventud sobre mi frente, en flores;
que de tu boca fluya
tu juventud sobre mi angustia... i luego
de la suprema confesion «¡soi tuya!»
váyanse consumiendo mis dolores
como en una vorájine de fuego...

¡Un beso! Dáme un beso!
Jesto de gloria en actitud de gracia;
signo que sella el íntimo embeleso
de dos almas; hoguera
que va alumbrando nuestros pasos, hacia
la eternidad de amor que nos espera!...

Desde lejos

Niña jentil que ante mis ojos pasas
como la sombra de mi amor primero,
¡qué dulce es el ensueño en que te abrasas!
¡qué crueles las angustias en que muero!

Pasas ante mis ojos encendida
de adorable rubor. Eres hermosa
con la hermosura que hace amar la vida
en la estrella, en la perla, i en la rosa.

Se abren tus ilusiones ante el cielo
que te dá su alegría. Tienes alas,
i cual si fueras a emprender el vuelo
sin movimiento ni rumor resbalas.

Aun es pura tu edad! Esos quince años
con que todo lo encantas i alborozas,
ante mis días lóbregos i huraños
pasan como otras quince mariposas.

Mariposas de luz que en torno mío
rondar zumbando i cabrilleando siento
cuando, solo con tu alma, desvarío
i echo hacia tí a volar mi pensamiento!

Aun es pura tu edad! Amas las flores...
I, en medio de mi trájico infortunio
llegan hasta alegrarme los amores
que te canta al oido el plenilunio.

Sabes reir. Es diáfana tu risa
como un cristal. En sus eternos jiros,
llega hasta mí la vagabunda brisa
a repetirme todos tus suspiros...

¡Los tímidos suspiros que te arranca
en medio de tus horas más risueñas,
la visión auroral, mística i blanca,
de la cita romántica en que sueñas!

Tú pasas por la vida entre esplendores
i la haces resonar bajo tus huellas.
Buscan tu dulce plática las flores,
i te llaman su hermana las estrellas...

Mientras que yo ¡ni imajinarlo puedes!
huérfano de la gloria que persigo,
vivo muriendo en las eternas redes
de una pasión que acabará conmigo.

¡Salve a tu vida en flor! Yo que atravieso
con la quimera al hombro todavía,
sueño con el temblor del primer beso
que incendiará tu adolescencia un día.

¡Henos aquí a los dos! Por un momento
marchamos juntos... I después, quién sabe!
¡Quién sabe a dónde, bajo un mismo viento,
rueda la brizna o se remonta el ave!

Tú no puedes saber cómo combato
cuando el tropel de mis nostaljias suelto
tras el fantasma de un amor ingrato
que partió un dia, i que ya nunca ha vuelto!

Ah! si supieras como son mis noches...
Aquel amor desventurado evoco,
i, entregado a suspiros i reproches,
se me figura que me vuelvo loco!

Aun deliro por él! Deliro en vano,
pero le hallo, en el fondo de mi olvido,
más adorable mientras más lejano,
más delicioso mientras más perdido...

¿Por qué, pues sabes alegrar el nido,
no endulzas desde léjos mi tristeza?
¡Yo sé que las mujeres no han nacido
sino para encantar con su belleza!

Ojalá que, a la tarde cuando leas
esta canción, bajo la lluvia de oro
de la apoteósis vespertina, veas
cómo en tu ausencia me atormento i lloro!

Ojalá que tus ojos en que anida
la pubertad, a la desdicha estraños,
viertan siempre a lo largo de tu vida
al esplendor de los primeros años!

I que la victoriosa primavera
con que un día, al pasar, me sorprendiste
desparrame su luz, ella siquiera,
por mi horizonte eternamente triste!

Al traves de la bruma en que me pierdo
como un pálido espectro de amenaza,
te repito mi adios... Yo amo un recuerdo,
i tú eres vida que se asombra... i pasa!

Solos

Aquí, bien junto a mí. Su hombro en mi hombro
i su mejilla en mi mejilla...
¡Oh, pena!
Te desafío. Riéndome te nombro
i te incito a venir... La vida es buena.
Ya no me asalta el tedio, ni el cuidado
de nuestro porvenir. Ya no estoi triste.
Ah! solos otra vez, i ella a mi lado...
Nó, solos nó; la soledad no existe.

La soledad no existe... Así, perdido
el pensamiento en vaguedades de oro;
así, bajo el crepúsculo, en el nido
i oyendo el repicar claro i sonoro
de una risa infantil junto a la cuna;

así, ante el cielo plácido i profundo
que se baña en un éxtasis de luna,
¿qué puede ser la soledad del mundo?

¿Qué puede ser la soledad, qué el miedo
del vacío esterior? En todo estamos
porque todo lo somos... En la sombra
no erije ya, trájicamente, el dedo
la visión de la dicha que añoramos.
En medio del silencio, alguien nos nombra
con el acento de una voz ámada:
no sabemos quién es, i nos miramos
i sonreimos, llenos de ternura,
i nos besamos sin decirnos nada...
¿De dónde aquella voz? Surjió evocada
por la propia emoción: la oimos pura
i nítida vibrar: no fué un reproche,
sino un suspiro...
En la remota altura
cada estrella es un ansia que perdura
sobre el celeste sueño de la noche,
mientras, en nuestros labios, las delicias
de estas inmensas horas solitarias,
ponen frases de amor que son caricias,
pero que escucha Dios como plegarias.

El Regreso

Me acosté llorando por mi hogar desierto,
por mi infancia ida, por mi padre muerto.
Dias, meses, años han pasado ya
i en la casa en ruinas, desde los cimientos
hasta las cornisas de los aposentos,
todo qué distinto, qué cambiado está!

Me acosté llorando por las viejas horas
(mañanas alegres, tardes soñadoras,
perezosas siestas!) Me dormí i soñé
que «él» había vuelto de un viaje lejano,
curvas las espaldas i el cabello cano...
También mui distinto de cuando se fué.

Aguardando siempre, siempre! su regreso,
no nos estrañamos. Sentimos su beso
sobre nuestras frentes, tibio i familiar.
Mi madre suspira. Los viejos sirvientes
tienen a su vista jestos reverentes
i el can favorito se pone a brincar.

¡Qué viaje tan largo, tan largo, Dios mío!
Durante su ausencia, qué rachas de hastío,
qué sombras de pena, qué nieblas de horror!
El calla. Parece que lee en nosotros:
la tristeza en unos, el cansancio en otros
i en todos un mundo de ensueño i dolor.

Qué viaje tan largo, tan largo, Dios mío!
Ante la ceniza del hogar ya frío,
rodeado de todos, nos pregunta:—I bien,
¿mui viejo me encuentran? Hablen sin cuidado.
—Sí, padre (decimos) estás mui cambiado.
I él:—¡Pobres muchachos! Ustedes también!

Armonía de Otoño

Vamos al campo, dulce niña! Vamos...
¡Que sean unas mismas nuestras huellas!
¿Ves? Las hojas marchitas forman ramos
para que pases por encima de ellas...

¿Ves? Las hojas marchitas caen solas.
Se ciñen ya los árboles sus lutos
i, hundidas en el fango, las corolas
se abren como abanicos diminutos.

Ven! Parece que el campo nos convida...
No ves? No escuchas? Un gorrión parlero
nos dice que dejemos la avenida
i que tomemos el primer sendero,

Ven! No parece respirar la tierra
ni un vaho de humedad. Hai sol. No llueve...
I hace sus flancos cabrillear la sierra,
medio garabateados por la nieve!

Los humos de una fábrica a lo lejos
amotinan su oscura polvareda,
i parece, aureada de reflejos,
que se fuera estrechando la alameda...

Cuchichean los árboles, se enfilan
para vernos pasar, solos, felices...
I lentamente su ramaje oscilan
como si celebraran lo que dices!

Vamos, niña! ¡Qué alegre está el camino!
Suelta un zorzal un solo improvisado,
i, moviendo sus aspas, un molino
chilla como un violín desafinado...

Oye! El campo nos dice: «les espero...»
Se va abriendo el camino a nuestro paso
i corre hacia nosotros el estero
abierto en dos como un inmenso abrazo.

Bajo los olmos que el quintral invade,
entre una lluvia de hojas amarillas,
te irá desmenuzando mi saudade
charlas sentimentales i sencillas.

A nuestro paso, crujirá la alfombra
de húmeda arena... Asidos por las manos,
será una sola nuestra doble sombra:
conversaremos como dos hermanos!

Hablaremos de todo,—de la ausencia,
del amor, del olvido, del orgullo...—
con esa encantadora incoherencia
que hace a la frase parecer arrullo.

Te hablaré torpemente, vagamente,
cuando con tu silencio a hablar me impulses,
esas cosas que brotan de repente
i que por eso mismo son más dulces...

I callaré cuando me digas: «tonto...»
Serán tus ojos como dos abismos,
i ávidos, deteniéndonos de pronto,
nos reiremos de nosotros mismos...

¡Subiremos al puente! Yo primero,
para poder mirar, mientras tú subes,
sobre el pálido fondo del estero
la indecisa regata de las nubes...

Luego... por el camino! Siempre junta,
mui junta a mí querré tenerte. I luego
titubeará en mi boca una pregunta
tímida i dolorosa como un ruego.

I en ritmo suave se alzará tu seno...
I dejarás que tu cabello enrosque
algo de ese aire con olor a heno
que es el olor del corazón del bosque!

Por el paisaje gris, tan bello ahora,—
campos sin viñas, viñas sin retoño,—
seremos vida, juventud, aurora...
¡la primavera en medio del otoño!

Entre la lluvia de hojas amarillas
me irás diciendo que no te hable de eso...
I habrá para un sonrojo dos mejillas
i cuatro labios para un solo beso!

I esa esplosión de besos i sonrojos
pondrá maravillosos resplandores
entre los claroscuros de tus ojos
maravillosamente arrulladores...

Dejaremos la sombra del boscaje,
i oyendo el claro tararear de un grillo
sentiremos caer sobre el paisaje
el llanto de un crepúsculo amarillo...

I por los campos solos, ya de vuelta,
entre estas nieblas últimas de junio,
arjentará tu cabellera suelta
la caricia de luz del plenilunio.

Después?... Adios! Un beso... Frente al cielo,
se erguirán mi pereza i tu donaire,
i habrá un rumor de briznas en el suelo
i una fuga de alondras en el aire.

De entre los sauces que la senda orillan,
un suspiro, una lágrima, un pañuelo...
I luego,—adios!—parecerá que brillan
miles de estrellas nuevas en el cielo!

Carta Filial

Madre! de tu tristeza
yo sé el secreto: todas las mañanas
observo con dolor que en tu cabeza
nievan, más que la víspera, las canas
i como sé también que no te aflije
la ancianidad, a mi pesar evoco
esa tarde tan triste en que te dije
que todo el mundo me creía un loco..

¿Recuerdas? Fué a la puerta
del hogar. Tú llorabas la partida
del noble compañero
que con el alma a tu cariño abierta,
te adelantó en la senda de la vida.

—No llores. Yo no quiero,
yo no puedo (te dije) ver el llanto
en tus ojos amados, madre mía.
I tú me respondiste:
—¡Pero si sufro tanto!
La triste soledad de la bahía
a nuestros ojos pareció más triste
i el último fulgor crepuscular io
hizo que el pueblo solitario i pobre
pareciera más pobre i solitario.

El viejo campanario
fué deshilando su tin-tin de cobre
al toque de oración... Doblé la frente
i unimos nuestras lágrimas. ¡Oh, instante!
Aun me parece oir tu voz, velada
de infinita emoción, como una fuente
trémula i desbordante:
—Calla, hijo mío! No me cuentes nada!

I es que tú adivinabas mi secreto;
tú leías en mí; tú conocías
esta ansiedad, este vivir inquieto
i estas penas de amor que son tan hondas
¡tan hondas i tan mias!...
—«Calla! Calla! Es lo mismo que me escondas

o me reveles tu penar...» Mis ojos
te hablaban del delirio de mis noches,
de mis sueños violados i dispersos,
de mi vida hecha abrojos,
más que las quejas, más que los reproches,
¡más que toda la angustia de mis versos!
Te hablaban del fracaso
de mi continuo aventurar, mi paso
torpe; mi palidez; el ansia incierta
con que mi pensamiento vagabundo,
creía ver, tras la entornada puerta,
como una fiera muerta de hambre, al mundo.

I me hablaste de tí, de tu ternura,
de tu orfandad, de todo lo que ha sido
rayo de sol o niebla entre la oscura
ramazón que sostuvo nuestro nido.
Me hablaste de «él» i sollocé contigo.
Comprendí que, aunque en ruinas,
el nido familiar era un abrigo
para nuestro desvelo.
I,—¡Felices (pensé) las golondrinas
que saben dónde han de posar su vuelo!

Me sentí aniquilado,
como una oscura golondrina, inerme,
i escondí mi cabeza en tu adorado

regazo, madre mía,
como cuando, a tu dulce «duerme! duer me!»
conversar con los ánjeles creía....

Hoi nada queda ya! Todo ha caido,
en el tiempo, en la sombra, en el olvido...
A los golpes adversos,
del azar, ese viento despiadado,
los hijos de tu amor, todos dispersos,
todos buscando el pan, se han alejado.

Ya no están a tu lado
para besar tus ojos, madre mía,
i trasformar tu soledad de pena,
en bullicioso encanto de alegría.
Forzado del trabajo todavía
cada cual va arrastrando su cadena.
Recordamos, a solas, tus consejos
i lloramos por tí, que eres tan buena,
i estás siempre tan lejos!

Perdona tú, perdona,
(perdonar es de madre) si te abrumo
con tanta queja. Mi penar me abona.
Mi vida es un cadáver que yo exhumo,

pero para quemarlo... Es sólo un poco
de ceniza i de humo:
la fé de un niño i la ambición de un loco...

No te asuste el silencio, no te alarme
el no saber de mí. Corriente arriba,
he de bracear hasta poder echarme
sobre el verdor de la ribera, esquiva
como toda ilusión. ¡Es la postrera
a que prestó mi corazón abrigo!
Sé que me aguardas tú, sé que me espera
tu corazón contigo!
Aun me parece que tu voz me exhorta
a confiar en tu amor i en tu cuidado...
¿Que el mundo no me entiende? ¡I qué me importa
si sé que tú me entiendes demasiado!

La oración olvidada

Ha caído la tarde. Lentamente se esfuma
en matices violáceos la romántica bruma
i se estinguen las charlas del follaje locuaz.
Ha caído la tarde, i en la luz i en el viento
desvanécese el día con el vago lamento
de cien liras tañidas en un sólo compás.

La hora triste me cerca! La hora lánguida i mustia
Estremecen horribles calofríos de angustia
a esas hojas de otoño que estoi viendo caer.
La hora triste me cerca! La hora mística i honda
¡Siga, pues, la doliente, la fatídica ronda
de las hojas hoi secas i lozanas ayer!

Un murciélago errante me ha rozado con su ala.
Un lagarto imprevisto por las tejas resbala
i se queda en inmóvil actitud de escuchar...
Estoi sólo conmigo, con mi eterno tormento!
Estoi sólo conmigo, i el fatal pensamiento
en tantísima cosa que quisiera olvidar!

En la torre sollozan las vetustas campanas
con acentos que saben a leyendas lejanas...
Incitados por esta media luz conventual,
van al baile los grillos, i hasta alguna lechuza,
desgarrando la malla de los árboles, cruza
con un vuelo confuso de visión espectral.

En el tronco de un árbol, como un viejo, sentado
hace rato que miro cómo vibra a mi lado
la tristeza de un día más atroz que el de ayer.
Hace rato que lucho con mi propio recuerdo;
hace rato que, a solas con mi sombra, me pierdo
en las horas que huyeron para nunca volver.

Me obsesiona de lejos con su trémulo henchido
de nostaljias profundas, el profundo alarido
del estero que pasa por detrás del tapial.
Me entristece, i mis acres pesimismos desata
de filósofo humilde, la cerril serenata
de los sapos ventrílocuos en algún lodazal.

Hace rato que, a solas con mi sombra, deliro
i filósofo humilde, me estremezco i suspiro
por la paz de la infancia i el amor del hogar,
por los días lejanos que a evocar no me atrevo
i en que dentro de mi alma resonaban a nuevo
el rumor de las hojas i el estruendo del mar.

Qué se hicieron aquellas apacibles auroras?
Qué se hicieron aquellas cabalgatas sonoras,
aquel júbilo eterno de la vida infantil?
Qué se hicieron las charlas, i la risa, i el beso?
Qué se hicieron las tardes en que, niño travieso,
timoneaba los cambios i desviaba el carril?

I los días de asueto! Las alegres cimarras!
Los estraños helechos! Las sonoras chicharras!
Las carreras forzadas bajo el rayo de sol!
Los acechos al humo de la gran chimenea,
i al caer de la tarde con la baja marea,
pujilatos furiosos por algún caracol!

¡Quién dijera que todo para siempre ha caído
en la ruin telaraña de versátil olvido!
Oh, el sereno paisaje de la tierra natal!
Oh, el camino del templo, del hogar i la escuela!
Oh, la rada en que ansiaba navegar a la vela!
Oh, las rocas abruptas, i el inmenso arenal!

I en un súbito instante, la pasión prematura,
el anhelo imposible de imposible ternura,
la mirada encendida i el estraño temblor...
El papel que se rompe... La emoción que se calla...
I el ensueño que vuela junto al beso que estalla,
porque a un tiempo en dos almas ha nacido el amor!

I hoi al verme aquí sólo, sin amigos, al verme
como un huérfano, triste; como un náufrago, inerme
sin amparo de madre, ni refujio de Dios,
en el alma un cansancio i en la frente una arruga,
pruebo el trájico goce de asistir a la fuga
de los sueños que pasan, unos de otros en pos!

Siento en torno ajitarse, removerse la vida...
¿Qué me importa? Es tan cierta como atroz la caíd
de la fé con que entonces emigré del hogar.
Es tan viejo i tan fuerte como yo mi quebranto
Soi un paria en la vida! I una ola de llanto
se me sube a los ojos i me obliga a estallar.

Estoi sólo conmigo! Taciturnos i huraños
como cuervos hambrientos se me vienen los años
i desgarran las carnes de mis sueños en flor.
Es en vano que evoque la infantil alegría
de la edad en que, lleno de piedad por María,
la cubría de ofrendas de inocencia i de amor,

Todo ha muerto, Dios mío! Ya no hai nada en mi vida,
que repudio con asco pues se arrastra perdida
sin la fé de la infancia, ni el amor del hogar.
Y me salta entre el llanto por la boca reacia:
—*Dios te salve, María, llena eres de gracia...*
Dios te salve, María, llena eres de gracia...
I me aprieto las sienes, sin poder continuar!

Canción de estío

Cójete de mi brazo, amada mía,
i vámonos. Sé tú por fin la hermosa
llena de placidez, que soñé un día
coronar de canciones... Ven, i posa
en mi cabeza tu cabeza. Sabes,
aunque injenua i feliz, cómo te siento
cuando vienes a mí... Nunca las aves
charlarán con más gracia i más contento
que ya, cuando a mi brazo abandonada,
me llenen de deseo tus sonrojos,
i me embriaguen de luż con su mirada
los pedazos de gloria de tus ojos...

Vámonos, pues, cantando, echando fuera
nuestros tormentos íntimos! Al paso
que cantemos, irá la primavera

para nosotros desbordando el raso
de sus nubes errantes; el divino
festín de efluvios, notas i colores
con que pasa a lo largo del camino
la alegría de pájaros, de flores
i de insectos; el vívido esmeralda
de sus frondas, i el hálito travieso
de ese viento que juega con tu falda
i hace en tus labios dibujarse un beso.

¿No ves? A nadie estraña, a nadie inquieta
nuestra presencia aquí. Somos amigos
de la tierra i el sol. Desde la grieta
de las pircas, la mancha de los trigos
que el sol barniza con ardiente lampo,
las perezosas bestias, i el recodo
de nuestras confidencias, en el campo
nos reconoce i nos sonríe todo:
ni los burlescos pájaros se mofan,
ni los austeros árboles, perplejos
de nuestras entrevistas, filosofan
o parecen llamarnos desde lejos...

Allí el arroyo... ¿lo recuerdas...? Cuánto
sueño, cuánto deliro todavía
con repetir el estupendo encanto
que nos hizo estraviarnos aquel día!

Sus ondas turbias guardan nuestra historia...
Flota nuestro recuerdo en la barranca;
i, como una visión por la memoria,
pasa la sombra luminosa i blanca
de tus primeros años, por la arena
que en aquellos románticos estíos
iba como formando una cadena
entre tus pasos i los pasos míos...

Apóyate en mi brazo. Así te quiero,
apasionada i grácil. Sácia, sácia
si puedes, estas ansias en que muero...
pero llénalo todo con tu gracia!
Llénalo todo con tu amor... Sé mía
como soi tuyo. Embriágame en tu hechizo.
Sea tu amor delirio i agonía,
i éxtasis que trasporta el paraíso;
fiebre que turba, ensueño que embelesa,
llanto de gozo i risa de ternura,
i delicioso vértigo que besa
i que lleva en su beso la locura...

Porque eres joven, como yo, te adoro.
Adoro en tí la juventud, la vida
que se deshace en tus cabellos de oro
i en tu diáfana cutis encendida.

Adoro en tí la música, el acento
de tu lírica voz que rie o charla,
para que me sacuda el pensamiento
de oirla eternamente, i adorarla
como adoro la luz i el aire libre...
Te adoro como adoro las auroras,
i me dejo arrullar para que vibre
toda tu juventud sobre mis horas!

Soi un devoto de la luz. Tú admiras
con que júbilo grito, ante la clara
luz estival, cuando los ojos jiras
para mirar al cielo cara a cara.
¡Yo te incito a mirar! Fuera mi empeño
fundirnos de la luz en la armonía:
ser amor, ser belleza, ser ensueño
en la apoteosis de la luz del día.
Tiéndome al fin al borde del camino,
i ébrio de amor, de ensueño i de belleza,
cuando cierro los ojos, me imajino
que llevo todo el sol en la cabeza...

¡Qué bella estás así! Tu cuerpo esbelto
se recorta a la luz. Por tu cadera
rueda la luz de tu cabello suelto...
Salve a tu luminosa primavera!
Salve a tu juventud embriagadora,

chispa, trino i temblor, perfume i ampo,
savia del suelo i alma de la flora
que estalla bajo el cielo i sobre el campo!
Aquí estás á mi amor abandonada...
Llénenme de deseo tus sonrojos
i embriáguenme de luz con su mirada
los pedazos de gloria de tus ojos!

El camino se alarga... He aquí la vida,
toda la vida, que nos sale al paso.
Saludémosla. Es nuestra conocida...
I sigamos sin rumbo i al acaso
Hartémonos de luz en el paisaje.
Alguna vez sintamos que nos baña
todo lo puro, todo lo salvaje,
que respiran el bosque i la montaña.
Amame siempre así. Si en mi camino
preside mi recuerdo tu memoria,
pasaré por encima del destino
i, ájil i audaz, cabalgaré en la gloria...

Sonata de Invierno

¡Qué tristeza más honda! Frente al día
que languidece, desmayante i flácido,
languidece también el alma mía.
Cae en mí tu recuerdo como un ácido
de acritud corrosiva. Me enveneno
con ideas hostiles. Estoi triste
i hallo un sabor sensual i casi obsceno
en el último beso que me diste.

En el último beso! Se diría
que derramaste en él todo el deseo
de eternidad de nuestro amor de un día.
Todo lo evoco: i, como entonces veo

tu rostro oval, tus senos ajitados
de angustioso temblor, i el brillo ardiente
de tus rubios cabellos desatados
como una tempestad sobre mi frente...

Aun siento el calofrío de tu mano
en mi mano ardorosa. Todavía
me contemplo a tus pies, como un gusano,
pidiéndote perdón por la agonía
de nuestro idilio; echándote a los ojos
todo el horror de un alma, hecha de frío,
de pereza i de angustia: los despojos
de una vida estraviada en el vacío!

Estoi pensando en ti! Tu imajen, vaga
como un jirón de niebla, me ha rozado...
Hai algo en tu recuerdo, que me halaga:
acaso lo agridulce del pecado,
acaso lo auroral, lo fujitivo
de aquel amor... Mi mano se resiste;
pero, jugando con la pluma, escribo
i ya no me lamento de estar triste!

II

...La tarde se despide dulcemente.
Se va la luz. Suspira la arboleda
i de los surtidores de la fuente

caen fugaces lágrimas de seda.
El día va a morir. Voces estrañas...
Temblores de pavor... Para el gran duelo,
se visten de violeta las montañas
i se ilumina triunfalmente el cielo!

De frente a la ventana, mis pupilas
se hastiaron de absorber en su mirada
las lontananzas mudas i tranquilas.
Se hastiaron ai! de escudriñar la nada
i se han vuelto hacia mí, cuando tampoco
vuela sobre la estepa desolada
de mis ideas, más que un verso loco
como una golondrina fatigada...

Oh, el invierno del alma! En vano, en vano
abro con jesto trájico la mano,
como si pretendiera en mi caída
perpetuar el horror de una blasfemia
para todas las cosas de la vida
hoi que arrastrando voi, torvo i callado,
lejos de mi romántica bohemia
mis nostaljias de príncipe espatriado...

I empero, recordando, entre la oscura
vaciedad de mis años, la ternura
del viejo idilio, la ansiedad secreta,

la íntima angustia, el grito de alegría
con que a mis confidencias respondía;
hurgando el rastro de mi vida inquieta,
siento que todavía soi poeta
porque no he envejecido todavía!

III

Ya la noche ha caído! Arden las luces
de la ciudad. A la distancia, un piano
rompe en sollozos... Cúpulas i cruces
horadan la penumbra. Hai un lejano
halo de poesía i misticismo:
atmósfera ideal en que me pierdo
persiguiendo el fantasma de mi mismo
por los viejos caminos del recuerdo...

¡Recordar es morir! Placer de viejos,
querer ser niño, desandar lo andado...
Recordar es bañarse en los reflejos
de un crepúsculo: hundirse en el pasado
para engañar el asco del presente:
soñarse en días de verdor eterno
ai! para no advertir que en nuestra frente,—
i en nuestro corazón,—está el invierno...

Invierno, estás aquí! Tu aliento es frío,
tu beso aflije, tu contacto enferma.
El cielo, antes sereno, está sombrío.
Locas ráfagas silban. Algo flota
sobre la tierra desolada i yerma,
pues ya siento sonar dentro del pecho
la infinita tristeza de la gota
que cae sordamente sobre el techo...

Déjame en paz, recuerdo! Calla, piano...
¿A qué angustiarse con las cosas viejas?
¿Por qué a lo inalcanzable, a lo lejano,
a lo imposible, a lo que ya se ha ido,
han de volar, temblando, nuestras quejas?
¿Tal es la lei de nuestra suerte avara?
¡Mísero el corazón, si espera olvido
i más mísero aún si no esperara!

El Dolor de Morir

No lo crees? Yo vivo
perpetuamente enfermo
del miedo de morir; ni cuando escribo
escapo a la obsesión, ni cuando duermo.
Me siento tan inerme i tan desnudo!
Yo, que fuí tan rebelde i tan altivo,
me sorprendo a menudo
llorando sin motivo.

Sin motivo? No... no. Porque yo siento
dentro de mí el tormento
de una pena mui íntima i mui vieja
que, ansia de lo más puro i lo más santo,
cuando llega a mis labios se hace queja,
cuando llega a mis ojos se hace llanto.

No sé lo que será. Quizás el peso
de los días lejanos... Quizás nada:
el perfume de un beso,
la luz de una mirada,
la caricia furtiva
con que soñé, al calor de una velada;
lo que he adorado, lo que habré perdido
cuando esté muerto—cuando ya no viva!—
bajo la tierra helada,
voraz como el olvido...

Yo no quiero morir. Yo amo la vida
tal como existe, tal como la veo,
inaccesible, varia, dolorida,
brutal; hoi ascensión, luego caída;
hecha mitad de hastío i de deseo...
La ilusión que rió junto a mi cuna
junto a mi tumba ha de llorar. Yo siento
que, obra de esa ilusión, se irá mi aliento
en un rayo de luna,
en un soplo de viento...

Y nada más. I mientras tanto, peno
de una pena sin fin. Pasa a mi lado
el raudal de la vida, ya sereno,
ya desencadenado.

Pasa, mientras cautivo en la ribera
yo miro deslizarse la corriente
en la actitud de aquel que cuando espera
sabe que ha de esperar eternamente.

La vida fluye en mi redor. Borbota
en el chorro temblante i cristalino.
Hecha perfume en el ambiente flota
i es, hecha luz i nota,
tinte en la flor i música en el trino.

Yo la siento, la siento!
Quisiera retenerla, hacerla mía
para que fuese claridad de día
sobre mi pensamiento:
eternidad de amor i de alegría
sobre mi corazón siempre sediento.

No le temo a la vida, i sí a la muerte;
la horrible muerte que vendrá algún día
como el terror, sombría,
como el hastío, inerte.
Sufro de envejecer, porque si he amado
puse en amar mi corazón entero;
llámalo tú pecado,
yo, lo llamo pasión... Ya sé que muero,

ya sé que me despido
melancólicamente;
ya sé que viene prematuro olvido
a aletear en torno de mi frente;
pero,—alma a flor de labio,—te confieso
que, en el horror de la agonía, nada
pondrá tanto esplendor en mi mirada
como el recuerdo del sabor de un beso
sobre una boca ardiente i adorada!—

La Cuna Vacía

No ha muerto, nó, no ha muerto. Ni siquiera se ha ido.
Siempre está con nosotros, aunque no haga ruido,
ni sus ojos enormes nos sonrían como antes.
¡Siempre está con nosotros!
No hai horas, no hai instantes
que algo, en la casa muda, no nos recuerde el día
en que, al verle en su cuna, creímos que dormía.

Dormía, sí, en efecto, los ojos entornados
e inmóviles, los labios secos i amoratados.
¡Era su sombra sólo! su sombra taciturna

que noble mano amiga depositó en la urna...
Su cuerpo, no su espíritu, no su ser ideal:
el vaso miserable, no el efluvio inmortal.

Porque él vive en nosotros. Preside nuestras charlas.
Coje nuestras ardientes manos para besarlas.
Entre ella i yo, vacía, su sillita le espera,
i cada tarde un rayo de sol, cual si quisiera
borrar con su tibieza la pena del hogar
ocupa tembloroso su sitio familiar.

Está presente en todo.
Nada hablamos ni hacemos
sin recordarlo, nada... Los silencios supremos
de las meditaciones, las frases indecisas
de un diálogo, al hojeo de un libro, las sonrisas
i los suspiros, todo le pertenece. Es dueño
de nuestro afan, de nuestra quietud, de nuestro sueño.

¡Lleno está siempre el nido de su presencia!
El pomo
conserva siempre el alma de su perfume... Como
si siempre nos citáramos para hablar de lo mismo,

recordamos sus jestos, su gracia, su egoísmo,
su infantil inconciencia. I, ahondando nuestra herida,
nos parece que en torno se ensanchara la vida.

Nos sentimos más buenos.
Nos hiere en lo profundo
como tristeza propia la tristeza del mundo.
Es él, su dulce imajen la que el hogar invade.
I esa dulzura íntima, romántica saudade,
que el corazón nos llena de amor i de induljencia,
ánjel! te la debemos a tí i a tu presencia.

A tu presencia que habla
sin hablar, que nos guía,
que envuelve nuestras almas, en esa poesía
melancólica i tierna como un rayo de luna.
No estás, i estás en todo. La oquedad de tu cuna
guarda intacto el relieve de tu cuerpo bendito...
¡Si hai veces que saltamos creyendo oír tu grito!

¡Qué grotesca es la muerte, comedianta sombría,
ante el amor que triunfa! Todo el terror que un día
estrangulara nuestro corazón, ya ha pasado.
El hijo que perdimos ya no está a nuestro lado:
está en nosotros mismos! Su alegría inocente
pasa por nuestras almas cantando eternamente,

Bendito tú, que vives de nuestro amor! Benditas tus risas gorjeadas, tus blancas manecitas.

Cuando ella duerme, es sólo
contigo con quién sueña.

Tú eres quien hace jestos en su boca risueña!
I yo, mientras escribo, loco de tu cariño,
me digo:
«Chit! Recuerda que está durmiendo el niño!»

¿Nunca ya?

Nunca ya tu mano breve,
mitad ámbar, mitad nieve,
me enviará
otra dulce carta escrita
con su letra menudita?
¿nunca ya?

En la tarde visionaria,
la casita solitaria,
siempre está?
Siempre está la blanca puerta?
Siempre el aire por la huerta
viene i va?

A lo largo del camino
suelta un pájaro, un divino
trino en la?
En un chorro de armonía
el torreón despide al día
que se va?

El jardín con sus violetas...
Ah, las puras, las discretas
flores! ¡Ah,
los ramitos que tú hacias!
I esas fucsias que eran mías,
¡todo está!

El rosal que hoi tú despojas
ya no da sus gracias rojas,
ya no da.
I la oscura madreselva
ya no espera que yo vuelva
por allá!

El nogal junto a la reja...
El sendero que se aleja...
—«Vamos ya?»
Luego arriba, entre gorjeos,
inauditos cuchicheos:
—«Besalá!»

Esa risa, ese alborozo,
esa charla junto al pozo:
—«¿Quiéres?»—«Bah!»
¡Esa charla tan sin charla
no podremos reanudarla
nunca ya!

—«Cuenta un cuento!»—«Dime un verso!«
—«¡Qué capricho más perverso!»
—«Allá va!»
¡Aun recuerdo la leyenda
bella, májica, estupenda
de *la Flor del Lilolá*!

I tu flor, la favorita,
la fragante, la esquisita
resedá,
sola acaso, acaso mustia
i abatida por la angustia
¿qué dirá?

Yo era bueno. Tu eras niña.
¿Quién al alto de la viña
subirá
como entonces nos subimos
a jugar con los racimos?
¿Quién lo hará?

Las palomas siempre en fiesta...
I aquel gallo de alta cresta
¿dónde está?
¿No conversa ya contigo,
no pregunta por su amigo
Monsieur K...?

Ojalá me hables de todo:
de aquel sol, de aquel recodo
que iba allá;
de tus aves, de tus flores...
i ojalá escribiendo llores,
ojalá!

I tu carta cuando llegue
i a mis ojos se despliegue,
me dirá
que la novia de otros días
eres tú que me decías:
—«Ven acá!

«Ven acá, mi amor te espera.
En mi amor la primavera
siempre está...»
¿Dónde está que no me invita?
¿Que será de mi aldeanita,
que será?

Nunca ya mi amor se olvide
del perfume que despide
tu recuerdo: resedá...
I en los éxtasis supremos
nunca ya nos separemos,
nunca ya!

Perfil

Faltabas tú en mi vida, tú con todo
lo que fluye de ti. Tú, con tu gracia
i con tu idealidad. Tú con tu modo
i tu fina espresión de aristocracia.

Tú con el ritmo de tu sangre ardiente,
con tus estraños ímpetus nerviosos,
con tu voz cariciosa i confidente
i tus inmensos ojos dolorosos.

Tú con la sed de amar que te hace inerme
abandonarte al labio que te espera;
con el celoso afán que en tu alma duerme...
pero que tiene un despertar de fiera.

Tú divina i humana: femenina!
Tú, fuerte a un mismo tiempo i delicada;
con algo, en el zarpazo, de felina
i algo de anjelical en la mirada.

Tú, indefinible, i rara, i sensitiva,
i superior! Capaz de ser impura
i virtuosa a la vez, fácil i esquiva,
i muriendo de miedo i de ternura...

Así te presentí, i así has venido,
rayo de luz de sol i luz de luna,
dulce i consolatriz como el olvido,
soñadora i sensual como ninguna.

Gracias te da mi corazón. Tú fuiste
alondra matinal, a cuyo acento
huyó el espectro de la noche triste
en que iba a sucumbir mi pensamiento.

¡Gracias por tu milagro, Encantadora!
Yo el estraño, el nostáljico, el sombrío,
te he de amar mientras sepas, como ahora,
matar a besos mi incurable hastío,

¡Huyeron ya los tenebrosos ceños!
¡Huyó la mueca torva i recojida!
¿Quién como tú para encender mis sueños?
¿Quién como tú para alegrar mi vida?

Cartas de Allá...

I

Cuando hai más ruido, en las horas
en que hierve la ciudad,
dejo las calles sonoras
i busco la soledad;

la soledad de mi cuarto
de hotel anónimo, en donde,
como en la grieta el lagarto,
mi eterno hastío se esconde.

I allí, nostáljico i mudo,
evocando tiempos viejos
envío un vago saludo
a las cosas que están lejos.

Queridas cosas ausentes
por las que a mis solas peno,
cosas tiernas i dolientes
que me incitan a ser bueno!

Lo que un día adoré tanto
pues por ello he padecido,
i ahora voi, deshecho en llanto,
exhumando del olvido.

Pienso en la enferma querida
que me dió «su último beso»,
i que hoi se pasa la vida
soñando con mi regreso.

Pienso, i sin causa me aflijo,
cómo alegrará el hogar
la media-lengua de un hijo
que ya me sabe nombrar...

Pruebo ansiedades bien crueles;
no sé si rio o si lloro,
hasta que hallo unos papeles
que son mi único tesoro,

i, trémulo, enloquecido,
contra la faz los estrecho
pues ellos me hablan de un nido
que la desgracia ha deshecho;

de unas tranquilas veladas,
de un noviazgo, de una cuna
i unas charlas enredadas
a los rayos de la luna;

del infinito desvelo
de un idilio vagabundo
que tuvo mucho del cielo
i mui poco de este mundo;

de todo un dulce poema
de amor i melancolía
que aun no he escrito, i cuyo tema
no lo dió la fantasía...

II

«Ya estamos en Primavera...
¡Si vieras que lindo está!—
me dice la compañera—
¡Si tú estuvieras acá!

«El huerto ya ha florecido...
Son de sol todos los días...
Bebé se ha puesto un perdido...
Si lo vieras, te reirías.

«Yo engordo. También el niño...
Si me ve llorar, se asombra.
Aún te tiene algún cariño,
pues a menudo te nombra.

«Ayer estuvo con fiebre
por mojarse.. Fué un capricho.
I aun quiere que le celebre...
¡Si es un hombre! ¿No te he dicho?

«Si todo lo echa a la risa
i hace cada travesura...
Ayer, de vuelta de misa,
se puso a imitar al cura.

«Le regañé de lo fino;
pero le hallé encantador
i, ¡qué quieres! me imajino
que va a salir orador...

«Es un hurguete tremendo.
Es un terrible tirano
que se entretiene rompiendo
todo lo que pilla a mano.

«Como es tan voluntarioso
i se cría a su placer,
no da punto de reposo...
A veces no sé qué hacer.

«A menudo me rechaza
las sopas «porque están frias»,
pero hoi cedió a la amenaza
de que tú no volverías.

«Pero no es malo, no creas.
Llora, si me ve sufrir
i tiene tales ideas
que me tengo que reir.

«En una revista un día
se encontró con tu retrato,
i ¡vieras que algarabía!...
Hubo en casa para rato.

«Te reconoció al momento,
e iba de aquí para allá,
vuelto loco de contento
gritando: «Papá... Papá!...»

«Corrió i jugó hasta que quiso
i con su eterno tupé
me preguntó de improviso:
«¿Dónde está? ¿Por qué se fué?...»

III

Vosotras, almas piadosas
que sabéis del mal ajeno,
decid, decid, si estas cosas
no son para hacerse bueno.

Si todas estas ternuras
que de tan lejos recibo
no han de aplacar las torturas
en que agonizando vivo...

Casita del lugarejo
incrustado en la montaña,
no sabeis cómo estoi viejo
de vivir en tierra estraña.

Brisas, ponedla contenta.
Rayo de sol claro i tibio,
haced que la enferma sienta
cómo le dais el alivio...

Dadle, árboles, vuestra sombra;
vuestra agua, límpido arroyo;
césped, dadle vuestra alfombra;
dadle, bestias, vuestro apoyo.

Viejos naranjos nevados,
habladle con vuestras flores
de los tiempos no olvidados
de los primeros amores.

I de ese pobre pequeño
que ya se está haciendo un hombre,
velad el cándido sueño
repitiéndole mi nombre...

Yo aquí suspiro, entre tanto,
con mis penas, que son hartas,
i voi regando con llanto
el tesoro de sus cartas.

Dulces mensajes lejanos
que alegran mi vida yerma
i algo traen de las manos
i del alma de mi enferma.

Signos que sólo alegría
i amor me guardan impresos
i yo enciendo noche i día
con el calor de mis besos...

Trágame

Vuelvo del campo. Bajo las sombras
el tren avanza lanzado a escape,
entre el zumbido locuaz del viento
i el traqueteo de los herrajes.

En un desfile de pesadilla
trotan los árboles,
pasan los ranchos, las piedras, jira
todo el paisaje.

En lo más alto, la luna nueva
bruñe su alfanje,
i las estrellas son niñas jóvenes
que van a un baile...

La noche duerme. La noche duerme..
I al tren que avanza lanzado a escape,
ladran los perros de los cortijos,
graznan los sapos de los estanques.

Voi hacia el Puerto. Por una noche
dejaré el aire
de las campiñas i el sol alegre
que es como un padre.

Por una noche dejaré el ruido
de los boscajes,
dejaré el polvo de los caminos,
la risa amable
de las muchachas que encuentro al paso,
los viejos bueyes i los trigales
que en ratos de ocio
bosquejo a lápiz.
Por una noche cambiaré el curso
de mis errantes
divagaciones... Cambiaré el sueño
por los insomnios espeluznantes;
mis caminatas i mis paseos
hacia los valles
o las colinas, el loco júbilo
de los insectos i de las aves,
el libre vuelo de mis quimeras

i el eco alegre de mis cantares
por la rabiosa cháchara imbécil
que conjestiona plazas i calles...

El tren avanza bajo la noche
lanzado a escape.
Los pasajeros duermen o leen...
Rostros vulgares
de campesinos i funcionarios
o comerciantes,
¿qué es lo que alienta tras de esos ojos?
¿qué es lo que sueñan? ¿qué es lo que saben,
que así sus formas de paquidermos
echan encima de los sofáes?

El tren avanza bajo la noche...
Se pasa un túnel. Ensarta el aire,
brusco silbido. Se pára un punto,
se ordena «avance»,
i nuevamente bajo las sombras
el tren avanza, lanzado a escape!

De pronto, un vuelco. Brinca un pitazo.
Se desestiban los equipajes.
Todos los ojos dicen que llega
el fin del viaje.

Cansado i torpe, siempre miedoso
de aquel instante,
subo el endeble postigo, i miro
por los cristales.
I un viento fresco me da en el rostro,
i a mis oídos llega el jadeante
rumor de penas con que en la playa
muere el oleaje.

¡El Puerto! El Puerto! Sobre las olas
sueñan las naves:
barcas, goletas i pailebotes,
toda la flota del cabotaje.

I al frente, al frente, sobre la costa
civilizada pero salvaje,
con su estupendo millar de luces,—
millar de ardientes ojos fatales,—
la formidable visión feérica
del Puerto augusto i abominable.

I entonces, harto de sus miserias,
desengañado de sus mirajes,
bajo la noche i entre el tumulto
del tren que avanza lanzado a escape,

echo mis ojos sobre su espectro
con el doliente valor de un mártir
i cierro el puño para decirle:
— ¡Trágame! Trágame!

Balada del Violín

Aquel mozo enfermo i flaco
tocaba el violín al sol
por un sorbo de alcohol
o un puñado de tabaco.

I buen dar! cuando tocaba
algun rondel español
o alguna sonata eslava...

Aquel mozo enfermo i flaco
salía a buscar el sol
i a llenar su viejo saco ,
por un sorbo de alcohol
o un puñado de tabaco.

Salía a matar su esplin
cuando tocaba el violín,
cuando como un caracol
salía a buscar el sol...

Aquel mozo enfermo i flaco
murió tocando el violín.
¿Qué queréis? Halló su fin
en un sorbo de alcohol
i un puñado de tabaco.

Le hallaron tendido al sol
i abrazado a su violín...

□ □

Tema para una Poesía

Yo que siento el encanto de las cosas no escritas,
voi a apuntar un tema para un poema raro
que no escribiré nunca:
Dos muchachas bonitas
se van una mañana de cielo limpio i claro
por un camino inmenso. (La Reina Primavera
llegó del bosque, todo con su gracia lo cubre
i ríe en el risueño verdor de la pradera
seguido de su paje que es un poeta: Octubre.)

...Aquella mañana
brilla al sol como nácar la montaña lejana
i olean bajo un viento lírico, las campiñas

húmedas de rocío i hartas de luz.—Las niñas
vagan por el inmenso camino: con las manos
asidas, a manera de ensueños sobrehumanos
pasan sonriendo... La ancha pradera se colora
a su paso con una decoración de aurora.
Se diría que todo—la tierra, el cielo, el mar,—
se inclinan en estática actitud de adorar
la claridad amable de su mirar, su paso
que es casi un vuelo de hadas sobre un césped de raso.
Las besa el viento, henchido de silvestre fragancia;
con su rumor los árboles les dan la bienvenida.
Vencida por la gloria de su divina infancia
como una bestia humilde se les tiende la vida.

En su propia inocencia, que a un tiempo es fuerza i gracia,
hai no sé qué sereno pudor de aristocracia.
Hermanas por el cuerpo i el alma, son jemelas
por la belleza. Flotan iguales las estelas
que detras de sus pasos, en el aire celeste,
va dejando el suave tremolar de su veste.
Verlas es detenerse para evocar visiones
vernales, aurorales, matutinas: los dones
más dulces, más graciosos cayeron en la cuna
en que vieron la vida las dos: sólo que una
es rubia como un ánjel; i la otra, morena,
tiene el pelo i los ojos del color de la pena.

Sonríen, i la vida les sonríe. Son puras.
Guardan intacto el virjen pudor de las alturas
de donde vienen. Miran, con ojos absorbidos,
a su redor i escuchan con éxtasis los ruidos
de la naturaleza: la fuente que borbota
su canción, o el alegre gorrión que da su nota.
Ni aman, ni piensan, ni hablan. Su espíritu sedeño
sale como del vago crepúsculo de un sueño...

Pero, de pronto, cruza por el mismo sendero
al trote de su potro magnífico, un guerrero
juvenil, un hermoso paladín, un muchacho
de espada al cinto, de alta cimera i de penacho
al viento. Es un gallardo doncel. Las mira, duda
sólo un instante i luego, galante, las saluda.
¿Quién es? Nunca fijaron las hermanas en otro
tan joven i tan bello, sus pupilas... El potro
piafa i relincha. En nubes, el polvo, orificado
de sol, cubre el camino por donde ya ha pasado
aquel desconocido, de tan jentil figura
aun bajo el siniestro fragor de su armadura.

Las hermanas se miran a los ojos. Ahora
ya no palpita en ellos la luz encantadora
de antes, esa radiosa diafanidad que hacía
palidecer ante ellos el resplandor del día.
Sin hablar, sin decirse siquiera adiós, sin nada

que las retenga, suéltanse las manos. Con mirada
de hostilidad se observan, con algo de felino
que no tenían antes... Es inmenso el camino;
mas se les hace estrecho... Quieren hablarse: mudo
i torpe el labio, sienten que se les sube un nudo
a la garganta...

I luego, como el mentir les pesa,
sepáranse i se alejan las dos, campo atraviesa...

Los Aventureros

I

«Taberna de la Estrella»
Eramos tres i estábamos borrachos
en el fondo de aquella
taberna: tres muchachos
taciturnos, de espesa
barba gris, i mostachos
rebeldes... En traviesa
cabalgata de espuma
galopaba, chirriando, la cerveza,
i en las muecas del humo, la tristeza
pintaba cuadros de color de bruma.

II

Uno dijo:—He rodado
tierras desconocidas;
mi ruda planta ha hollado
pantanos homicidas,
selvas profundas, ásperas laderas,
i cumbres eminentes.
Cuerpo a cuerpo he luchado con las fieras
i atravesado ríos i torrentes.
He sido aventurero.
Ansia de conocer me echó al azar.
Hoi cazador, mañana bandolero,
nada hai, sobre la tierra o sobre el mar,
que mi ojo escrutador no haya medido,
ni mi mano robusta pulseado...
Pero, al fin, ¿qué queréis? estoi vencido...

III

Viéndole melancólico i callado,
el otro habló:—¡La ciencia!
Ella ha sido mi amor, por ella he echado
a rodar a los vientos mi existencia.
He lanzado mi mente a los arcanos
de la tierra i del cielo,

i hasta ha habido un momento en que mis manos
desgarraron el velo
que separa la muerte de la vida
a los ojos humanos.
Hasta ha habido un momento en que, tendida
la mirada hacia el ámbito infinito,
percibí el polvo de oro de las huellas
del mismo Dios, i en que se oyó mi grito
por encima de todas las estrellas...
Ah, pero no hai tormento
como el del pensamiento!
Parodia triste de Luzbel caído,
ruedo ahora sin brío i sin aliento...
¡También soi un vencido!...

IV

I yo:—No he aventurado
ni allá ni acá: no he sido peregrino
ni pensador, ni nada. Si, he rodado...
pero como la piedra de un molino.
Menos feliz que ustedes, en mi vida
no hai nada de fantástico o de estraño;
mas no deja también de estar perdida,
perdida por la envidia i el engaño,
inútil para el bien, mustia i raída...

Sin echarme al azar, luché con fieras,
i pagué mi soñar, con el hastío.
Huérfano de quimeras,
no hallo en mi rededor más que el vacío.
¡vencido estoi también!

V

Era un fracaso
total. Míseros reyes sin corona,
miramos al acaso.
I con mano temblona
llevamos a la boca nuestro vaso.

Las tristezas de John

I

Sola i sin luz la bodega!
Viejo dolor redivivo
a saetearme el espíritu llega
mientras escribo.

La cabellera se aliña
de hebra odorífera i flava,
i me pregunta «qué quiero» la niña
escandinava.

Hai un estraño capricho
en sus ojazos perversos...
Niña! Te ríes? Acaso te han dicho
que yo hago versos?

O ya sabrás que te envidio
porque has llegado de Europa...
Niña! No ves que me mata el fastidio?
Dáme una copa!

II

Mira! La draga en el muelle
bufa, jadea, crepita...
Da un formidable soplido de fuelle,
se pára i grita.

Mientras revuélvese el barro
que la ancha válvula chupa,
cimbra, no lejos, su casco bizarro
una chalupa.

Humo i más humo, del caño
sube en un tráfago incierto...
I el fogonero, tiznado i huraño,
quédase inmóvil mirando hacia el puerto!

III

Brumas de un tinte violado
van sobre el agua quïeta
como brochazos que hubieran saltado
de la paleta.

Hai gritos trémulos... «Iza!»
I, desde el dique, la fragua
hace correr una rampa cobriza
por sobre el agua.

Para engañar un ayuno
que ni en la luz se disipa,
entre unos seis atorrantes, alguno
fuma su pipa.

Mientras un viejo de barba
blanca, en confuso patuá,
sus más añejos recuerdos escarba
i cuenta historias de cosas de «allá!»

IV

Pálidas nubes errátiles
baten pañuelos de niebla,
i una caterva de hambrientos volátiles
los aires puebla.

Tardo pelícano pasa
rumbo hacia afuera, sin rumbo...
I entre los bloques de hidráulica masa
revienta un tumbo.

Roto el pesado aparejo,
i derrochando humaredas,
pasa, risible por fósil, un viejo
vapor de ruedas...

V

Suéñase acá un ballenero
entre los lances pasados,
i allá espejean los flancos de acero
de los blindados

Una bandera saluda
i hace en el aire una Z...
I hiere el aire la lírica aguda
de una corneta.

Borran undívagas manchas
la soñolienta bahía...
Fijas las boyas... Vacías las lanchas...
Floja la espía!

Cruje el pescante en que cuelga
la perezosa falúa...
I como en trájico jesto de huelga
yergue i empuña su brazo la grúa!

VI

Fuma la gran chimenea
de un trasatlántico... (a Europa!)
—Niña! No ves que me falla la idea?
Llena otra copa!

Entre los átomos de humo
que hacen piruetas de diablo,
cuando ya el último sorbo consumo
ni sé lo que hablo.

Porque estoi solo i mui triste,
porque no tengo querida,
quiero escuchar de tus labios un chiste
de esos que ponen alegre la vida!

VII

Qué? ¿Qué por qué no me alegro?
¡Si la tristeza me nimba!
Pásame, niña, mi lápiz más negro
i mi cachimba...

Porque estoi triste i enfermo
con las nostaljias de Europa...
Niña! ¿No ves que me aburro i me duermo?
Sirve otra copa!

Ya cojerás una brizna
de estas tristezas de abajo...
¡Burdo es el dril que la fábrica tizna,
i agrio es el pan que devora el trabajo!

VIII

Niña! No sufras ni llores
porque reir no me hiciste...
¡A nadie culpo, si no a mis dolores,
de estar tan triste!

Pásame,—pues no me alegro
i la tristeza me nimba,—
pásame, niña, mi lápiz más negro
i mi cachimba!

(La cabellera se aliña
de hebra odorífera i flava,
i melancólica ríe la niña
escandinava.

Entra, a la oscura bodega,
viejo dolor redivivo;
i a saetearme el espíritu, llega,
mientras escribo.)

Cristo en el Cementerio de los Niños

Cristo el Divino Vagabundo
el milagroso Redentor
se despedía ya del mundo.
Iba a los Reinos del Señor
cuando de pronto en su camino
dió con un grupo femenino
deshecho en muestras de dolor.

Todo aquel haz de caras mustias,—
caras de llanto i emoción—
le pareció un montón de angustias
sobre una gran desolación.
Todas lloraban por un niño
en quien pusieron el cariño
de su doliente corazón.

Iban en marcha al camposanto
el pequeñuelo a sepultar.
El, fué la gloria i el quebranto
entre el hastío de su hogar,
i ahora,—masa inerte i fría,—
no ve la clara luz del día
ni oye el materno sollozar.

Cristo siguió tras el cortejo
a impulsos de ávida piedad.
Ensombrecido el entrecejo
i llena el alma de ansiedad,
pensó en la eterna i cruda guerra
que al niño mueven en la tierra
el hambre, el frío i la orfandad.

Pensó que el niño es la simiente
que hai que cuidar, que el porvenir
brilla en el fondo de su mente
como la estrella en el zafir:
por él existe cuanto existe
i nunca el mundo está más triste
que cuando un niño va a morir.

Vió luego abrirse la ancha huesa
en donde todo tiene fin,

vió en el cadáver hacer presa
al gusanillo torvo i ruin;
pero no vió en las tumbas solas
ni siemprevivas ni amapolas
i, a su pesar, pensó en Caín...

I entonces Cristo, dolorido
de ese abandono, hizo nacer
flores en medio del olvido
que hozó las tumbas hasta ayer.
¡I no ha de ser su brillo eterno
si las dejó el calor materno
del corazón de la mujer!

I prometió que nunca habría
de regresar, sin que también
tuviesen ellos su alegría...
!Nada les llega del desden
de los humanos, porque ahora
es para ellos dulce aurora
la Nochebuena de Belén!

¡Madres que nutren con sus pechos,
que dan su sangre i su virtud
a tantos niños contrahechos,
a tantos hijos sin salud!
Madres que sufren la tortura
de amamantar su criatura
para el horror del ataud!

Por vuestra fé subió al Calvario,
por vuestro amor murió Jesús.
Su cruz de inmenso visionario
ha precedido a vuestra cruz.
cuando llorais a vuestro hijo
la luz que os brinda el crucifijo
es superior a toda luz.

Cristo el Divino Vagabundo,
el milagroso Redentor,
todos los años viene al mundo...
I El, el Maestro del dolor,
se vá a un rincón del camposanto
porque los niños son su encanto,
los predilectos de su amor.

No padezcais por los pequeños
a quienes disteis vuestro adios.
Nunca se turben vuestros sueños,
porque hai quien de ellos marcha en pos.
¡No duermen faltos de cariño,
porque en sus tumbas, hecho niño,
juega con ellos el buen Dios!

Tony está triste

Tony está enfermo i triste. Tony está enfermo i triste
Tony, el eterno imbécil, no es el imbécil ya.
El, que con uniformes ridículos se viste,
de pie sobre la pista junto a la yegua está.

Tony está enfermo i triste! Su gran corbata blanca
parece un floripondio medio marchito al sol.
Sus enguantadas manos golpean sobre el anca
del animal, que brilla con toques de charol.

Pobre Tony! ¡Quién sabe de donde es su tristeza!
Honda tristeza viva, no modorra ni esplín.
Honda tristeza viva que aturde su cabeza...
Humor de malos días, pero tristeza, al fin!

II

Tony está enfermo i triste. Tony está enfermo i triste
Tony no tiene, el pobre, ganas de hacer reir.
Entre sus labios mudos no se despierta el chiste. .
Tony tiene rabiosos deseos de dormir.

Mira con ojo idiota los elegantes palcos
donde haí muchos jemelos que se clavan en él.
Mira los terciopelos, los brillos i los talcos
de alguna equilibrista que baila en el cordel.

¿I qué? Tony está triste. Tony está enfermo i triste...
La tristeza es filósofa, la enfermedad también.
Tony, el pobre, de todos sus bríos se reviste
i ensaya unas cabriolas que no le salen bien.

En vano la charanga chirría sus trompetas;
en vano se desgonzan los brazos de la claq.
Estúpidas resultan sus clásicas piruetas,
no tiene ya facundia su enmohecido frac.

III

¡Pobre Tony! Es seguro que Nerón-empresario
le ajustará las cuentas i le despedirá.
¡Bien! que le dejen sólo su traje estrafalario...
¡Todas esas miserias nada le importan ya!

Pone en su boca un rictus i arruga el entrecejo.
Hace ya mucho tiempo que le agarró el dolor!
Un perro que tenía se le murió de viejo
i una muchacha buena se le murió de amor.

A su desconocida tristeza se abandona.
¡Vejez de perro!» piensa. Todo le causa horror:
las ájiles i elásticas piernas de la amazona
i los descomunales bíceps del luchador.

De pronto, al ver el torpe saludo de un payaso
que con su cucurucho repite: una, dos, tres,
recuerda que es su oficio tontear... Intenta un paso,
pero se vuelve al punto. ¡Que le celebren pues!

IV

I desde su ancha boca pintarrajeada i hosca
hasta la inverosímil crencha de su tupé,
pasa una mueca horrible que salta i que se enrosca,
un jesto de fatiga, de rabia, o no sé qué.

Jamás, en noche alguna, brotó de su inventiva
un guiño más fantástico ni más orijinal.
El público que paga rompe su espectativa
i estalla en el delirio de un hurra colosal.

I el pobre Tony (el pobre, enfermo, viejo i triste!)
con su corbata lánguida i su chistera atroz,
de pie bajo un trapecio, como un peñón, resiste
la tempestad de aplausos, salvaje, cruel, feroz..

Entre los palmoteos chirría la charanga.
Se anuncia a la amazona que en triunfo va a salir.
I qué? Tony se enjuga los ojos con la manga,
i piensa como en sueños: Dormir... dormir... dormir..

Música en la plaza

I

¿Habéis visto nada más triste?
La Plaza es una inmensa desolación:
los jazmines se amustian—cenobitas estáticos—
i las rosas se mueren de dolor.
El encanto de las mujeres delicadas—
sonrisas de primavera i miradas de sol—
se ha ausentado de los jardines: las mujeres
miran a sus hermanas con horror.

Para nadie, sino para algunos
señores que en los escaños hacen la dijestión,
o para algunos obreros taciturnos

que presiden los juegos de un cachorrillo o dos,
para nadie brillan aquí las estrellas
ni la luna con su luz romántica habla del buen Dios.

En la soledad de la Plaza
huérfana del primor
de las beldades—juventud, gracia, opulencia,
todo lo que es aristocrático blasón—
la música de las retretas militares
vibra como un sollozo desgarrador...

¡Notas i acordes trémulos;
gritos de piedad o rebelión;
quejas nacidas de una nostaljia indecible
o de un comprendido amor;
voces innumerables
que se anudan en una sola voz;
murmullo potente i tumultuoso
de los instrumentos en conjunción;
repiques líricos en el címbalo
rujidos de bronce en el trombón,
tímidos llamamientos del oboe
impacientes redobles del tambor!...

II

—Niño—le dije al pequeño músico—
¿no te da pena fatigar el pulmón
tocando para que nadie escuche

siquiera de favor?
I él llevando a la gorra
la mano con un jesto de héroe o de lord,
--Tengo una madre anciana que me quiere
i una novia por quien deliro—respondió.
¡Yo no toco para la jente
sino para mi corazón!
I sé que suena mejor el instrumento
cuando más triste estoi
i es cuando estoi más triste, cuando sufro,
cuando toco mejor,
porque no es el instrumento el que canta
o llora, o se queja... sino yó!
¡Qué no me oyen!... I la luna que sonríe en lo alto?
I las flores que me acarician con su olor?...
I cuando soplo, llenas
las pupilas de lágrimas i el alma de ilusión,
cómo olvidar a aquéllas que me están recordando,
cómo no enternecerme cuando sé quienes son!...

III

Artistas! Aprended del pequeño músico
i tened resignación.
La soledad no existe: sólo aquéllos que no aman,
aquéllos que padecen del incurable horror

del hastío de todo,
pueden decir que mueren de desesperación.
Si en la música de las retretas militares
se deja oir un clamor,
es porque existe una alma que busca en otras almas
una complicidad o una bendición;
es porque, por encima del tiempo i la distancia,
va desde un corazón a otro corazón,
entre un temblor celeste de alas anjelicales,
¡un mensaje de amor!...

La luz lejana

I

Cuando ha caído la noche
sobre la ciudad dormida
i sólo el ruido de un coche
hace un último derroche
de actividad i de vida;

cuando el mar ronca o bosteza
con soñolienta modorra
i confunden su tristeza
la nube que se espereza
i la estrella que se borra;

cuando tras de la neblina
suena el toc-toc taciturno
del vendedor que camina
o del guardian que en la esquina
hace el servicio de turno;

cuando en la torre más vieja
el reloj canta las doce
i pasan por la calleja
algun ebrio que se queja
o algún enfermo que tose;

Salgo a la abierta ventana
i en los rincones más turbios
veo, pálida i lejana,
una luz que se desgrana
por la paz de los suburbios.

La veo, clara i tranquila,
que alarga en la sombra un trazo
i palidece i vacila,
no a modo de una pupila
sino a modo de un brochazo.

¿I qué es esa luz lejana?
Yo lo ignoro... yo lo ignoro...

Pero ella arde en la ventana
i en la noche se desgrana
como una cinta de oro.

I algo estraño me sujiere.
Tristeza? Melancolía?...
¡Nadie sabe lo que quiere
esa luz que no se muere
i está en eterna agonía!

Esa luz que así vislumbra
del arrabal soñoliento
sobre la muerta penumbra,
no puedo saber si alumbra
taller, tugurio o convento....

II

Acaso es la compañera
que, sin pesar ni reproche,
sobre la gran mesa espera
que la joven costurera
termine su obra esa noche.

Lámpara de tonos rojos,
de pie en la gran mesa, acaso

da artificiales sonrojos
a la que clava sus ojos
en las labores de raso.

Entre los dedos la aguja,
la pobre en silencio cose,
plega, hilvana i encarruja...
I una sonrisa dibuja
porque es tan tarde i no tose!

Un grito. ¿Qué? Se ha pinchado!
I los opulentos ruedos
que ella temió haber manchado,
con su rico encarrujado
hacen fru-fru entre sus dedos.

(¡No te afanes, costurera!
Hace mal la que se afana
i sufre de esa manera:
otra mujer hechicera
lucirá el traje mañana!)

III

¿I qué es esa luz lejana?
Quizás, con la madre, espera
fijo el ojo en la ventana,

a algun hijo tarambana
que esa noche duerme afuera...

¡Cuánto tarda! Cuánto tarda!
Tic-tac... Las tres en la esfera.
Tic-tac... tic-tac. Pero aguarda,
i ni el frío la acobarda
ni el tiempo la desespera.

(Pobre madre! Tú no sabes
muchas cosas... Pobre vieja!
Tu ignoras cosas más graves:
te ha robado hasta las llaves
el miserable, i te deja...

—¿Por qué—preguntas—se aparta
de mi lado el pobre niño?
Ya mui pronto estarás harta:
la copa, el beso i la carta
te han robado su cariño!

Tú no sabes, pobre vieja,
lo que es ahora el muchacho...
Un borracho es su pareja
i el borracho le aconseja
que siga siendo borracho.

No sufras, madre, no esperes...
Cierra, cierra la ventana...
¡En brazos de otras mujeres,
ese hijo que tanto quieres
no volverá hasta mañana!)

IV

Aquella luz mortecina
que se asoma a la ventana,
¡quién sabe si en la cortina
de una alcoba femenina
su lluvia de oro desgrana!

¡Quién sabe si adolescente
niña en su libro se arroba,
i es su única confidente
esa luz auriluciente
que se desmaya en la alcoba!

Sonríe acaso a un ensueño
que por su espíritu pasa.
Enarca el labio risueño
i arde su cutis sedeño
con la fiebre que la abrasa.

La luz desde el velador
envuelve en vivos destellos
aquel cuadro encantador...
¿Dónde estará el trovador
que la bese en los cabellos?

Deja el libro. A los paisajes
del muro, sonriendo queda
i se absorbe en sus mirajes
mientras crujen los encajes
con cuchicheos de seda...

(No sueñes más, burguesita,
con amores medioevales.
Por más que seas bonita,
no hai luna para la cita
ni caballeros feudales...

Duerme, i piensa en cosas graves,
en un nido, en un esposo
que te engaña i tú lo sabes,
i que te deja las llaves
porque no es nada celoso.

Sueña con un millonario
que use sombrero de copa

i viva por formulario,
i que, en caso necesario,
podría llevarte a Europa.

Duerme, duerme! Tu quimera
es tan dulce como vana.
Duerme! La pálida cera
que hoi brilla a tu cabecera
seguirá ardiendo mañana!)

V

¿Qué inquietudes, qué desvelos
preside esa luz lejana?
¿Qué goces, qué desconsuelos?
¿Qué esperanzas i qué anhelos
de alguna pobre alma humana?

¿Es un padre que agoniza,
o es un pequeño que nace?
¿Surje allí el llanto o la risa?
¿Es sueño que se realiza
o ilusión que se deshace?

¿Es un obrero encorvado
que lucha con su pobreza?
¿Es un fraile atormentado

que, al crucifijo abrazado,
trémulas plegarias reza?

¿Es un inventor que busca
la *x* desconocida?
¿O es un pobre que se ofusca
i empuña con mano brusca
el revólver del suicida?

¿Es un amante que vela
los despojos de la amada
que en su mortaja se hiela?
¿Es un pintor que en su tela
hunde febril la mirada?

¿Es un poeta que escribe
entre el frenético enjambre
de imájenes que concibe?
¿Es un bohemio que vive
de la gloria i para el hambre?

La luz lejana, tranquila
junto al alma que acompaña,
ya no tiembla ni vacila:
es un faro que vijila,
no fuego fatuo que engaña.

Desde sus rincones turbios
brinda amor, incita al sueño,
pone paz en los disturbios
i aunque brilla en los suburbios
es todo un mundo en pequeño.

Duermo ya, i la luz lejana
se derrama compasiva
sobre la miseria humana:
humilde estrella, es hermana
de las que brillan arriba...

¡Pobre faro que destellas
en la sombra, luz lejana!
Tus hermanas las estrellas
saben bien que tú, como ellas,
arderás hasta mañana!

Por los mares del sur

Crepúsculo! Alta mar!...
Un viento frío
me saetea los músculos. ¿Qué sueño
es el que viene, pájaro zahareño,
a aletear en torno del navío?
El pasado? Lo siento en el vacío,
cada vez mas lejano i más pequeño.
El porvenir? El porvenir no es mío!

Delante de ese sol en agonía
que en inquietos relámpagos de oro
desangra sobre el mar, mi fantasía
se echa a volar.. I entonces rememoro

cosas del mar que en mi niñez leía:
romances de ambición i de osadía,
viejas leyendas, tentador tesoro
para mi eterna sed de poesía!

Oh, huracanes del sur, rachas cortantes
que por el vasto mar desconocido
fuisteis con los primeros navegantes
repitiendo los gritos de su jerga
hecha de interjección i de alarido!
Ah, sois los mismos, sois los mismos de antes,
soplos salinos que al arquear la verga
arrancabais un hurra áspero i fiero
que se elevaba como himno sólo
desde el fondo de un barco aventurero
hacia la inmensa plenitud del polo..

Ah! sois los mismos, ábregos i notos;
los mismos vientos que pusisteis brío
i ansia en el corazón de los pilotos,
erguidos en sus frájiles bajeles
frente a la inmensidad...
¡Sí, yo sonrío
ante el olear monótono i bravío;
pero vosotros nó, filibusteros,
vosotros nó, piratas i corsarios,
que al hollar inviolados derroteros

por nuevos climas i por nuevas zonas,
erais hijos del mar, estrafalarios
como el mar, i sentíais los afanes
con que alzaban la espuma hasta las lonas,
ebrios de libertad, los huracanes!

Oh, ilusión la del tiempo! ¿Quién ha dicho
que el tiempo es el verdugo de la vida
que nada resiste a su capricho?
El tiempo es la ilusión desvanecida
que nos hace llorar! Por eso es triste.
Pasa sin movimiento i sin ruïdo.
No deja huella. En realidad no existe:
sólo es quietud, i soledad, i olvido...

¡Quietud, olvido i soledad! Es eso
o que en este crepúsculo gravita
por encima del mar... Nada hai impreso
de la epopeya audaz que año tras año
dejara el hombre sobre el mar escrita:
nada entre los abruptos farellones,
donde hoi sestea el plácido rebaño
de pingüinos; ya han muerto los alciones
que podrían hablarnos de esas cosas.
El tiempo, alción incontenible, vuela
ni siquiera en golfos solitarios

ni en la oquedad de grutas misteriosas
queda un espumarajo de la estela
de aquellos barquichuelos temerarios...

El mar, i siempre el mar! La ola que pasa
i la que viene en pos... Rumor inmenso
sube del fondo de la inmensa masa
de las aguas profundas. ¿Es el canto
de los dioses del mar? No sé en qué pienso;
mas siento en mí desconocido encanto,
i ante el aire poblado de visiones,
sube a mis ojos humedad de llanto
i a mis labios fragmentos de oraciones...

¿A qué tanta inquietud? ¿Qué fuerza estraña
empujaba hacia acá las escuadrillas
conquistadoras o corsarias? ¿Era
grabar los mares la ambición de España
con el buril de sus gloriosas quillas?
¡Oh, locura de siglos! Oh, quimera!
Fueron las de sus hijos maravillas
de valor i de fe: lo hicieron todo.
No hubo playa, peñón ni torrentera
donde no ondeara el pabellón del godo.
Pero lei de conquista es lei de presa:
i ai, del águila real, i ai de su nido,

si el hambre astuta i la venganza aviesa
os llegan a cercar... Es gran desgracia
que diga el vencedor: ai del vencido!
porque lei de conquista es lei de audacia:
contra el águila audaz se alzó reacia
a caterva de halcones vagabundos
hábiles en el vuelo i en la riña,
demonios venidos de otros mundos,
hechos a cabalgar las tempestades,
pasearon el degüello i la rapiña
por la naciente paz de las ciudades...
Rojos herejes, ávidos de vino,
de sangre i de mujer, fué su divisa
abatir el orgullo felipino,
hacer jirones de su manto rejio,
profanar el hogar en son de risa,
violar el templo i reemplazar la misa
por la brutalidad del sacrilejio!...
Drama de siglos! Trájica odisea
fraguada en los comienzos de la historia
de mi raza, no hai nadie que hoi la vea...
I su teatro fué el mar, i oyóla el viento,
fulgura en el nimbo de su gloria
el nocturno esplendor del firmamento!
Mudas constelaciones, luminosas
estrellas de esta latitud, qué diera
por saludar, pirata como ellos,

vuestro lejano florecer de rosas!
Qué diera, navegando mar afuera,
por sentir que me envuelve en sus destellos
toda la luz de la celeste esfera!

Oh, mi raza inmortal! ¿No ha de ser fuerte
si se nutrió de sangre, i si en su cuna
se detuvo, arrullándola, la muerte?
¡Manes de mis abuelos primitivos,
bárbaros sin dominio i sin fortuna,
hordas de hombres cobrizos i desnudos,
toquis gallardos, úlmenes altivos
de rudas testas i de miembros rudos:
vosotros no sabíais, al poneros
frente a los aguerridos caballeros
respondiendo con mofa a su amenaza,
que era un signo jenésico el que hacía
al mecerse en el aire vuestra maza,
ni que iba a realizar vuestra enerjía
el bautismo de sangre de la raza!
Vosotros no sabíais que del recio
choque de vuestras armas, nacería
la raza de hoi—¡oh, idilio portentoso!—
que en vuestro sacrificio estaba el precio
de esta jeneracion fuerte i bravía
que, con el amplio jesto de un coloso,
abre los brazos i se baña en día!..

Ah! de la cordillera al oceano,
de la montaña al mar, siempre la guerra:
siempre hecha zarpa de águila, la mano,
siempre en las altitudes la pupila
i el pie elevando a pedestal la tierra..
La vela que a lo lejos se perfila
¿no habla de la codicia del pirata,
ladrón del mar, que sueña en el saqueo?
La ola, con su rumor de catarata
¿no nos repite el ah! del chivateo
con que el malón del indio se desata?...

Raza! tuyo es el mar, tuyo es el monte!
Sube, como tus padres, a la cumbre;
despliega por los ámbitos la vista;
llena con tu silueta el horizonte,
i alza los brazos, coronada en lumbre...
Raza! Tu porvenir es la conquista!

Crepúsculo! Alta mar!...

El circo pobre

I bien, tú, caballero del ensueño i la angustia,
poeta de los nervios endiablados, que vas
atesorando rimas para tejer con ellas
guirnaldas de amargura i de piedad;
entra tambien al circo que la murga pregona,
al pobre circo de arrabal
donde muequea el tony bajo el fulgor fosfórico
de lámparas de gas,
donde caballos éticos parodian gallardías
i hace diabluras el juglar.

Entra también al circo... Deja de ser filósofo
un instante no más,
i ríe con los chicos que dejan ver la gloria

en los pueriles jestos de su cara escolar.
Ríe, poeta, ríe con ese niño grande
que es el pueblo: sus ojos, se encienden al compás
de la charanga, mientras su alma plebeya estalla
en una carcajada estomacal...

Truenan las galerías.
Es la felicidad
que bate a todo son sus cascabeles
de plata i de cristal.
El payaso pellizca sus calzones
para mostrar el sol que lleva atrás:
su cucurucho inverosímil
se esfuerza por pescarse del mondo occipital
i su jeta de mimo
chocarrero i procaz
como un tajo sangriento le divide
el rostro por mitad.
Tony está pensativo
debajo de su frac:
su chistera minúscula junto al tupé resbala,
su corbata estupenda hace llorar,
i su bastón de nudos tiene todas las curvas
de una espina dorsal...

Ríe, poeta, ríe... Para los que llevamos
tristezas que desgarran, recuerdos que hacen mal;

para los que lloramos por lo que no sabemos,
reir es olvidar.
Ríe, poeta, ríe como los niños: pobres
o ricos, no hai afán
que en ellos haga presa
ante el vuelo del cóndor, o ante el salto mortal.
¡La amazona es la diosa de los aires,
i el atleta un titán;
tiene el payaso cada chiste
que se arma un ventarrón de hilaridad
i el perro sabio es tan ladino
que no parece un animal!...

Ríe, poeta, ríe... ¿No es más gracioso el circo,
el pobre circo de arrabal
que la grotesca feria
por donde casi a ciegas i dando tumbos, vas?
¿Más te divierte acaso
del literato impúber la cháchara banal,
o la palabrería del político que anda
poniendo a sus ideas antifaz,
o la sonrisa hipócrita con que pasión se mienten
Julietas eterómanas i Romeos de clac?

¿Hallas más gracia al jesto
rastacueril i audaz
del que debe a los rábulas su barriga de ogro
i su sillón senatorial?

¿Te parece más cómico
el gomoso—creación de bric-a-brac—
que barnizó en Europa su mollera
épicamente asnal
i hoi se la pasa entre un rondar de moscas
a las puertas del bar?...

Poeta: sé sincero
i confiesa que envidias, aún desde el hogar,
la democrática alegría
i el regocijo popular.
¡Viva el obrero que no piensa
en el aumento de jornal!
¡Viva el granuja que se olvida
de irse de juerga o pedir pan!

Ríe... Mas si no puedes;
si en medio del estruendo colosal
con que la plebe—agradecida a ratos—
hace la carpa reventar,
tu alma (prostituída
de lecturas imbéciles por el filtro fatal)
no ríe de sí misma
i de la Humanidad,
es porque estás perdido,
poeta, porque ya
no sirves para nada

que merezca una oda o una sátira más;
es porque ya es preciso
por tu cuenta pensar
en que—falso cadáver, necrolojía andante,
fósil intelectual,—
necesitas un párrafo biográfico
hecho en estilo harto vulgar
cuatro palmos de tierra, dos flores (si hai a mano)
i un buen «descansa en paz!»

En la cumbre

Al fin! Al fin estoi sobre la cumbre
del cerro mineral... Cumplí mi empeño:
de breñal en breñal, de risco en risco
he logrado trepar. Báñome en lumbre,
grito a pleno pulmón... Estoi risueño,
casi feliz... Hacia el ocaso, el disco
magnífico del sol, cae de plano.
Húndese el llano en el sopor del sueño
i, erizado i tortuoso, cada quisco
parece agazaparse sobre el llano.

¡Cuánto tiempo soñando en este día!
¡Cuántas veces, tendida al horizonte
la mirada infantil, mi fantasía

se echó a volar hasta este abrupto monte
perdido en la borrosa lejanía!
Alcanzar hasta aquí, me parecía
el sueño de los sueños... ¡Oh quimera!
Oí en la cuna la canción minera
i siempre, al repetirme las estrañas
leyendas del picado i la cantera,
tembló mi corazón cual si tuviera
algo del corazón de las montañas!

....

Ya estoi aquí. Jadeante, fatigado,
a punto de ceder, puse la planta
sobre el peñón mas hosco i escarpado
i un grito se escapó de mi garganta
Esplayé por los ámbitos la vista
i dí gracias a Dios. Hacia la altura
tendí el brazo con jesto de conquista
i sentí engrandecerse mi figura:
arriba el cielo, i a mis pies la falda
de granito i basalto; hacia mi espalda
los macizos de la alta cordillera
i al frente, entre el espacio i la ribera,
el mar como un ensueño de esmeralda!

¡Oh, infinita dulzura! En los poblachos
arden luces de hogar; escucho quejas

de mujeres, jemidos de borrachos
perros que ladran, gritos de muchachos;
balidos, como súplicas, de ovejas
que tornan en rebaño, mansamente;
tal toque de campana; el estridente
rebuzno de un pollino melancólico;
el concierto monótono i doliente
que ejecuta la brisa en la arboleda
i los suspiros de un flautín bucólico
que por la paz de los caminos rueda...
Hai paz en los caminos: polvareda
de tropas, vagabundos canturreos...
¡Envuelta en su amplia túnica de seda
viaja, del valle por la verde alfombra
florida i por los áridos faldeos,
la dulce peregrina que es la sombra!

¡Paz en la tierra, pero no en su seno!
¡Paz en los campos, pero no en las grietas
de sus entrañas, donde el sol, tan bueno,
no alcanza con su luz, que es alegría,
a iluminar la faz de los atletas:
de los miles de atletas que, en porfía
titánica, persiguen noche i día
el raudal milagroso de las vetas!
¡Brava persecución! ¡Lucha sombría!
Muerde el hierro a la piedra a golpe bruto,

le abre un tajo que llena el esplosivo;
truena el tiro, i el hombre, diminuto
como un microbio ante el peñón, furtivo
e insaciable como él, lo va royendo...
Es fantástico drama el de la guerra
entre el hombre i la tierra, es estupendo:
como ni ella se agota ni él se sacia,
cede la tierra al fin con lo que encierra
i el hombre, ávido de oro, se lo vácia
para hacerlo sonar sobre la tierra!

Siglos i siglos hace! El indio, presa
del señor estranjero a quien debía
obediencia i amor, dejó aquí impresa
la roja huella de sus pies desnudos.
Algún vestijio queda todavía
de su trabajo bárbaro en los rudos
riscos del peñascal... Ai! Pero ¿nada,
nada de sus sollozos ni su pena,
nada de su dolor ni de la herida
que abrían en su carne atormentada
el látigo, i el cepo, i la cadena?
¿a tal estremo se invirtió la vida?

No! La vida es la misma, la de entonces!
Al esclavo desnudo, al yanacona
ha sucedido el peón; pero los bronces

que orifican las colpas, los zafires,
los rosicleres i los cobres todos
orgullo i privilejio de la zona,
no ceden al tesón de los apires
si no a precio de sangre... Ya no hai godos
ante quienes se doble la rodilla;
ya no existe el señor de horca i cuchilla;
pero hai otro derecho,—el de la garra—
pero hai otro derecho,—el de la usura—
que eterniza en los siglos la impostura:
¡la civilización—hoja de parra—
cubre la llaga... pero no la cura!

Oh, tristeza infinita! Pienso,—ahora
que, ante la paz de los caminos, cierra
una noche profunda i soñadora
sobre los campos,—en la dulce aurora
que un día ha de llegar para la tierra!

En las jeneraciones de vencidos
que lucharon también, i hoi son los idos,
los que se hundieron para siempre i nunca
en la sombra de anónimos olvidos;
en los que ahora mismo, entre la hedionda
sordidez de la lóbrega espelunca,

hijos bastardos de la suerte esquiva,
viven sin que la vida les responda,
mueren sin que la muerte los reciba!

En esas existencias dolorosas—
vestijios tristes de una edad pasada—
a las que nunca inquieta ni confunde
la ansiedad del misterio de las cosas;
que, fija en el abismo la mirada,
son el agua estancada que se hunde
filtrándose en la tierra hora por hora
como en una agonía anticipada...

¡Cómo, Dios mío, no pensar,—ahora
que, ante la paz de los caminos, cierra
una noche profunda i soñadora
sobre los campos—en la dulce aurora
que un día ha de llegar para la tierra!

¡Yo sé que ha de llegar! Irán mis huesos
de cantor vagabundo, a hacerse nada
a la fosa común. Ya, ni mi nombre
vivirá, ni mi imajen, ni los besos
que dí o bebí sobre una boca amada . .
Pero ¿qué es una vida? ¿qué es un hombre?
Olvidado también, tal como esos,

yo sé que oiré desde la tierra helada
un canto de niñez alborozada:
será el canto de gloria que se eleva
de cada corazón, a esa alborada
que vendrá derramando una luz nueva
sobre la Humanidad fraternizada!

Evocaciones de la tierra natal

Héme aquí suspirando por tu recuerdo ¡oh vieja
ciudad de los claveles! Mi espíritu refleja
la visión polvorosa de tus torres erguidas
en magníficos jestos, i de tus avenidas
solemnes que dibujan en el aire sonoro
la deliciosa danza de sus hojas de oro!

Desde las anchas márjenes del mar, en donde el viento
llena de errantes hipos el colosal fermento
del agua entre las rocas, absorto en lo infinito
del horizonte, i ébrio de inspiración, medito
para dejar que vuelen en banda migratoria

todos mis pensamientos en pos de tí!—Tu gloria,
mista de gracia i ocio, de ensueño i opulencia,
tienta mi fantasía. Tu gloria es la alta herencia
de los abuelos idos, de esos conquistadores,
padres de nuestra raza, plebeyos o señores
que amaron más el oro que su conciencia, fieros
a fuer de godos, i ávidos a fuer de aventureros.

Dormitan cuatro siglos sobre tu augusta sombra
Cuatro siglos que el río tus suburbios alfombra
de verdor, i que el viento, señor de los verjeles,
se embriaga con el hálito de amor de tus claveles;
cuatro siglos que lanzan desde los campanarios
tus campanas vetustas sus toques lejendarios;
cuatro siglos que sueñas al pie de las colinas
i ante el arrullo eterno de las aguas marinas......

Pero no es por tu historia por lo que yo suspiro.
Prez de mi tierra, joya de mis lares, te admiro
porque eres mía, te amo porque en mí mismo existes;
porque en tí está la imajen de mis años, tan tristes,
tan graves, tan dolientes; porque en tí está mi vida
solitaria, errabunda, nostáljica, perdida;
porque allí están mis sueños de las aulas, amores
románticos, manojos de besos i de flores,
sonrisas temerosas, suspiros acallados,
balbuceantes rimas i versos olvidados...

Bajo tus altos árboles nacieron mis quimeras.
Desconocido, huérfano, sentí allí mis primeras
ambiciones... Soi tuyo. Tú has sentido mi paso
cuando, niño estudiante, divagaba al acaso.
Zumbó como un insecto, corriendo por tu vega,
mi alma de adolescente, diáfanamente ciega.
Me cantaron las olas de tu mar i tu río.
Sus playas me conocen... ¡Su rumor es el mío!

El cotidiano i trémulo coro de tus campanas
me despertó. Yo he visto la luz de tus mañanas
bruñir las coloniales techumbres. Yo he sentido
que, al caer de tus suaves crepúsculos, hundido
como tú en el océano de la sombra discreta,
sangraba en mí el inmenso corazón de un poeta.

....

He de volver a verte! Pisaré tus riberas,
hollaré tus colinas... De nuevo las quimeras
revolarán en torno de mis pasos. De nuevo
estallará la flora que en mi espíritu llevo,
Me sentiré encantado de la vida, como antes,
fuerte, sano, amoroso de las horas distantes
del porvenir, ajeno ¡Dios mío! a esta tristeza
que, mucho antes que el tiempo, nevará mi cabeza...

Ciudad noble i amiga! Ciudad mía! He de verte.
No crispará mis dedos el hielo de la muerte,
no agostarán mi última ilusión los dolores

sin respirar el alma celeste de tus flores.
Fuerza es que el ave errante suspire por el nido.
Estoi lejos, i te hablo... Soi tuyo... i no te olvido!

Ojalá que el descanso del postrimer abrazo
me sorprendiera ¡oh noble ciudad! en tu regazo;
que tras los sobresaltos de mi última aventura
quisiera allí una grieta brindarme sepultura,
i que en mi cruz humilde cada año floreciera
mi pálido recuerdo como una enredadera!

□ □

Mirando al Río

ORILLAS DEL MAPOCHO
MAYO DE 190...

Rueda, rueda, turbio río!
En la alta noche serena
tu largo rezongo suena
como un gran cuerno vacío.
Con lívido escalofrío
tiemblan lejanas siluetas
bajo tus aguas inquietas,
por sobre cuyo zig-zaj
la luna, como un carcaj,
desparrama sus saetas.

Estoi solo sobre un puente.
Desde sus arcos de hierro
con largas miradas erro
por la revuelta corriente.
¡Nada! Ni un soplo se siente
del resollar de la vida.
Por un instante vencida,
ha estrangulado el murmullo
de su miseria i su orgullo
la metrópoli dormida.

Te miro i te oigo. Tus vagos
monólogos sin palabras
me hablan de historias macabras
i de espantosos estragos.
Ya sé que te son aciagos
los días; que tu alma ciega
perpétuamente navega
hacia el perdido miraje
de un río hozando el paisaje
i alborotando la vega!

Hacia los días lejanos
en que eras libre, i solías
correr con ansias bravías
desde la selva a los llanos;
en que los robles ancianos

te daban sus cabelleras
i por sobre tus riberas
las tribus de hombres desnudos
ataban con recios nudos
sus lanzas a sus banderas.

Tu sueñas con el tesoro
de tus días primitivos;
con tus bárbaros esquivos
i con tus arenas de oro.
Nunca tu caudal sonoro
empujó las aguas sordas
que hoi entre charcas desbordas.
sino la balsa de boqui
en que solía algún toqui
ir a arengar a sus hordas!

Sueñas con los hombres fieros
que fundaron la ciudad:
esos que eran por mitad
bandidos i caballeros.
Trájicos aventureros
que—encima del arcabuz
la espada—formaron cruz:
fanatismo sobrehumano,
mitad rigor castellano,
mitad injenio andaluz.

I recuerdas los sangrientos
combates, las iras bravas,
los heridos que arrastrabas,
los alertas, los lamentos
i los gritos turbulentos;
las testas fuera del tronco,
los golpes de hacha, i el bronco
retumbar de las cureñas
entre las huestes zahareñas
del viejo Michimalonco.

Como en fantasmagoría
ves las proezas que hizo
Lautaro el caballerizo
contra sus amos de un día.
Sombras de melancolía
pasan sobre tu alma inquieta
i aún tu lenguaje interpreta
los portentos que escuchabas
en las soberbias octavas
de don Alonso el poeta.

I la Colonia vetusta:
el caserón solitario,
el ta-lán! del campanario
en la catedral augusta...

La autoridad siempre adusta;
una calesa que rueda
en mitad de la vereda;
el correjidor, la niña
de blanca toca i basquiña
i el lento golpe de queda...

¡Tú eras libre todavía!
Aun bajo el cielo nocturno
tu torrente taciturno
abrirse paso podía.
Aun a tu márjen venía
el honor a aventurar
i mas de una vez, al par
de dos bravas estocadas,
quedaron hombres i espadas
en medio del tajamar.

¡El tajamar! Ni eso existe...
Por tus ahorcadas riberas
pasean hoi las rameras
su lujuria hambrienta i triste.
I el vulgo, que rumia un chiste
para tus tardas corrientes,
con ojos indiferentes

te contempla, porque olvida
que eres tú toda una vida
que llora bajo los puentes.

Nunca ¡oh río! en tus oscuros
dias de vida salvaje
ansiaras el vasallaje
de pretiles i de muros.
¡Son hoi tus dias bien duros!
Estás como emparedado
sobre tu cauce empedrado,
i gritas i te querellas
i aúllas a las estrellas
como un perro encadenado!

Nunca pensaras que ahora
como una sucia culebra,
te arrastrarías en hebra
lamentable i hastiadora.
En el temor que te azora
tu vida entera se apaga
i parece que te halaga
arrastrar por entre ruinas
fetideces mortecinas
i podredumbres de llaga.

Bajan hasta tí indiscretos
los clamores del suburbio.
Flotan por tu lecho turbio
andrajos, vísceras, fetos....
Ai! i hasta los parapetos
que tus márjenes oprimen,
llega a pensarse que jimen
cuando ven llenarse el agua
con las vergüenzas que fragua
entre las sombras el crímen.

Vienes desde la montaña
i te hundes en el bochorno
de la ciudad. Hierve en torno
la ciudad como una araña
torva, cruel, inquieta, huraña...
Tú pasas. Recojes todas
sus pasiones, juegos, modas:
sus caprichos inauditos,
sus infames apetitos
i sus ternuras beodas!

I sigues... Sigue tu cinta
rodando hacia las afueras:
ranchos, chacras, carreteras
los encantos de una quinta!

El cielo en ella se pinta,
la saluda un aldeano,
i ella sigue por el llano
i sigue, hasta que se pierde
en la majia azul i verde
del horizonte lejano.

Lejos queda, mientras corres,
la metrópoli opulenta;
lejos la eterna tormenta
que sopla sobre sus torres.
Antes, mucho antes que borres
tu marcha en la perspectiva,
miras la ciudad altiva,
de pompa i miseria albergue,
cómo sus cien torres yergue,
amenazando hacia arriba!

Pobre i ruin, también tú sueñas:
soñando estás, cuando lloras,
con mas brillantes auroras
i con noches mas risueñas.
Otros hombres i otras breñas
te abrirán mejor sendero...
Infatigable viajero,
lograrás ver de improviso

el crepúsculo indeciso
de tu último derrotero.

Alégrate, pues! No llores...
Da paso a tus alegrías,
que ya vendrán nuevos dias,
nuevos vientos, nuevas flores...
Este hervidero de horrores
en que la virtud encalla,
ya no será una batalla;
ni tu corriente rastrera
se irá llevando hacia afuera
la lepra de la canalla!

....

Como un gran cuerno vacío
tu largo rezongo suena
en la alta noche serena...
¡Rueda, rueda, turbio río!
Estoi sólo... Siento frío...
Lejos, el rodar de un coche...
I al doloroso reproche
de tus roncas letanías,
se unen las rapsodias mías
bajo el cielo de la noche.

.o que me dijeron las espigas

I

Las espigas de oro
endidas i oleantes en el trigal sonoro
me dijeron:—Amigo,
oncédenos un rato para charlar contigo.

(En aquel tiempo no era
ına cosa mui digna de amor la Primavera.
En aquel tiempo,—ido
⁄a por los polvorosos caminos del olvido,—
yo, junto a la laguna,
olía por la noche conversar con la luna.

En aquel tiempo, el viento
jugaba con mis trenzas i con mi pensamiento,
i a los alegres pájaros, i al monte, i al follaje,
i a las divinas flores, i a la niebla, i al río
les gustaba conmigo saludar al paisaje...
I hasta el sol, el buen padre sol, era amigo mío).

Las espigas de oro
me dijeron, pulsadas por el viento sonoro:
—Escúchanos, amigo.
Queremos sólo un rato para charlar contigo.
—Sin pena, (a las espigas
respondí) sin cuidado podéis hablar, amigas.
I hablaron al momento
las espigas de oro batidas por el viento.

II

—Muchacho, (me dijeron las espigas) muchacho;
tú que siempre has andado corriendo vivaracho,
sin mirar nunca al lado del camino; tú que amas
por sus nubes el cielo, por sus flores las ramas,
por sus alas las aves, por su aroma las rosas,
por su invisible peplo de íris las mariposas,
por nosotras, espigas, el sonoro trigal,
i el cristalino arroyo por su claro cristal,

¿nunca te has preguntado cuál será nuestra suerte
tras el golpe del hierro que nos hiera de muerte?
¿nunca te has preguntado por qué nos guillotinan?
¿que por qué en el bochorno de las estivas siestas
nos siegan los gañanes? ¿qué a dónde se encaminan
a pleno sol i viento con nosotras a cuestas?...

—Cómo nó, mis amigas!
(les dije). Cuando caen las granadas espigas
bajo la ruda echona del gañán por el suelo,
yo sé a donde las llevan... I, ¡quién no sabe! El cielo
está mui claro entonces, entonces está el sol
mui alegre, i lo bruñe todo de tornasol:
los ranchos i las pircas, la chacra i la arboleda,
el racimo de perlas, i el pámpano de seda.
Está alegre i se ríe entonces la campiña.
La tierra entera canta como una virjen niña
bajo el sol... Se sahuman de polvo los caminos.
El río brinca sólo... Braecan los molinos...
Los pájaros, los líricos, esponjan la garganta
i atacan un brioso... Chilla la vieja llanta
de la carreta... i tienen los bueyes pensativos
los pasos más seguros i los ojos más vivos.

No me perdonaría si aún no lo supiera!
Quién no sabe que el trigo se amontona en la éra
i en el sagrado fuego del sol, brilla i rebrilla
la gran nota pomposa de su mancha amarilla!

Luego... el recio golpe de las nerviosas yeguas,
los guasos que jalean, las caídas, las treguas,
las pintorescas mantas, los gritos i las voces,
estrépitos de cascos i chasquidos de hoces.
En torno de la éra, la turba que pulula
de pájaros borrachos de alegría i de gula;
la tridentada horqueta que en las parvas se hinca
i la brizna que estalla cuando en el aire brinca...
¡Jalá! ¡Jalá! La vuelta!... Y al derramarse, el grano
canta en el día claro la gloria del verano!

Las espigas movieron sus tallos, lentamente.
—¡Pobre niño! (dijeron) Si eres mui inocente!
Si nosotras sabíamos que ibas a decir eso.
Aún tiene en tus mejillas mucho perfume el beso
maternal... ¡Inocente muchacho, si tú dices
las cosas como todos los que aún son felices! .
...Después, cuando en el campo termina la faena,
cuando el trigo de oro ya las éras no llena,
ni el sagrado fuego del sol brilla i rebrilla
la gran nota pomposa de su mancha amarilla;
cuando está todo solo, cuando al último lampo
del sol de estío, es cierto que se entristece el campo,
i se alargan, se alargan hasta allá, los caminos,
el trigo, el trigo de oro, va a llenar los molinos
cuya desmesurada i hambrienta dentadura
entre sus grandes muelas lo muerde i lo tritura;

o en gavillas, al paso de los tardos rumiantes,
repleta las chillonas carretas desbordantes
por la ancha carretera del valle o del faldeo,
por donde mismo pasa, latigueando su arreo,
el guaso taciturno, camino de la feria...
¡Tú no has pensado nunca que el pan de la miseria
no es de trigo; que todos saborean su pan,
menos la fauce hambrienta del errante gañán!
Aún ese pobre guaso que va arreando su tropa
como, cuando en el vértigo de la trilla galopa,
trilla su propio trigo también con el ajeno,
tiene sus alegrías, tiene su tiempo bueno.
A veces, el pan blanco i el jeneroso vino
alegran el humilde mantel del inquilino.
Va la alegría a veces a golpear a su rancho,
a visitar la huerta, i a pintar en el gancho
la esperanza del fruto...

Pero ese hombre, ese roto
que ayer llegó a la hacienda desde un punto remoto,
que trabajó muchísimo, i que se irá mañana
cuando aún no suene el último ta-lan! de la campana;
ese desheredado, vagabundo i descalzo,
ese montón de carne de hospital i cadalso,
torvo como las bestias, como las bestias mudo,
batido por el viento i el sol, medio desnudo,
a quien nadie conoce i a quien nadie pregunta
si sabe abrir un surco o enyugar una yunta,

para el trabajo ajeno presta el esfuerzo propio
¡i hasta la propia vida para el ajeno acopio!

Ese pedazo de alguien, ese Fulano Andrajo,
cuando ya no lo compren porque falte trabajo,
se irá después, hoi mismo, a otra tierra estraña,
al túnel o a las minas, al mar o a la montaña,
i por un sorbo de agua, de pan por un pedazo,
venderá lo que tiene: sus músculos, su brazo.

I un día, cualquier día, después de la faena,
cuando todo en la tierra se despida del sol,
i él, el desventurado, para pasar la pena,
se entregue a la caricia brutal del alcohol,
encontrará, sin duda, tras el último sorbo,
el puño de un amigo o el filo de su corvo...
Encontrará, sin duda, la violencia del hierro,—
palanca, tope o rueda,—que, entre la algarabía
del rudo tren, lo deje tendido como un perro,
hecho sangrientas trizas en medio de la vía...
Encontrará, sin duda, la piedra sorda i ciega,
el fogonazo súbito, la mina que se aniega...
Encontrará, sin duda, la abrupta i solitaria
barranca, donde nunca se alzará la plegaria
del recuerdo materno; donde tendrán su riña
con las fieras de presa las aves de rapiña,

i donde nunca, nunca, podrá alumbrar la luz
ni el amor de un sudario, ni la fe de una cruz!

....

Se alegrarán de nuevo con el nuevo verano
los campos... I qué hermoso el diluvio del grano!
Qué hermosa entre el alegre bullicio de la trilla
la gran nota gloriosa de su mancha amarilla!
Entre el concierto estraño de gritos i de voces,
de estrépito de cascos i chasquidos de hoces,
de pintorescas mantas a pleno sol i viento,
del incienso de polvo i el vivo movimiento
del pájaro que sacia su alegría i su gula,
del potro que relincha, i del perro que ulula;
entre la orquesta enorme de ese himno de la vida
que va pasando sobre la tierra estremecida,
otro gañán, un nuevo i ruin Fulano Andrajo,
gastará esfuerzo propio para ajeno trabajo
sin pensar un momento en el otro, en el paria
que duerme allá en la abrupta barranca solitaria
donde no hai un recuerdo, donde tienen su riña
con las fieras de presa las aves de rapiña,
i donde nunca, nunca, podrá alumbrar la luz
ni el amor de un sudario, ni la fe de una cruz...

III

Callaron las espigas.
Una última ráfaga ajitó su pereza
de estío...—¡Adiós! (les dije) Adiós, buenas amigas.
I me alejé con una embriaguez de tristeza.

La tarde vestía de púrpura. En el cielo
temblaban las estrellas. Una melancolía
de oro i seda caía sobre el trigal. Un vuelo
de rimas opulentas en mi alma decía
un adiós doloroso a la muerte del día.

Bajo el sol de la Pampa

I

Bajo el sol de la Pampa, en el bochorno
que la tierra i el aire contamina,
ya el trabajo empezó. Se alzan en torno,
como si vivaquearan la Oficina
áridos edificios de ancho muro
i techo horizontal de calamina.

Era temprano aún, estaba oscuro
el cielo i pestañeaban las estrellas
cuando, en grupos o a solas, los obreros
fueron dejando sus dispersas huellas
por sobre aquella tierra sin senderos.

I al hombro el hierro, por la Pampa hirsuta
partieron todos... ¡Oh, la eterna guerra,
la guerra eterna i cruel en que se aferra
la fuerza bruta con la fuerza bruta,
el músculo del hombre con la tierra!

Aquí en la Pampa, donde el aire asedia
la piel, como un incendio; aquí en la Pampa
donde un bostezo interminable atedia
al proletario que su mano estampa
sobre esta muerte viva, todo late,
con ansias de suplicio i de trajedia,
con fiebres de trajedia i de combate.

Es el triunfo del músculo bravío
sobre la tierra heróica. Desde el alba
hasta la tarde, i más, aquí se escucha
como el inmenso clamorear de un río...
Sobre esta tierra gris, abrupta i calva,
que escarbada i revuelta por la lucha
se desenvuelve como un mar de hastío,
hierve la actividad de la faena
es un inacabable vocerío.

Algo como el fragor de cien fragores
surje desde esta colosal colmena.
Entre los fatigados estertores

de las máquinas, saltan los chirridos
de las correas, ájiles silbidos
que rebotan, relinchos de motores
que se van alargando estremecidos...
I de pronto, más áspera, más fuerte,
la revolucionaria dinamita
ante cuya esplosión la Pampa inerte
parece que crujiera en la infinita
i epiléptica angustia de la muerte!

¿Quién enciende la mecha? ¿Quién empuña
el cartucho fatal? Se escucha el tiro
que retumba, mas nadie ve la mano
que, a pleno sol, el calichal rasguña;
ni siquiera se piensa en el suspiro,
especie de bramido sobrehumano,
que junto con el soplo que levanta
i hace brincar los prismas de caliche,
parece atropellar una garganta...

La misma oscura voluntad, la misma
que empuja el macalate i el trapiche,
que blande el combo o mueve la palanca,
lucha aquí, vence aquí: si allá se abisma
en la profundidad de una caverna
i todo el cobre o el carbón le arranca,
aquí alza i baja sin cesar los brazos

como obsediado por el ansia eterna
de auscultar la agonía del desierto
i abrirle el corazón a martillazos!

El brazo fuerte junto al suelo magro
hace pensar en un montruoso injerto:
en un apocalíptico milagro
que injertara lo vivo entre lo muerto.

Es el triunfo del músculo que vibra
sobre el yermo que niega su tesoro.
Es el nervio, es la víscera, es la fibra
tendida sobre el páramo, lo mismo
que si olfateara la preñez del poro...
¡El hombre es el microbio del abismo,
el eterno parásito del oro!

II

¡Hora del medio día! El mismo aliento
baja del cielo i sube de la tierra:
calor de horno, resuello de calcina,
ígnea quietud, tregua total del viento..
No sopla un aire. El horizonte cierra
su jesto enorme... Todo en la Oficina

vibra en el ansia de un sollozo interno,
como si en cada brazo, cada mina
fuera una miniatura del infierno.

¡Es bien triste, bien triste! El aire enerva
como asfixiado por un sol que arde
en eterna canícula. Es el yermo
sin frescor de agua ni verdor de yerba,
feo a la aurora, lúgubre a la tarde,
que se amodorra i se aspereza, enfermo
de horror o de fastidio. Una pereza
fatigadora baja al medio día
sobre la Pampa: un tédio, una tristeza,
mitad rabia i mitad melancolía.

¡Qué paisaje! La tierra gris i torva
duerme infinitamente... Ubre sin jugo,
ni se arruga, ni se hincha, ni se encorva:
sólo tarja la inmensa perspectiva,
el tísico perfil de un tamarugo
que abre sus ganchos flacos hacia arriba
como el asta de un toro bajo el yugo...

Sólo el costrero brega al sol. Se postra
medio desnudo en pleno suelo. Cada
golpe suyo se pierde entre la costra

del inhóspite erial; i ávido i seco
se repite como una puñalada.
Aquí i allá, se multiplica el eco
sin compás. Son estraños labradores
estos hombres: su mano fuerte i fiera
desata los jenésicos temblores
de la tierra, la muerda, la tortura,
la hace pedazos... pero nunca espera
sembrar el grano ni cojer las flores:
¡en su inconmensurable desventura,
ni alcanza a presentir la primavera!

¡Cuántas veces el hierro, al dar su toque
monótono i tenaz sobre la dura
pasta del calichal, mengua su brío
i hace brotar en el ardiente bloque
algo como un estraño calofrío!
Hace brotar como un temblor incierto
de compasión por el horrendo choque
de un cuerpo vivo contra un cuerpo muerto!

El pulso firme deja el arma. El ojo
vivaz se clava sobre el tajo abierto,
i se abre horrorizado ante un despojo
mortal, el esqueleto de algún hombre
a quien dieron los cuarzos del desierto
un sepulcro sin lápida ni nombre.

¡Quién sabe desde cuándo aquel oscuro
mortal reposa allí! Quizás la guerra,
aquel fantasma colosal que un día
pasó violando con su aliento impuro
los vírjenes silencios de la tierra
i echando sangre en donde aún no había
mas que llanto i sudor, la guerra impía
le dejó para siempre abandonado
en medio del horror de su martirio
sobre el inmensurable despoblado...

¿Es aquél esqueleto el de un soldado
muerto en la borrachera del delirio,
o el de algún cateador infortunado
que se riñeron el león i el buitre,
o bien el fósil de algún indio errante
de las mesetas, que cayó jadeante
náufrago del mar-muerto de salitre?

¡Quién quiera que haya sido, allí está ahora!
Sin duda un pobre diablo a quien la muerte
descargó de una vida abrumadora,
eternamente en lucha con la suerte,
él se dejó morir.. i hoi, a los besos
del sol, en plena Pampa abrasadora,
surje otra vez, hecho un montón de huesos!

¡Ah! Si él pudiera contemplar en torno
cómo se multiplica la tarea.
La faena febril es como un horno
con estrépitos sordos de marea
i sordas conjestiones de bochorno..

La faena, tendiendo su engranaje
por la llanura polvorosa i ancha,
triunfa siempre, magnífica i salvaje,
con sus apoplejías de avalancha
i sus efervescencias de oleaje...

Es bien triste, bien triste. ¡Cuántas veces
los forzados del hambre, condenados
a domar las bravías hirsuteces
de la Pampa, rabiosos de fastidio,
dejan de ser los brutos fatigados
i, como los malditos de Siberia,
sienten que les empuja hacia el suicidio
la desesperación de su miseria!

¡Cuántas veces la misma dinamita,
presta siempre a matar, oye el acento
de su cansancio, escucha sus clamores
i, anárquica tal vez, pero bendita,
exalta hasta la muerte su tormento,
pero acaba con todos sus dolores!

III

Suena un silbido trémulo. La jente
se para.—¡Adiós! Sombreros que aletean,
brazos que se levantan vivamente,
risas, charlas i gritos.. Traquetean
los hierros. La feroz locomotora
da su grito de bestia a los espacios,
con el fuego en la víscera sonora
i el aceite en los músculos reacios.

Salta un chisguete de aire: es el silbido
que cierra la neumática palanca,
i el monstruo de vapor enfurecido
sobre los rieles como un potro arranca.

Débil es el fró-fró de sus pulmones,
para el trac-trac de sus robustos brazos.
Sube multiplicando contorsiones,
el humo negro... I sube, sube, sube,
i a compás de los bruscos barquinazos
se apiña, se aglomera en una nube
i hace en el aire diabolescos trazos.

Un chorro de vapor... Blanco i ardiente
como un hilo de geisser, ese chorro,

cuando ya pasa el infernal torrente
se va desvaneciendo lentamente
como una gran bandera de socorro!

¿A dónde va? ¡Qué hermoso! ¡Cuántos carros!...
Repleto de salitre, va hacia el Puerto,
al mar alegre, lleno de bizarros
barcos, ansiosos de zarpar.—Desierto
i bravo calichal, tierrás hurañas,
adios! quedáis atras. El tren os deja...
¡Pampa ardiente i fecunda! El tren se aleja,
i se lleva en las suyas tus entrañas!

El tren se aleja más i más. Le miran
con nostáljicos ojos, los obreros.
Unos bajan la vista, otros suspiran...
¡Ah, cuán lejos los dias bullangueros
del Puerto! Los ojazos zalameros
de aquellos tiempos de la buena paga,
i aquellos desalmados marineros
que se empeñaron en sacar la daga...

Impávido i veloz, el tren avanza.
Se pierde ya su traquetear de hierros
en la desvanecida lontananza...
Ya sólo es un gusano entre los cerros

de la costa... Se ha ido. I sólo queda,
vaga como el ensueño i la esperanza,
flotando en el espacio la humareda.

El tren va al Puerto bullicioso. El sabe
que otros hombres le aguardan. Otros brazos
llevarán el salitre hasta la nave
que ya se balancea en la bahía
i saluda con líricos pitazos
al tren que asoma por la inmensa vía...

¡La nave partirá! Rayando el día
dirá adiós a estas playas... Mar afuera
le escoltará la turba vocinglera
de pájaros con sorda gritería.
¡Viajeros! ¿qué miráis en la ribera?
El viento jugueteando en la bandera
os hablará quizás de una lejana
tierra, de un nuevo cielo que os espera,
de otro mar, de otro sol, de otro mañana...

El salitre amasado en el desierto
por el sudor del músculo criollo
i arrancado a las torvas avaricias
de un mundo mineral, sale del Puerto
para ir, entre júbilos de albricias,

dando empuje de vida al desarrollo
de un minudo vejetal, ya casi muerto.

El va a ser nueva savia i sangre nueva;
él va a ser vida nueva en los exhaustos
i envejecidos vientres de otra gleba...
Usurpado a la Pampa i a la Puna,
híbrido enjendro del dolor i el hambre
será fortuna, i pagará los faustos
del Vicio encaramado en la Fortuna!

El será polen en el nuevo estambre,
espiga en el trigal, soplo en el viento,
luz en el sol, fragància en la corola,
canto i vuelo en el ave, movimiento
en la nube fugaz, beso en la ola,
élitro en el insecto diminuto,
inefable susurro en el follaje,
polvo en la senda, púrpura en el fruto,
mancha inmensa de la vida en el paisaje!

El colmará la troj en los acervos.
Será fécula blanca en las harinas,
leche i pan en la isba de los siervos,
regocijo en las fiestas campesinas.
I en la brisa que viene de las vegas,

preñada de perfume, hasta las minas
sentirán retozar entre sus ruinas
la alegría de granjas i bodegas!...

Mientras tanto, aquí están, en el nefando
éxodo del trabajo, los obreros,
mordiendo el odio del mastín que lame
la férula brutal; siempre estrechando
la Pampa hirsuta entre sus brazos fieros,
i semejando con su oprobio infame
una lejion de atletas prisioneros...

Mientras tanto aquí están con sus fatigas
con su dolor i su vergüenza... ¡todo!
amontonando el oro, como hormigas
de estos descomunales hormigueros
del salitre, del bórax o del yodo.
Aquí están, jenerosos, tesoneros,
haciendo pan i recojiendo migas
para Su Inicua Majestad el Ajio
i su séquito audaz de aventureros!

¡Aquí están, aquí están! Bajo el presajio
de su fatalidad, ni oyen, ni jimen,
haciendo hablar al músculo i la arteria
sobre el hierro del combo o de la lampa,

porque ven, amparada por el Crimen,
la Barbarie venciendo a la Miseria
i haciendo la conquista de la Pampa...

IV

¡Ha caído la tarde! Lentamente
por distintos caminos, los obreros
van tornando, a la luz evanecente
de la puesta solar, en el profundo
recojimiento vespertino, meros
toques de gris en el azul muriente.

Arriba, hai un desfile vagabundo
de nubes que el crepúsculo arrebola.
¡Son jirones de aquella camanchaca
que con un lúgubre silencio de ola
viene avanzando jigantesca i sola
i sobre las techumbres se destaca!

Todo parece desolado, inerme,
en este instante. La penumbra borra
los contornos... La Pampa se amodorra
como para dormir... I duerme, duerme
a los primeros tímidos reflejos

de las estrellas, mientras a lo lejos
largan sus toques últimos los bronces,
i con su movimiento acompasado
la vaporosa camanchaca enreda
un último jirón...

La Pampa entonces
es como un peregrino fatigado
que al borde mismo del sendero rueda
i se tiende de espaldas contra el suelo,
que abre los brazos i la boca, i queda
con los ojos clavados en el cielo!

Merlín en el bosque

† Pedro A. González

I

En la Biblioteca de un rancio erudito
con otros infolios yo hallé un manucrito
i en el manuscrito la estraña leyenda
que aquí copio al punto para quien la entienda.

Es una leyenda de cosas lejanas,
que suena al oído como esas campanas
que, después de siglos que han estado mudas
allá en las añosas torres puntiagudas,

sueltan de repente la lengua sonora
saludando al triunfo de luz de la aurora.

Este cuentecillo que yo he saboreado
es como ese viejo vino abandonado
a las telarañas de alguna bodega
i que algún perito catador trasiega,
o como esas charlas en que un viejo narra
alguna aventura pueril o bizarra...

II

Merlín, aquel mago de larga varilla,
pontífice augusto de la maravilla,
iba una mañana por el bosque. Un leve
soplo le enredaba la barba de nieve
a los níveos grumos de la cabellera.
Ido era ya el tiempo de la primavera,
ido ya el verano. Por el gris del cielo
sólo zigzajeaban las curvas del vuelo
de algún aturdido pájaro, bisoño
cazador de insectos. Ido era el otoño.

El noble, el egrejio padre de la alquimia,
soñaba en la gloria de aquella vendimia
en que él, junto al borde de las grandes cubas,

palpó con su vara las panojas de uvas
i cuando los pobres fueron a cojerlas
vieron que las uvas eran todas perlas...

Triste estaba el bosque que Merlín cruzaba.
Todo estaba triste: la pátina flava
del humus, la flora desnuda, los charcos
de agua muerta... Abría la niebla los arcos
más estravagantes de su arquitectura.
Cernía el invierno sobre la espesura
todas las nostaljias, todas las tristezas
con que los inviernos nievan las cabezas.

Como en el delirio de un sueño enfermizo,
Merlín miró al sesgo los ramajes. Hizo
bajo sus sandalias tiritar la escarcha
i en mitad del bosque detuvo la marcha.
Puso atento oído a la distancia. El cierzo
pasaba a su lado sollozando un scherzo
doloroso: un largo solo de violín
que hería el silencio diáfano... Merlín
evocaba todos sus triunfos de mago,
mirando la tersa lámina de un lago
que en su superficie de viejo metal
plajiaba aquel muerto paisaje invernal.

Al zarpazo inmenso de su inmensa angustia
se pasó la mano por la frente mustia
i pálida. El ampo de su cabellera
resbaló como una caricia postrera
por sobre su rostro taciturno i magro...
¡Para siempre secas eran del milagro
las divinas fuentes! Roto ya el prestijio,
no obraba su verbo ni un sólo prodijio!
Muerta ya su majia, su vieja varilla
no arrancaba al cielo ni una maravilla!

Merlín, con los ojos puestos en sí mismo
caminaba como por sobre un abismo.
Los árboles bruscos, sombríos i escuetos.
eran a sus ojos torvos esqueletos,
i le parecia que de los ramajes
diabolescos duendes le hacían visajes.

Lejos para siempre de ósculos i efluvios,
de ojos cristalinos i de bucles rubios,
lejos para siempre de risas i alegros,
Merlín echó al viento sus recuerdos negros
i con sus recuerdos sus melancolías:
Merlín cantó un canto... (Las filosofías
de que estas historias están siempre llenas,
dicen que cantando se olvidan las penas).

I ¡oh poder del numen! Fué tal el encanto
de que llenó el bosque su divino canto,
que el temblor estraño de un escalofrío
sacudió el hirsuto ramaje sombrío,
i al compás del ritmo del canto sonoro
le arrancó una lluvia de manzanas de oro...

Pasó por el bosque como una oriflama...
Cada árbol desnudo desde cada rama
le iba salpicando de oro el camino,
a compás de ritmo del canto divino.
I a compás del ritmo del sonoro canto,
se le iban los ojos anegando en llanto
como si pasaran por sobre Merlín
los éxtasis hondos de un sueño sin fin...

III

Tú, que por la cuesta de tu agrio calvario
ascendiste solo; tu, gran visionario,
que probaste en medio de agonías crueles
todas las espinas i todas las hieles;
tú, a quien asaltaron en su desventura,
todos los horrores de la Selva Oscura;
tú, que con tus ojos de apóstol i vate
viste abajo el *Inri* i arriba el *Lasciate*...

Tú, que en la tiniebla de tu noche triste
perderse a lo lejos, para siempre, viste
como en una estraña fantasmagoría
el símbolo augusto de tu poesía;
tú, que delirando violar su misterio,
echaste hacia el linde de ideal imperio,
bajo el fausto inmenso de cien arcos íricos,
la gran cabalgata de tus sueños líricos...

Tú, que doblegado bajo el hosco ceño
de la reina negra del Pais del Sueño,
tendiste a su hachazo la cabeza trájica;
tú, que poseíste la virtud, la májica
virtud de un heroico i opulento estilo;
tú, que ante la puerta del último asilo
viste en las pupilas de una dulce Hermana
brotar las estrellas de tu gran mañana...

Tú, pobre i glorioso príncipe del estro;
tú, que ya te has ido... Maestro! Maestro...
Mientras el nirvana tu apóstrofe ahonde,
verás desde el fondo del nirvana, en donde
sobre su arco de oro tu lira-paleta
sostiene tu excelsa frente de poeta;
desde lo más alto de tu apoteosis
—ya desvanecidas todas tus neurosis

bajo el óleo sacro de un sueño sin fin,—
verás los sombríos árboles hirsutos,
trémulos de vida, desgranarse en frutos,
como al són del canto del viejo Merlín...

Parábola olvidada

Cristo cojió su báculo. En la suave
claridad de la tarde su cabeza
tenía algo de grave, algo de grave
que hacía más profunda la belleza
de su jesto inmortal. Era tan honda
la atención en el grupo que le oía
que se habría escuchado hasta el doliente
murmullo de la brisa entre la fronda.
¡La voz de Cristo en el morir del día
vibraba como un himno hecho torrente
todo misericordia i poesía!

Era un bello jardín i un jardinero.
Nunca cultivador en tiempo alguno

cuidó sus flores con mayor esmero.
Nunca fué su cuidado inoportuno
i jamás a sus plantas faltó el riego;
i así aquel hombre humilde i sin fortuna
podía complacerse en vez sus flores,
trémulas de alegría bajo el fuego
del sol o bajo el rayo de la luna.
Nunca tuvo, ni en broma, otros amores:
como eran jardineros sus mayores
él sintió aquel amor desde la cuna.

Amor sí, no pasión. Porque el orgullo
no cabía en esa alma, ni pudiera:
como el gusano vil roe el capullo
i destruye en botón la primavera,
las pasiones, famélicos gusanos,
devoran la virtud de los humanos
corazones...
I bien: el jardinero
tenía en su jardín puestos los ojos
i era su gloria estarse el día entero
limpiándolo de insectos i de abrojos.

¡Delicia de jardín, con sus hermosas
flores, con sus campánulas pomposas,
sus lirios melancólicos, sus suaves

gardenias, sus radiosos terebintos
que parecen en roja sangre tintos;
sus anémonas pálidas i graves,
sus galanes de amor, sus alcanfores
orientales, sus blancas tuberosas,
sus claveles, heraldos de alegría,
sus nobles rosas, reinas de las flores,
i reinas de las rosas, sus famosas
rosas de Jericó i Alejandría!

En la tarde, sentado en un banquillo
i frente a su jardín, el jardinero
embriagaba sus ojos en el brillo
multicolor de sus queridas flores.
Cada flor se diría un pebetero
encendido en su honor: gratos olores
que llegaban a su alma i que al viajero
iban a recibir hasta el sendero
haciéndole soñar tiempos mejores!
La fama de aquel hombre, en los rumores
del viento, erraba por el mundo entero.

I aquel buen jardinero era piadoso,
i estaba siempre en paz con su conciencia
i no dudó jamás de la clemencia
i la bondad del Todopoderoso.

—No es mío mi jardín—decir solía—
sino de Dios. I orando cada día
con tierna unción i con acento tierno
daba gracias al cielo que vestía
todas sus flores de esplendor eterno.

I amargábale a veces la tristeza
de morir, por sus flores. ¿Qué sería
de sus flores después de su agonía?
Cuando ya él doblara la cabeza,
¿quién como él de sus flores cuidaría?
I oraba entonces más, porque creía
ver en tan dolorido pensamiento
la mortal tentación del Enemigo,
i decía, apurando su tormento:
—Perdóname, Señor, yo te bendigo!

Sintiéndose morir, llamó a su lado
a sus hijos.—Vosotros i mis flores—
les declaró—sois todo lo que dejo.
Mientras viví, bien visteis el cuidado
con que las cultivé con mis sudores,
como lo ordena Dios. Más ya estoi viejo.
La fatiga me vence. Dios me llama.
Escuchad, pues, el último consejo
de un padre que os previene porque os ama.

¡Cuidad mis pobres flores, que son vuestras!
No dejéis que el invierno las destruya.
Háganse en ello vuestras manos, diestras.
Amadlas mucho, mucho. I si os parece,
busque i escoja cada cual la suya...
pero cuide también la del hermano,
¡cúidela más aún si no florece!
Como a todas amad a cada una.
Cuidad mis pobres flores... Este anciano
ha sentido su amor desde la cuna.

Dijo i murió. Lloráronle sus hijos.
Mientras tuvieron en la mente fijos
los consejos del padre, hubo en el seno
de la familia, unión. Aun varios días
cada muchacho se esforzó en ser bueno
i en compartir angustias i alegrías.
Tras el prestijio del jardín glorioso
llegaban peregrinos de la sierra:
se le llamó el Jardín Maravilloso
pues era como un cielo a flor de tierra.

Más ¡ai! no duró mucho aquel concierto
del corazón de los hermanos. Hubo
quien descuidó sus flores, inesperto,
i presa de envidiosa fantasía

se lanzó a aventurar, i anduvo, anduvo.
Otro cercó la tierra, i dijo:—Es mía.
Nadie toca mis flores.—I sus flores
castigadas del frío i de los vientos
fueron perdiendo aromas i colores
i mostrando sus tallos macilentos.

Ya la voz del buen viejo no sonaba
dentro del corazón de los hermanos.
El cultivo murió. La hierba brava
invadió los cercados. Fué una pena
para el ocio fatal de aquellas manos:
una pena, un dolor, casi un castigo!
Todo, todo acabó. Guijas i arena
quedan tan sólo donde ayer abrigo
i solaz encontraba una alma buena.

—Id a ver el jardín—terminó Cristo—
Id a ver el Jardín Maravilloso.
En verdad, en verdad, yo que lo he visto,
bien os puedo decir que nada existe
bajo el sol más estraño i doloroso.
Aquel viejo jardín, gloria del dueño,
hoi llamarse podría el jardín triste.
Roído por el hongo i la polilla,
aquel jardín era un celeste sueño
i hoi es una siniestra pesadilla!

Cristo calló.

—Maestro, no te entiendo—
objetó Pedro el pescador.—Un día
le replicó Jesús—día tremendo,
día de espiación que no querría
para vosotros, día de amarguras
en que estaré clavado en un madero
tal cual dicen las Santas Escrituras,
tú, Pedro, compañero de aventuras,
te acordarás de mí i del jardinero.

Yo moriré! Benditas son las flores
que he cultivado, jardinero amante.
Cuidadlas mucho, pobres pecadores.
Yo no os diré otra cosa en el instante
de sucumbir, envuelto en estertores
mi labio de afrentado agonizante.

....

Ya la noche caía. En el camino
de Nazareth, en medio del sosiego
de un hermoso crepúsculo, el divino
raudal de la parábola, vertía
sobre las almas el frescor de un riego
entre los surcos de un erial ardiente...
La voz de Cristo, en el morir del día,
vibraba como un himno hecho torrente
de misericordia i poesía!

El Viernes Santo de don Quijote

Fué una visión tan rara como fugaz. Caía
dulcemente la tarde del más hermoso día.
El sol, al sumerjirse por entre un mar de fuego,
bañaba con sus oros el paisaje manchego.
Era en Abril. Los pájaros volaban a millares,
batía un viento alegre los viejos encinares;
i de la esquila al eco dulzón, entre los riscos
pasaban los rebaños buscando sus apriscos.

De pie, bajo una encina secular, don Quijote
evocaba sus lances más famosos.. El mote
de su blasón corría sin duda por el mundo
i él era para todos el héroe sin segundo.
Sin duda la memoria de aquellos caballeros
de los pasados siglos, tan bravos como fieros,

tan nobles como bravos, quedaba oscurecida
ante los esplendores de su gloriosa vida.
¿Qué espada haber podía más firme que su espada
vencedora de todo? ¿Qué mano más templada
que su incansable mano? ¿Qué ánimo más brioso
que su ánimo, enemigo del sueño i del reposo,
que arrolló en hora aciaga cuanto halló en su camino,
ejércitos de ovejas i lanzas de molino?
El era el Caballero de la Triste Figura,
que desde luengos días, en eterna aventura,
se iba por donde quiera pregonando la fama
de su Dios i su tierra, de su rei i su dama.
El era quien cansaba la voz de la leyenda
con sus hechos, el mismo que en singular contienda
venció a aquel Caballero del Bosque, (caballero
notable por la enorme nariz de su escudero).
El era quien al pálido fulgor de las estrellas
lanzaba hacia la noche sus íntimas querellas
de amor, i se quedaba llorando sin reposo
mientras partía Sancho, camino del Toboso...
El era el más valiente i el más enamorado.
Intrépido, animoso, gallardo, fino, osado,
no había fama alguna de caballero andante
con él cuando agredía, jinete en Rocinante.

I el bravo caballero sonreía al arrullo
de tantos pensamientos que halagaban su orgullo.
Célebre en todo el orbe, triunfante en toda guerra,
él era como un brazo de Dios sobre la tierra.

Un áspero ronquido de profundos ronrones
rrancóle de súbito a sus divagaciones.
Sancho dormía. Echado bajo un frondoso arbusto.
gozaba de su sueño con la quietud del justo.
Rocinante i el rucio yacían a su lado.
Vencidos por el sueño, sin penas ni cuidado,
n un cariño mutuo juntaban sus orejas
ansadas de oír siempre desafíos i quejas.

El viento rumoroso jugaba en el follaje,
había tal dulzura, tal calma en el paisaje,
que don Quijote, lleno de la emoción más pura,
suspiró largamente, i asió la empuñadura
le su espada, pensando sin duda, en Dulcinea,
an bella como ingrata...
De la vecina aldea
legaba en ese instante, como una caravana
e trémulos sonidos, la voz de una campana!

Don Quijote, sintiendo temblar en sus oídos
quellos sones largos, sonámbulos, perdidos,
ensó que eran los días que él veneraba tanto,
que aquella era la inmensa tarde del Viernes Santo.

Aquella era la hora de la Pasión. Moría
Jesús, Hijo del Hombre. Su trájica agonía
uraba largas horas. El pueblo sublevado
ozábase de su angustia de Gran Crucificado.

El pueblo redimido por El, rujía ahora,
hambriento de su muerte, como una arrolladora
marea. El pueblo alzaba sus manos asesinas
riendo de ver a un Cristo coronado de espinas...

La campana seguía sollozando. Sus sones
temblaban como estraños fragmentos de oraciones,
i erraban estraviados, dispersos por los vientos
como despavoridos enjambres de lamentos.

Don Quijote, llevado de sus sueños lejanos,
sintió que le embriagaban éxtasis sobrehumanos.
Tendió la vista inquieta por el vasto horizonte
i vió lejos, mui lejos, sobre un abrupto monte
perdido entre arreboles, a las ambiguas luces
del crepúsculo, alzarse tres solitarias cruces.

Cristiano viejo, el épico hidalgo visionario
hallábase en presencia de un sangriento Calvario.
Era Cristo! El oía sus voces de esperanzas,
veía sus costados abiertos por las lanzas;
oía los insultos i las imprecaciones
del pueblo, ante la cólera de escribas i sayones,
las plegarias de Dimas, las blasfemias de Jestas;
veía a las mujeres subir las agrias cuestas
del Gólgota, entre lágrimas, bajo el brutal sarcasmo
de las turbas rabiosas, con sus hijos en pos...
Veía, en fin, suspenso de admiración i pasmo,
toda la dolorosa crucifixión de Dios.

Pero de pronto ¡oh rara i estraña maravilla!
oh espeluznante i trájica visión de pesadilla!
era él, el Caballero de la Triste Figura,
quien sufría el vejamen de aquella atroz tortura.
Era él, el invencible, el sin par caballero,
estaba allí desnudo, clavado en un madero,
nerme, desvalido, doliente, ensangrentado,
befado por los hombres, de Dios abandonado.
Tenía sed, pedía, brindábanle las heces,
Sancho, su escudero, le negaba tres veces...
Turbas abyectas, ebrias de un colosal delirio,
querían por sí mismas consumar el martirio.
Miserables que él mismo con su brazo amparara
e llenaban de escarnio, le escupían la cara.
Qué vergüenza! ¡Qué oprobio! Don Quijote no pudo
soportar, e impetuoso manejó el ancho escudo
sintiéndose con bríos de diez mil paladines
para acabar con todos aquellos malandrines ..

I todo en aquel punto despareció. Caía
dulcemente la tarde del más hermoso día.
I él sólo vió a lo lejos venir por el camino
a Cristo con su agreste bordón de peregrino.
Era Jesús, él mismo! Su dulce faz serena,
sus claros ojos bellos, su barba nazarena.
Era Jesús, él mismo divino vagabundo
que bajó de los cielos a redimir el mundo.
Su túnica flotaba como sobre el abismo...
Sus labios sonreían... Era el mismo! Era el mismo!

I don Quijote, a punto de arrebatarse, oía
sus pasos armoniosos en la quietud del día.
Jesús se aproximaba mirándole. Sus ojos
humildes le invitaban a templar sus enojos,
i él oyó que decían, aunque mudos, sus labios:
«despreciad las injurias i olvidad los agravios».
¡Cómo encantaba el brillo de su mirada! Ahora
él sentía en el alma como una luz de aurora.
Jamás el Caballero de la Triste Figura
había paladeado semejante dulzura.
¡Cuán lejos sus ardores i su melancolía!
El contemplaba a Cristo i Cristo le atraía...
Después llegado apenas, Jesús le dijo: «¡Hermano!»
i él cayó de rodillas i le besó la mano.

Era de noche. Ahora la voz de la campana
huía entre las sombras, cada vez más lejana,
hasta cesar del todo. El bravo caballero
despertó de sus éxtasis i llamó a su escudero.
—«¡Vamos!» le dijo. Sancho, venciendo su pereza,
quiso alegrar a su amo con alguna simpleza.
Don Quijote, severo, le hizo callar... (El viento
bailaba en el follaje con un compás mui lento).

I ambos, el uno triste i el otro algo mohino,
montaron i partieron por el primer camino...

Oración

† Rubén Darío

Delante de esta muerte que es el duelo
de todo el pensamiento americano;
ante esta tumba en que detiene el vuelo
la Eternidad, para escribir un nombre
que sale en luz de su estendida mano;
junto a la piedra en que descansa ese hombre
de las angustias de la vida, demos
alas a la oración pura i sencilla,
que en rendirse a los árbitros supremos
de la humana existencia, no hai mancilla:
¡baja la frente, en tierra la rodilla,
hermanos melancólicos, oremos!

Oremos, sí, por él; por su memoria
de rápsoda inmortal; por el martirio
de su doliente juventud, por todo:
por la luz de su jenio i de su gloria,
por su ansia, i su piedad i su delirio;
por su vida de azar, cisne entre el lodo;
por su estro enorme, que fué albor de luna
i ancho incendio de sol, grito zahareño
i dulce madrigal, canción de cuna
i toque de clarin, hierro i armiño;
i por la fe que reanimó su ensueño
¡fe de jigante en corazón de niño!

Oremos, sí, por todos los poetas;
los que, como él, unjidos por la gracia
de la ilusión, chispeantes las inquietas
pupilas a la luz, conquistadores
del Ideal, cabalgan en su audacia
i, magos a la par que trovadores,
atan sus rimas en un haz de flores
con el luto sutil de la armonía;
i, al borde de la noche honda i sombría,
interrogan la esfinge pavorosa
que preside, en el vértice del mundo,
cada sér, cada vida, cada cosa;
o asisten al monólogo profundo
de las frondas, las aguas i los vientos

en la montaña; i llenan los abismos
de la tierra i del mar, con los acentos
de que se sienten ebrios ellos mismos;
o andan, como la luna, entre la sombra,
i del rústico idilio ante el encanto
traducen la emoción que no se nombra
con un suspiro que consagra el llanto;
i alzan un himno a la primer mirada
que a un mismo tiempo de dos ojos brota
i en un mismo volcán sus alas quema
que, tornando la noche en alborada,
de un corazón hace una dulce nota
i de dos corazones un poema;
i sorprenden la escena primorosa
del tibio hogar, la cálida fragancia
de una camita hecha de nieve i rosa
para el celeste sueño de la infancia;
o empujan los guerreros al combate
como Tirteo, o van contra un verdugo
de pueblos, con canciones en que late
no un pueblo, no, la Humanidad opresa
que hace pedazos para siempre el yugo,
como aquella gloriosa *Marsellesa*
que arrulló en su niñez a un Víctor Hugo;
o logran, buzos de almas, portentosos
intérpretes de Dios, cuyas siluetas
se empinan como cúspides, colosos

de la imaginación, héroes, profetas,
representar el universo entero
en estrofas de acero i de diamante,
viviendo en las tinieblas como Homero
o bajando al infierno como Dante!

Oremos, sí, por todos los caídos:
los que soñaron i lucharon, llenos,
también, de aliento, i cuyos alaridos
de horror, i cuyos formidables trenos
triunfan de indiferencias i de olvidos:
por los artistas que, al hollar la vida,
ebrios de ensueño i de esperanza ufanos.
corren tras la visión de un pensamiento
que les mostró la senda florecida,
i encuentran sólo, al entreabrir las manos
un polvo de iris que deshace el viento;
por todos los Quijotes i Cyranos;
por todos los idólatras que mueren
bendiciendo el afán que los tortura,
i, bebiendo sus lágrimas, prefieren
morir, a claudicar de su locura;
por los que acarició con su ala májica
el dulce frenesí de la Belleza;
por los amantes de la musa trájica
de boca torva i pálida cabeza;
por Byron loco i por Musset sombrío;

por Leopardi, royéndose su hastío;
por Bécquer, pastoreando su tristeza,
por Poe que llora i por Verlaine que reza...
¡por Henrik Heine i por Rubén Darío!

¡Aventureros de la gloria! Demos
alas a la oración pura i sencilla,
que en rendirse a los árbitros supremos
de la humana existencia, no hai mancilla:
¡baja la frente, en tierra la rodilla,
hermanos melancólicos, oremos!

Gloria

I

Ayer, cuando espoleado mi intinto vagabundo
por locos pensamientos de conquistar el mundo,
dejé el rincón paterno, lo mejor del bagaje
de ensueños i quimeras que a la espalda me traje
fué la ambición suprema de consagrarme un día
poeta de la tierra de mis padres, i mía.

¿Qué ilusión más hermosa? Nunca esperanza alguna
llenó de más dulzores el vaivén de mi cuna
ni hizo temblar, en raptos de más puro cariño,
como una gota de agua mi corazón de niño.

Porque yo amé con ciega pasión, con ansia ardiente
tu mar azul ¡oh Patria! tu cielo trasparente;
la brega de tus pueblos, la paz de tus alcores;
tu sol, tus campos pródigos de efluvios i colores;
tus lagos pintorescos, tus gráciles colinas,
tus pampas i tus selvas, tus granjas i tus minas;
toda tú, cada palmo de suelo, cada poro,
desde tus islas de ámbar a tus montañas de oro!

¡Con qué vibrante júbilo, con qué injenua alegría,
pensaba en la primera canción que entonaría
como ofrenda de amores a la Patria! Quimera
tal vez, pero adorable i adorada, yo hubiera
querido que mis versos, tronando en mi garganta,
ardieran i chispearan como una hoguera santa
para rociarte—¡oh cara visión de mis mayores!—
como con una lluvia de luminosas flores!

Más, ai! como palomas que a la crueldad del viento
despueblan de improviso los altos campanarios
así, cuando empezaban a desgranar su acento,
huyeron esparcidos mis versos veintenarios.
¿En donde hallar refujio? La Patria no existía
—imajen de una imajen—más que en mi fantasía:
la cuna de mis padres, el nido de mi raza
todo lo hallé a mi vista como una sombra, inerte...

¡I enmudecí, sintiendo la invisible amenaza
de espantosos tambores que tocaran a muerte!

I sabe Dios que nunca mi corazón tornara
a acariciar la ofrenda que hoi dejo ante tu ara
oh, Patria! oh, dulce Patria! si una ilusión tan bella
no hiciera como entonces resplandecer tu estrella;
si un nuevo soplo, lleno de juventud i brío
no orease tu bandera; si el ígneo escalofrío
de una jigante aurora no desgarrase el velo
que amortajó tus cumbres i ennocheció tu cielo!

Hai Patria, pues! La tribu se pone en pie, de nuevo.
¡Salud, varón ilustre! Salud, viril mancebo
que, despreciando el ocio i huyendo la fatiga,
echáis al surco el grano que ha de tornarse espiga!

II

Atomo de un gran siglo, mi espíritu sonoro
devuelve todo ruido... Yo canto a un tiempo el oro
i el hierro que lo bruñe; la lumbre i la humareda;
la perla como el cuarzo; la pez como la seda.
Yo canto al sol que deja su irradiación en cuanto
bajo la inmensa cúpula gravita i vuela; i canto

al mar, que hace las nubes; i a las nubes; i al viento
fecundador; i al río, que parece un tormento
hecho caudal i música; i a las selvas; i al lodo
donde bosteza el agrio reptil... lo canto todo:
lo mismo el soplo lleno de amor de las montañas,
que el vértigo que viene violando las entrañas
de las modernas urbes,—el vértigo homicida
que en medio de cadáveres hace saltar la vida!

Todo lo canto. Todo retumba en el cordaje
de mis robustos nervios. La vida,—ese oleaje
brutal,—me arrastra a veces. Al borde del abismo,
«¿Quién eres? De qué sirves?» pregúntome a mi mismo
i al punto ese estallido de mis angustias sella
mi propio instinto, alzando su grito de victoria:
«¡Te debes a la Patria, poeta, sólo a ella,
como que tú has nacido para cantar su gloria!»

I alzo entonces los ojos, i siento en mi alma, alerta
a las profundas voces del porvenir, en cierta
i fecundante jénesis, la fe, la fe bendita
que alumbra i enaltece, que alienta i resucita.

Despliego la mirada, i estremecido, veo
la Patria de mi infancia que vuelve a erguirse... Creo
que—la virtud por éjida, la gloria por destino—

ya es tiempo de que echemos a andar por el camino
de todos los progresos. Ya siento que se abraza
a nuevos ideales el alma de la raza;
que algo sagrado, un ímpetu de redención, se lleva
hacia la luz los sordos clamores de la gleba;
que el pueblo, siempre joven, se yergue desde abajo
i hace chispear de nuevo las armas del trabajo;
que la concordia barre los odios fratricidas;
que avanza el riel pasando por sobre las fronteras
i, bajo el sol que rie, las manos estendidas
forman un arco-iris de todas las banderas!...

Con su sombra

Al pie del monumento a Manuel Antonio Matta, en Copiapó.

I

¡Oh tú maestro i prócer! Tú que en la tierra fuiste
más puro que tu gloria, deja a mi labio, triste
pero veraz i fuerte desde que a tí te nombra,
vibrar su verbo lírico para evocar tu sombra.

Aun creo verte unjido de la virtud, que es una,
vencer en las tormentas del foro i la tribuna,

tender el ancho espíritu hacia los cuatro vientos
i alzar al sol las haces de augustos pensamientos.

Aun creo verte, hermoso con la hermosura fuerte
de un dios, bajo la aureola de un dios. Aun creo verte
armado con el rayo de luz de tu doctrina,
decir a Judas: MUERE! i a Lázaro: CAMINA!

Inclito i noble viejo! Yo creo en tí. Por eso
creo en los formidables empujes del progreso
i siento los temblores sagrados con que abraza
la libertad en jénesis el alma de mi raza.

II

Hijo de las montañas, tenías algo de ellas.
Amabas i atraías la tempestad. Tus huellas
probaron la rudeza del páramo en la cuna.
Como si hollaras cumbres, pisabas la tribuna.

Bilbao, ese poeta de espíritu romántico,
fué un pastor de quimeras. Fué su palabra un cántico
de amor i de esperanza. La luz de la Jironda
crispó como una selva su cabellera blonda.

Fué un místico, un vidente cuyos azules ojos,
abiertos por el éxtasis, brillaron entre abrojos.
I amado de los dioses, el tedio i la tristeza
segaron, con su ensueño, su juvenil cabeza.

Gallo, ese formidable cachorro del desierto,
soberbio por lo joven, audaz por lo inesperto,
alzó banderas nuevas i, bravo entre los bravos,
rompió su acero al frente de su lejión de zuavos.

Magnífico i brillante como un príncipe, pudo
triunfar i, gran caudillo, cayó sobre su escudo.
Blandiendo la palabra lo mismo que la espada,
selló con su holocausto la fe de su cruzada.

Tú fuiste más, tú fuiste como Jesús, maestro.
Ni el fausto sol del éxito, ni el huracán siniestro
de la pasión, ni nada, desvió jamás tu paso:
te hallaron siempre el mismo la aurora i el ocaso.

Tu fuiste un formidable propagador de ideas.
Vertíaslas en diarios, estrados i asambleas
i las ideas eran, goteando de tu mano,
como el feraz rocío del corazón humano.

III

Abajo la vorájine i arriba el horizonte,
ante tus pies tenías la cúspide bifronte.
Bebías luz, i al punto, para que jerminara,
la derramabas toda sobre la turba ignara.

Nadie cual tú se atrajo los odios del abismo.
El Dogma, acaso entonces más fuerte que tú mismo,
oyó desde su noche tu alerta jeneroso
i contra tí rehizo su inercia, ese coloso.

¿I qué? Bastó que abrieras, para triunfar, el labio
en un supremo jesto de apóstol i de sabio.
En vano te acosaron: era como la palma
que amó Jesús, la austera virjinidad de tu alma.

Inclito i noble viejo! Aun creo oir tu acento.
Ni la atracción del oro fué nunca tu tormento,
ni te arrastró el delirio fatal de las ciudades...
¡Volaste, como un cóndor, sobre las tempestades!

Hablabas, i te oía de pie la muchedumbre.
Tu índice de profeta mostrábale la cumbre.
¡Excelsior! i al influjo de tu potente grito
pasaba por las almas un vértigo infinito.

IV

Hoi que la Patria, huérfana de sus mejores hijos,
vive de incertidumbres, i, con los ojos fijos
en los indicios vagos del porvenir, espera
la mano vigorosa que empuñe su bandera;

Hoi que la Patria aguarda, presa de ambigua duda
el dedo que la guíe, la voz que la sacuda
i que, barriendo el áspero breñal por donde avanza,
ate en un sólo nudo su fe con su esperanza;

Hoi que por donde quiera se cree ver un Hombre,
yo admiro como un símbolo de redención, tu nombre.
Poeta, yo fulmino como un conjuro, el estro,
i oso evocar tu sombra de apóstol i maestro.

Porque yo sé que tu alma, la misma siempre, observa
cómo los pies del bárbaro hacen morir la hierba;
cómo en la carne santa de la justicia imprimen
sus lívidos tentáculos, la crápula i el crimen.

Yo sé que tú divisas pasar, desde lo alto,
el vuelo de los cuervos que avanzan al asalto;
mientras están, por obra de cínicos disfraces,
en proscripción los buenos i en triunfo los audaces.

Tú miras el avance de la traición. Tú miras
cómo al amparo inícuo de hipócritas mentiras,
ya nadie se avergüenza del beso de Iscariote
i Sancho monta el noble rocín de don Quijote!...

V

Venga, pues, tu palabra fecundadora. Venga
tu voz, que tuvo arranques de gloria en cada arenga:
tu voz apocalíptica que, como tu alma, fuerte,
triunfó de la calumnia, del odio i de la muerte.

¡Alumbra desde lo alto! Fulgura! Vuela! Vibra!
Da luz a algunos ojos! Conmueve alguna fibra!
Exhuma los recuerdos, ausculta los olvidos,
i haz palpitar de nuevo los entusiasmos idos.

De nuevo dí a las almas que el ideal no ha muerto;
que él duerme en las entrañas de aquel futuro incierto
que, entre la apoteosis de ardientes profecías,
con fe clarividente, soñabas i sentías.

Encarna en un espíritu tu amor, tu fe, tu aliento.
Llénele de su fuerza tu propio pensamiento,
i sea suyo el grito que exalte una doctrina,
que diga a Judas: MUERE! i a Lázaro: CAMINA!

Entonces, sí, de nuevo la multitud vería
brillar en su alma oscura la luz de un nuevo día.
Habría patria entonces —leyenda, raza, suelo—
i se pondría en marcha bajo el inmenso cielo.

Entonces, sí, querrían, por la pasión pulsadas,
cantar al par de todo las liras hoi calladas;
i nuestra voz profunda, vibrante, estremecida,
haría en torno nuestro repercutir la vida!....

Al pie de la bandera

Ciudadanos!
¿Qué nos une en este instante, quién nos llama,
encendidas las pupilas i frenéticas las manos?
¿A qué viene ese clamor que por el aire se derrama
i retumba en el confín?
No es el trueno del cañón,
no es el canto del clarín:
es el épico estandarte, es la espléndida oriflama,
es el patrio pabellón
que halla en cada ciudadano un paladín.

Oh, bandera!
La querida, la sin mancha, la primera
entre todas las que he visto! Cómo siento resonar

no en mi oído, sino dentro de mi ardiente corazón,
tu murmullo
que es alerta i es arrullo,
tu murmullo que es consejo en la tertulia del hogar
i que en medio de las balas es rujido de león!

¡Cómo siento que fulgura, con qué ardores,
la gloriosa conjunción de tus colores,
flor de majia, hecha de fuego, de heroísmo, de ideal!
¡La bandera! La soñamos inmortal
con su blanco, con su rojo i con su azul en que descuella,—
perla viva i colosal,—
esa estrella
arrancada para ella
al océano de luz del cielo austral!

La hemos visto desde niños, la queremos
como amamos a la novia, con supremos
arrebatos, con ternura, con unción.
Ella vive palpitante en las visiones familiares
de los días escolares,
i al mirarla hecha jirones nos parece
que ella grita al desgarrarse porque mece
lo que aun queda nuestras almas de esperanza, de ilusión.

Todo pasa! Viento trájico i siniestro
nos usurpa lo que amamos, lo que es nuestro:
padre noble, dulce madre, tibio hogar.
Somos huérfanos; erramos, dolorosos peregrinos,
por insólitos caminos
i al azar...
¡Sólo tú, bandera quedas; sólo tú, que nunca mueres
porque tú eres
toda el alma de la patria, bajo el cielo o sobre el mar!

¡La bandera! ¿Quién olvida
que ella ha sido como una hada para nuestra edad florida?
¿Quién al verla que, a pleno aire, se levanta
no la advierte como una alma enamorada de la vida?
¿De qué trémula garganta,
en los grandes días patrios, se escapó una nota sola,
a que no haya respondido
como el eco más sentido
la bandera que tremola
en lo alto de un madero carcomido
de la escuela, del cuartel o del torreón?
¿Qué muchacho, entre la gresca vocinglera
de Septiembre, malamente disfrazado
de soldado,
no ha jurado

convertirse en héroe patrio i defender de su bandera
hasta el último jirón?

¡Oh, bandera! Trapo santo!
Hai ingratos que te niegan que se burlan del encanto
con que envuelves i fascinas, que no entienden el lenguaje
de tu risa i de tu llanto.
Mientras tanto
yo sé bien que no hai ninguno que, nostáljico, te mire
i no tiemble, i no suspire,
i no llore en tu homenaje!

Yo sé bien que a más de un pobre desterrado
toda el alma en un sollozo has arrancado
cual se arranca el duro hierro de una herida,
cuando errante por naciones estranjeras
con su fardo de dolor,
ha observado que entre un bosque de banderas
sólo falta la que amó toda su vida,
¡la bandera tricolor!

Yo sé bien lo que se siente cuando a solas
desde un barco, mar afuera, entre las olas
se percibe la silueta de un peñón
i sobre él, a todo viento, la bandera,

la bandera que saluda cariñosa,
la bandera que es la madre, que es la esposa,
el hogar, la patria entera,
que va oculta en nuestro propio corazón!

Yo no sé cuando es más grande la bandera:
si en el campo de batalla,
inflamada por relámpagos de cólera guerrera
i deshecha por el plomo i la metralla,
o en el alto tijeral del edificio
que levanta en plena urbe su armazón,
i donde es como un heraldo de alegría
porque no se ha consumado el sacrificio
del que rije, con heroica bizarría,
el compás de su martillo por el ritmo del pulmón.

Sólo sé que para ella es siempre el mismo
cualquier jesto de heroísmo;
que ella cubre con la misma majestad
a unos i otros... La bandera es madre—es hembra!—
i si en medio de los vivos a menudo el odio siembra,
por encima de los muertos sólo arroja la piedad.

Ciudadanos!
Que no sea la bandera en nuestras manos
ni un ridículo juguete, ni una estúpida amenaza,

ni un hipócrita fetiche, ni una insignia baladí.
Veneremos la bandera
como al símbolo divino de la raza:
adorésmosla con ansia, con pasión, con frenesí,
i no ataje nuestro paso, mina, foso, ni trinchera
cuando oigamos que nos grita la bandera:
«¡Hijos míos! Defendedme! Estoi aquí!»

Sursum Corda

En una velada estudiantil, con motivo del sacrificio de Marcos Macuada.

¡Salud, brillante pléyade, salud! Desde el oscuro
terrón a que me adhiero como la hiedra al muro,
yo amo el sol i suspiro por la racha de viento...
Hoja de hierba, admiro la luz, el movimiento,
la vibración, el ruido, como que son la vida
que fluye i se espereza con amplia sacudida:
la vida que en tus ojos, juventud, centellea;
que es en tus venas sangre i en tu cerebro idea,
risa en tus labios, ímpetu en tus miembros, i ensueño
en tu alma que ve el mundo, para su fé, pequeño.

Salud, brillante pléyade en cuya ardiente vista
hai una chispa que habla de fuerza i de conquista!
Salud por tus afanes! Salud por los asombros
que te circundan, mientras sostienes en los hombros
los ideales patrios! Salud por tus arrestos
de lucha; por el brío que en tus gallardos jestos
palpita; por el ansia con que rompes el paso,
indiferente al triunfo lo mismo que al fracaso!

Poeta de la raza, ¿no he de cantar tu empuje?
¡Oh, juventud! mis versos, en los que el odio ruje
i la tristeza llora, i hasta murmura el ruego,
quisieran ser de bronce, quisieran ser de fuego
para que así escucharas el poderoso alerta
con que te van mostrando, soberbiamente abierta,
la senda que, a lo largo del tiempo i de la historia,
debieras hollar siempre para tu propia gloria!

Porque eres tú la fuerza, porque eres tú el aliento
de la raza, i tú cantas en el viril acento
de mis arengas, i algo de tus ensueños vibra
i ondula en mis ensueños, i eres como la fibra
que hace estallar mis versos i arroja en mis poemas
nubadas de suspiros i truenos de anatemas!

Te siento mía. Tengo de tí la fé del alma
que arrostra los peligros i las tormentas calma,
los nervios hechos rayos, la sangre hecha torrente,
la mente soñadora i el corazón ardiente!
No temas. No vaciles. Recorre con los ojos
el horizonte inmenso. No adviertas los abrojos
ni las espinas. Anda! Se te ofrece la vida
para que la fecundes. Sé siempre el alma fuerte
que no conoce el miedo ni piensa en la caída...
¡Tu fé está por encima del vicio i de la muerte!

I bien: nada es la muerte para el que hace la vida
abriendo surcos donde sembrar, en sostenida
labor, sueños o ideas. Tal muerte es sólo un paso
de triunfo hacia la gloria: la sombra de un ocaso
a cuyo tacto el cielo se ha de vestir de fiesta:
el turbión que bautiza los páramos hirsutos:
o la inclemente ráfaga que azota la floresta
para que el polen vaya desparramando frutos...

La muerte es de ese anónimo sin fé que hoza i escarba
la tierra ya fructífera, como una hambrienta larva;
la muerte es del que, presa del ocio o la fatiga,
no envidia el vuelo al cóndor ni el tesón a la hormiga;
del que mira la vida como al través de un sueño;

del que, a favor de hediondas supersticiones, medra;
del que en el lago es fango, parásito en el leño,
en las alturas humo, i en los abismos piedra...

El hombre que prodiga su actividad, el brío
de su carácter, todo: su corazón bravío
i su cerebro ardiente; que alienta; que se libra
como un campeón al medio de la palestra, i vibra,
i sufre, i ama, i odia, i entre ímpetus soberbios
siente pasar la vida por el haz de sus nervios;
el hombre que, venciendo bestiales apetitos,
hace flamear al viento i al sol sus inauditos
anhelos, como enseñas de gloria, i que conquista
más amplios horizontes a su insaciable vista;
el hombre que, braceando de frente en el proceso
de las razas, se pone del lado del progreso;
el hombre a quien lo incierto del porvenir tortura
i a la infecunda calma la ajitación prefiere;
el hombre que es el ánjel proscrito de la altura,
podrá, llegando el día, caer... pero no muere!...

¡Salud brillante pléyade, salud! La Patria espera
que seas tú quien alce i ajite su bandera.
De tí se espera todo, juventud! Es ya hora
de que el espacio surquen relámpagos de aurora
i que con amplio jesto de sembrador tu mano
arroje a todo viento la plenitud del grano!

Cuando cerrarte quieran el paso, el ocio inerte,
la envidia subterránea, la sórdida mentira,
¡arróllalos! i, dueña del porvenir, advierte
que desde el alto polo la Cruz del Sur nos mira.

Canto secular

En el primer centenario de
la República.

Próceres: despertad! Dejad la tumba.
Si por lei implacable de la Historia,
todo se acaba, todo se derrumba,
es lei del corazón que no sucumba
nada de cuanto sirve a vuestra gloria.

Yo os invoco: mirad! Mirad la tierra
que libertasteis, que quisisteis tanto:
ante el tesoro de ideal que encierra,
no diréis que fué bárbara la guerra
que nuestros lares bautizó con llanto.

Nada de vuestro ensueño se ha perdido.
Mientras en nuestra Patria aliente un hombre
que en su alma brinde a la virtud un nido,
nunca la ingratitud, nunca el olvido
coronarán de espinas vuestro nombre.

Ved a la Patria! Contempladla erguida
«lucir al sol las juveniles galas»,
bañarse en lumbre, saludar la vida,
i, sin miedo al error ni a la caída,
tender, henchidas de huracán, las alas.

Vedla con qué emoción, con qué entusiasmo
se dispone a ascender. Firme, tranquila,
no le importan la befa ni el sarcasmo;
i, ajena a la fatiga i al marasmo,
mide con la inmensidad con la pupila.

I ostenta así, como blasón de raza,
bríos de cóndor i tesón de hormiga.
Plena de fé, ni teme ni amenaza:
acósenla, i veréis cómo rechaza;
ofendanla, i veréis cómo castiga!

I eso es el fruto vuestro, es vuestra herencia.
Vosotros mismos, al decirle un día

¡eres libre! le disteis la conciencia
de su sér... ¡La razón de su existencia
es el horror por toda tiranía!

Todo os lo debe Chile. Nada fuera
la hazaña de Colón sin vuestra hazaña.
Chile, sin vuestra espléndida quimera,
sería aun la última frontera
del vasto imperio colonial de España.

Sería la más pobre factoría,
el rincón de esta «América inocente».
Tierra inquisitorial, hosca i sombría,
no habría recibido todavía
el ósculo de Dios sobre la frente!

***

I el ósculo de Dios es el que espera
la muchedumbre de hoi! El pueblo calla,
sí, pero ¿callaría si pudiera
protestar sin peligro?... Si no fuera
para los poderosos, la canalla?

¿Callaría el rebaño, si la ira
de los malos pastores lo dejase?

Por algo se ha inventado la mentira
de que el pueblo delira... I si delira
¿no es ¡ai! por la mentira de una frase?

¡Jenerosa ilusión la que le alienta!
Por ella el pueblo agotará su vida,
por ella el pueblo morderá su afrenta
sin exijir a los felices cuenta
de los antros sin luz en donde anida.

¡Sin exijir que se le diga a donde
llevar, que se le escuche, su reclamo;
sin exijir que en su abyección se ahonde
porque, aunque es cierto que la lei responde,
sabe que está sobre la lei, el amo!

El pueblo sufre, i su dolor no es justo.
¿Por qué si está en la infancia del progreso,
i es ájil, i es valiente, i es robusto,
se le tortura en lechos de Procusto
o se le quema en túnicas de Neso?

Sufre i trabaja. Sus fecundas manos
talan las selvas, mueven las turbinas,
rompen los montes, secan los pantanos,
cubren del oro de la mies los llanos,
vacian del oro del filón las minas...

Ashaverus heroico, su pie inquieto
vadea ríos, atraviesa punas;
i, a no sé qué fatalidad sujeto,
ese pueblo infeliz i analfabeto
es el gran forjador de las fortunas.

I las fortunas que ese pueblo crea
¿de qué le sirven? ¿le procura ese oro
auras de redención, rayos de idea?
I en cambio en él la sociedad golpea
como el mazazo en el testuz del toro...

Suya es la esclavitud de las faenas
en el campo, en el mar, en las montañas.
Para él no se han roto las cadenas...
¡No es el vino: es el hambre, son las penas
las que le están royendo las entrañas!

***

Próceres: vuestra acción no se ha cumplido.
Tarda en llegar la luz. Tarda la hora
de reivindicación para el caído:
para el que, al dar a vuestra voz oído,
oyera un dulce rumorear de aurora.

¡Qué hermoso vuestro ideal, i cuan sagrada
vuestra misión! ¿En donde heroica jesta,
como la que hizo de la antigua indiada
esta Patria que emprende su jornada
entre gritos de triunfo i de protesta?

Nos disteis patria: la actitud que inviste
despierta celos i provoca asombros.
Hai patria, sí; pero ¿por qué no existe
ni para el indio mansurrón i triste,
ni para el roto que la lleva en hombros?

¿Por qué el pueblo es el huérfano que apura
días sin pan ni luz, en los exodos
del trabajo; el sin patria, el sin ventura?
I no, la Patria no ha de ser la altura;
la Patria, si hai, tiene que ser de todos!

Hai que decir al pueblo: LEE! PIENSA!
I en marcha, ya sin inquietud alguna,
ha de tener esa falanje inmensa
su nuevo Apocalipsis en la prensa
i su nuevo Tabor en la tribuna.

Hai que bajar hasta sus propios males;
luchar contra la atroz supervivencia

de prejuicios absurdos i bestiales;
derribar esas losas sepulcrales
al grito de ¡LEVÁNTATE, CONCIENCIA!

Hai que hacer de ese pueblo, de esa altiva
fuerza social en trájica odisea,
alma que irradie, espíritu que viva...
¡I pues es justo levantarlo: arriba!
¡I pues es bello redimirlo: sea!

La Nueva Marsellesa

¡Hermanos en la vida i en el trabajo! Hermanos
en el dolor i en todo: estrechemos las manos
i, pues marchamos todos por un mismo camino,
vamos a la conquista de nuestro gran destino!

Todos los que sufrimos debemos ser iguales.
Si todos recibimos los azotes brutales
de la maldad, si todos formamos los racimos
de vieja carne anónima, por qué no nos unimos
i apretados en torno de la común bandera
saludamos la nueva, fecunda Primavera
i en esta tierra, llena de horror i de impudicia,
clavamos el augusto pendón de la justicia!

Hermanos en la vida i en el dolor! Ya es hora
de erguirse i rebelarse. Despierta ya la aurora
del gran advenimiento de los días supremos
de redención! Hermanos: llenos de fé, luchemos
por conquistar el trozo de pan que se nos niega.
Nunca! Jamás roguemos—sólo el mendigo ruega—
i ante la puerta de oro de ahitos Baltasares,
hermanos, escribamos el MANE-TECEL-FARES!

En esta gran catástrofe, hasta el verbo de Cristo
se pierde estrangulado por la pasión...

Yo he visto
allá en la lejanía de mis viejas montañas
a muchos pobres hombres desgarrar las entrañas
de las ásperas sierras i hundirse en lo más hondo,
como el reptil, hundirse hasta tocar el fondo
i con el heroísmo de aquél que nada arredra
a tiros i combazos hacer parir la piedra!

Yo he visto, en el bochorno de aridez de la Pampa,
al roto, a pecho abierto junto a la abierta rampa,
hendir el vientre enorme de esa opulenta tierra
que llenó de cadáveres otro tiempo la guerra;
hendir aquella tierra pródiga de tesoro,
i arrancarle el salitre que vale más que el oro!

Yo he visto allá en los campos bajo el sol, bajo el viento
a mil desventurados soportar el tormento
de hozar la tierra propia para el ajeno grano
i en el arado ajeno rendir la propia mano!

Yo he visto allá en las minas del sur, en las cavernas,
en ese horrible imperio de las sombras eternas,
bajar también los hombres al fondo del abismo,
gastar allí sus vidas de oprobio i heroísmo,
ser hijos de la noche, i arrojar hacia el día
el carbón redimido que es luz i es alegría.

Yo he visto allá en los bosques de sur, en la frontera,
en esa tierra heroica, como sus hombres fiera,
que nunca hollar pudieron los tercios de Castilla
i cantó en su epopeya don Alonso de Ercilla;
yo he visto al indio viejo, desamparado i triste,
decir, llorando a mares, que «Arauco ya no existe»;
regar con sangre i lágrimas el sueño del terruño,
decir adiós al rancho, mostrar al cielo el puño,
i, ante el recuerdo horrible del último episodio,
lanzar hacia la selva los fantasmas del odio!

I yo me he preguntado si son seres humanos
los que así se debaten; si son nuestros hermanos
los que así caen, como forzados de galera,

luchando para otros en plena carretera;
los que así tan cruelmente la ambición crucifica
sobre esta tierra virgen, exuberante i rica.

¡Ai! colocando encima del corazón las manos
e invocando los fueros de la justicia: hermanos!
¿no es cierto que es preciso ser en la vida un muerto
para no condolerse con nosotros? ¿no es cierto
que es triste, que es bien triste la vida así? ¡Tal vida
justifica al blasfemo i enaltece al suicida!

Caín, el fatricida, blande aún en la mano
la quijada sangrienta con que mató a su hermano.

Caín, que ya no marcha contra los elementos,
no siente ya el azote de los remordimientos.

Caín, que ya no escucha de su víctima el lloro,
puso entre él i su crimen una muralla de oro!

Hermanos en la vida i en el dolor! La inquieta
voz de las multitudes entusiasma al poeta.
Conmuévenle las voces que suben del abismo
i por pensar en todos se olvida de sí mismo.

¡Sus versos, doloridos de la miseria humana,
van, por la noche, a veces a sonar la campana
de alarma que sacude la muerte del suburbio.
I en el vivac del hambre, junto al arroyo turbio
que se arrastra sangrando como una rota arteria
todas las podredumbres del vicio i la miseria;
con voz que la tristeza i el odio hacen sonora
murmuran de esperanza, de redención, de aurora;
ponen oído a todos los ecos de allá abajo
donde hierve la eterna trajedia del trabajo
i oyen la jenerosa pulsación de una raza
que se yergue i protesta, que grita i amenaza!

¡Hermanos en la vida i en el trabajo! Es esa
la misión del artista que la tierra atraviesa.
El poeta egoísta que ante la infamia calla
i calla ante el humano dolor, es un canalla.
En las horas supremas, deben tener las liras
los estremecimientos de las supremas iras.
El gran poeta debe tremolar su bandera
i lanzar sus estrofas por sobre la trinchera;
romper los viejos ídolos; marcar los nuevos rumbos;
salvar las marejadas de rayos i de tumbos;
llevar la frente altiva sobre los firmes hombros;
alzar a los caídos; pisar por sobre escombros;
hacer vibrar las almas; mostrar espuesto el pecho

a los azotes trájicos del huracán deshecho
i en una misma ráfaga, i en un mismo delirio
marchar con sus hermanos al triunfo o al martirio!

¡Hermanos en la vida i en el dolor humanos!
Juntemos las banderas, estrechemos las manos,
i apretados en torno del común estandarte
salvemos la barrera del último baluarte.
Unámonos, hermanos! Que mi misión es esa:
cantar para vosotros la Nueva Marsellesa!

Tríptico moderno

I

¡Europa! Vieja Europa! Tierra de los abuelos
Conquistadores! Cuna de razas que en los cielos
han estampado el signo de su progreso! Enorme
crisol en que se funde la vida multiforme;
pasiones, cultos, guerras, arte, sabiduría;
la Edad antigua, bárbara; la Edad Media, sombría;
la Edad Moderna, grande, como que son su aliento
la fuerza,—esa gran ola! i el jenio,—ese gran viento!

¡Europa, predilecta de Dios! Eje del mundo!
En tí nutrió sus sueños el loco, el vagabundo
de cuyo cráneo habría de surjir la quimera
más bella de los siglos: la mitad de la esfera!

Dante, de un solo vuelo, trashendió los abismos;
Miguel Anjel, el mago, plasmó los heroísmos
de la emoción; Cervantes, Señor de la Aventura,
creó su Caballero de la Triste Figura;
Shakespeare, buzo sublime, convirtió en océano,—
para hurgar sus tesoros,—el corazón humano;
Colón, completó el libro del Jénesis: su inquieta
pupila tuvo el brillo de las del Gran Profeta:
si Cristo sembró el verbo sobre el mundo pagano,
Colón descubrió un mundo para el verbo cristiano!

¡Grecia! ¿Quién que la nombre no evoca el centelleo
del sol heleno sobre las ondas del Ejeo,
los mármoles pentélicos i toda aquella gracia
que es el instinto armónico sofrenando la audacia?
¡Italia! Dulce Italia! Prez del Renacimiento,
que enseña un haz de glorias en cada monumento;
Inglaterra! Maestra de imperios seculares
que aprieta en sus tentáculos las tierras i los mares;
i Alemania la sabia; i Rusia balbuceante
bajo el cetro autocrático como un niño jigante;
i Francia la divina, República estupenda,
en cuya historia hai tanto de majia i de leyenda,
Patria de Víctor Hugo! en cuya frente aun brilla
un rayo de la tea que incendió la Bastilla;
i España, Madre España, tierra del sol, fecunda
por la fé que la enciende, por la luz que la inunda...

Mas, séllese este labio, deténgase esta mano:
para cantar a España, no hai otro Romancero;
para cantar a España, mi verso americano
no tiene el són del bronce ni el temple del acero!

España era la cumbre del mundo, i desde España
partir debieron todos los que algún ansia estraña
traía hacia estas playas a clavar sus banderas:
tocar debió a sus hijos ensanchar las fronteras
del mundo, hacer al mundo conocer sus destinos
i echarlo, cara al cielo, por los nuevos caminos!...

II

¡América! No en vano las tardas carabelas
tendieron a los vientos oceánicos sus velas.
Tú eras más grande, mucho más bella todavía
que el sueño que albergaron las aulas de Pavía.
Naciste en el cerebro de un vagabundo, un loco
que dió en soñar contigo... Mas él no vió tampoco
tu porvenir ¡oh, tierra de mis padres! ni pudo
atravesar de rieles el páramo desnudo
ni entretejer, en donde crujieron los bohíos,
la red de puentes férreos i túneles sombríos.

El suelo que entre brumas se desplegó a su vista
era la tierra bárbara, propicia a la conquista.
Edén desconocido, maravillosa tierra

que la codicia,—madre del odio i de la guerra,—
llenó, durante siglos, de angustias i de horrores;
nidal de abyectos súbditos i espléndidos señores,
mas no este Continente que hoi riega i fecundiza,
el magnífico esfuerzo de la sangre meztiza,
ni este collar de patrias que arrulla el oceano
i en donde alienta el alma de un pueblo libre i sano;
ni este vibrar de usinas i humear de chimeneas,
con que la inquieta industria trasforma las aldeas;
ni el orgulloso paso de flotas colosales
por entre aquellos mismos islotes i canales
que bordeara la quilla de la frájil piragua;
ni este endiablado vértigo que las ciudades crispa
al descubrir mil vidas en una gota de agua
o estremecer los mundos por medio de una chispa!

También el Nuevo Mundo vive una vida nueva.
Las fábulas absurdas deben morir. El prueba
que no es sólo una estéril e informe tentativa
la que sus hijos hacen: es una fuerza viva
que inquiere i busca, ciega tal vez, tal vez oscura,
pero veraz i ardiente. Bríndanle su cultura
las viejas razas. Ella no es a su influjo estraña.
Su innato jenio todo lo absorbe i asimila,
que, ya hace mucho tiempo, del mar a la montaña,
no se oye el ronco estrépito de los cascos de Atila!

Tengamos fé. Pongamos a la tarea el hombro.
Templando el alma a todo, podremos ser asombro
del Universo... Raza, carácter, suelo, historia,
nada nos falta, nada, para asaltar la gloria.
Sepamos ver en lo hondo del porvenir. Alcemos
la voz: hoi no hai instantes que no sean supremos.
Que no se arrastre el brío... Renuévese el ensayo
de aquella unión que un día no se creyó quimérica,
i habrá de ser, si alzamos la fé sobre el desmayo,
obra de nuestras manos el porvenir de América!...

III

I tú, verjel del mundo, patria de la leyenda,
Asia inmortal, oculta por tenebrosa venda
de siglos, a los ojos del Occidente; imperio
de majia i de opulencia, de amor i de misterio,
también a tí ha llegado vibrando, en sacudida
triunfal, como una tromba de luz, la nueva vida!

¡Asia! Tu nombre evoca visiones portentosas
de piedras como estrellas, de estrellas como rosas.
Por algo Dios—Poeta de los poetas—quiso
llenarte de su gracia, i puso el Paraíso
dentro de tí; por algo tu augusta poesía
tiene todos los írises del sol, padre del día;

i por algo recibes—divina pincelada—
antes que tierra alguna la luz de la alborada.
Fakires i profetas, astrólogos i magos;
las cumbres más excelsas; los más profundos lagos;
los más estraños monstruos; las hembras más ardientes;
las sedas en oleadas; las perlas a torrentes;
sátrapas sanguinarios; parias envilecidos;
esclavos sublevados i césares caídos:
tal fuiste... Mas ahora que—audaces mensajeras—
naves de hierro han puesto la proa en tus riberas
i que exóticas plantas hollaron tus pagodas,
tú eres una Asia nueva también; tú pruebas todas
las infinitas ansias que empujan a las razas
del porvenir: te sientes vivificada al beso
de las nuevas ideas a que por fin te abrazas,
¡i te hinchas, en una alta-marea de progreso!

¡Cómo no ha de sentirse la fé, la fé sagrada
en tus grandes destinos, Humanidad!—Creada
para el bien, castigada del mal i de la muerte,
caes, pero al erguirte, se te admira más fuerte.
Herida del cansancio, mordida del deseo,
enferma de odio o plena de concordia, te veo
con las alas tendidas al espacio infinito,
coronada de flores i en la garganta un grito
de redención...

¡MAÑANA! He aquí la voz sublime.
He aquí la voz que enciende, que exalta, que redime;
la voz de la esperanza que inmortaliza al hombre;
la voz de Dios que ajita potencias i sentidos
i que hace de una nébula sin órbita i sin nombre
nuevos mundos en jérmen, astros desconocidos!

¡Humanidad futura! Tu evanjelio se inicia.
Paz. Libertad. Trabajo. Fraternidad. Justicia.
¡Oh trájico naufrajio de mitos ancestrales!
¡Oh nuevo apocalipsis! Oh gloria de mañana!
¡Vasto encadenamiento de todos los ideales,
eterna eucaristía de la conciencia humana!...

A Jack Johnson

I

¡Jack Johnson, tú eres grande!
Desde un rincón del mundo
me atrevo a saludarte, boxeador sin segundo,
i a unir mis parabienes a los del mundo entero,
robusto semidiós de músculos de acero.

Durante largos días tu nombre ha resonado
por ambos hemisferios con ruido inusitado.
Valiendo más que reyes, que sabios i que artistas,
tuviste opción al logro de todas las conquistas:
trofeos, oro, aplausos... i, a modo de sorpresas,
injurias de envidiosos i besos de duquesas.

Han sido de aturdirte las hurras i los bravos
del público, ¡oh cachorro de una raza de esclavos,
hermosa bestia bípeda en cuya frente obtusa
sólo la más hermética estupidez se acusa!

Hijo del siglo práctico en que vivimos, como
que tienes entre todos el cerebro más romo
i los puños más fuertes, hé ahí al mundo detrás
de tus pasos... ¿I tú? Tú estás bien donde estás:
en el puesto más alto, pújil maravilloso,
cargado de laureles los hombros de coloso.

Tu estás bien con tu nombre de todos conocido.
Gracias al cable i gracias a la prensa, has podido
decir: «¡Soi hombre célebre!» a tiempo que, entre finas
chanzas, ibas sorbiendo cascadas de esterlinas.

Hércules negro de ájil pupila i porte fiero,
tú has sido por las turbas armado caballero.
En las modernas justas en que el bíceps i el puño,
tintos en sangre hirviente, son el más bello cuño
de la cultura humana, i en que no vale el hombre
sino por lo que pega, tú has hecho de tu nombre
la enseña de tí mismo, príncipe de los brutos
que tienen en sus brazos todos sus atributos.

Tú has visto que tu nombre de guerra se ha estampado
en los más grandes diarios, al uno i otro lado
del globo: tal un héroe a quien debemos palmas;
tal un poeta, orfebre del verso, buzo de almas,
que vive arrebatándoles recónditas bellezas;
tal un sportman que obra temerarias proezas;
tal un jenio político o un pensador profundo
que van desentrañando la evolución del mundo...

II

Si así como eres fuerte, fueras también astuto;
si hirvieran dos ideas bajo tu cráneo hirsuto,
ya habrías prestado alas a este audaz pensamiento:
solicitar sufrajios i entrar al Parlamento.

Tú no lo has discurrido; pero entre tus hermanos
no faltarán algunos que riéndose ufanos,
con sus jetas enormes i el fantástico brillo
de sus dientes, proyecten proclamarte caudillo
i echar al diablo al pobre Booker Wáshington, cuya
debilidad consiste en que el negro se instruya.
¡Al diablo Booker Wáshington con todas sus escuelas!
¡La tinta es un veneno! Los libros son gabelas!
Un golpe de Jack Johnson vale por cinco diarios
i un match tiene la ciencia de ochenta diccionarios!

La verdad, yo he perdido la fé en la propaganda
de las letras. Detesto la toga i la hopalanda,
las palmas académicas i las doctas calvicies
que quién sabe qué ocultan bajo sus superficies.
Lo que interesa ahora, saber, sin duda alguna,
es dar la bofetada certera i oportuna.
¿Qué importan las ideas? Booker andaba errado
i tú, Jack Johnson, negro sublime, lo has probado:
si no, que nos lo diga Tommy Burns que en su vida
pensó que iba en tus miembros a encontrar su medida.

III

Después de todo, tú eres un vengador. Tu vengas
a tu raza, a la prole de Cam. Mientras mantengas
la primacía, mientras no nazca quién azote
la arena con tu cuerpo, tú, nieto de hotentote,
paladín semibárbaro, sostendrás en tu diestra
el escuálido orgullo de esa estirpe siniestra
en cuya piel se observan aún las cicatrices
de heridas que sufrieron millares de infelices...

Tu nombre, Jack, es seco como una bofetada.
A cada nueva hazaña de tus manos, a cada
nuevo triunfo que logras, los huesos carcomidos
de algun lejano abuelo sienten, estremecidos
de rencoroso júbilo, que alguien toma venganza
de sus humillaciones... I un hipo de esperanza

sacude las entrañas de la raza maldita
del Patriarca, al través de la edad infinita:
¡los blancos los eternos vencedores, vencidos,
tundidos, magullados: de un negro de fornidos
tendones, es la obra: la raza negra, en franca
batalla, ha puesto el pie sobre la raza blanca!

I un negro, de la serie que anualmente asesina
—o lyncha, no me opongo—la secular inquina
de los honrados yanquis; un negro, hijo del odio
como tú, renaciendo del trájico episodio
que acabó con sus dias, se sentirá vengado.
I el gozo hará temblar su espíritu atrofiado
cuando sepa que en cada corazón negro, brota
la sed de represalias del paria i del ilota,
que un ansia de esterminio pone ímpetus salvajes
en esas almas llenas de oprobios i de ultrajes...

IV

Dicen que un hombre blanco, que es un matón científico,
como tú jigantesco, i como tú magnífico
en prometer victorias, tozudo veterano
a quien nadie hasta ahora puso en la faz la mano,
va a hacerte de dos saltos medir el ring. ¡Quién sabe!
Dudar es de prudentes, en conflicto tan grave.
Cuestión: ¿Quién es el bruto más grande? Como quiera

que sea, i aun probando la derrota primera,
tú, Jack Johnson, saldrías ganando en la partida,
—¡paso a la paradoja!—como que tu caída
te arrancaría el cetro de la barbarie, para
que otro hombre, algo más bruto que tú, lo manejara...

I la historia del mundo guardaría memoria
de tu raudo apojeo, de tu efímera gloria;
durante largos días, en pleno siglo de oro,
de luz, de maravillas sin fin, tú oíste el coro
del gran rebaño, en torno de tu cabeza chata;
gustaron miel tus labios de sangrienta escarlata;
mordiste lindas carnes con tus dientes bestiales;
lloviéronte los retos de insidiosos rivales;
supiste de dominio; i, adormido al arrullo
del triunfo, te sentiste más grande que tu orgullo....

¡United States, for ever!

Alta la frente, el dorso vibrante, el paso rítmico
pones el pie en la liza, formidable campeón.
En tus cabellos rubios
juegan los huracanes de dos mares, i el sol
se deshace en relámpagos sobre el haz de tu espada...
Cincuenta estrellas radian sobre tu corazón.

Se imponía el auxilio de tu brazo i tu jenio.
Harto estaba ya el mundo de vergüenza i horror.
La trajedia de sangre de la Europa, se hacía
de tal modo fatídica, algo de tan atroz
clamaba al cielo desde las campiñas hozadas
por la docta barbarie de las hordas de Thor,
eran tan inauditos

aquel grito de guerra i aquel hondo estertor
i aquel bullir de quejas i blasfemias, en medio
de las trombas de fuego de la conflagración;
era tan de otro tienpo ese espectáculo
de esterminio brutal i arrollador;
degüello de inocentes, violaciones, incendios,
pueblos agavillados por flamíjera hoz,
burla de los principios que consagró la historia
i con que se enaltece la civilización;
(mascarada que habría parecido grotesca
si no fuese de luto i de dolor)
que todas las pupilas se tornaron de pronto
tras la visión feérica del mundo de Colón,
tras la moderna Atlántida, más libre i más hermosa
que la que en sus ensueños vislumbrara Platón,
i aguardaron ansiosos que tú alzaras el índice
i rotundo i enérjico, pronunciases tu ¡No!

I tuviste ese jesto
que fué el jesto de un dios.

Nubes negras, cargadas de carniceros odios;
nubes amarillentas de angustia i de pavor;
nubes enrojecidas por la sangre i el fuego
corrían en el vértigo de un lúgubre ciclón.
Subía de la tierra, floreciente otros días,
un nefando vapor,
miasmas de podredumbre
entre olorosas ráfagas de incienso i de oración.

I bajaba del cielo,—de ese cielo glorioso
en que estampó su májica rúbrica la aviación,—
un diluvio de lágrimas de sangre
que oscurecía el sol.
¡Como en remotos tiempos de leyenda
el mundo estaba hoi
librado a sus instintos de fiera... abandonado
de la gracia de Dios!

Sombras de Apocalipsis!
Pesadilla dantesca! Torturante visión!
Todas las furias sueltas sobre la tierra exhausta...
La alegría proscrita... Claudicante el amor...
De entre el tumulto horrendo de la jente homicida
i el siniestro fragor
de bombas i torpedos, taubes i zepelines,
se alza estentórea voz:
—¡Aquí estoi! Soi el amo. Soi la fuerza que triunfa.
Soi el conquistador!
¿Quién se opone a mi paso?
I sacando la frente
desde tras de los mares, circuída de esplendor,
tú, República nueva, Democracia triunfante,
gritas al punto:—Yo.

I arde como una aurora boreal en los cielos.
¿De dónde ese fulgor
que ilumina de súbito todos los horizontes?

Es que en los férreos brazos alzas tu pabellón:
¡tu pabellón de franjas en el que resplandece—
puñado de diamantes—una constelación!

¡Oh, República nueva, Democracia triunfante,
vasto laboratorio de enerjías; crisol
de pueblos i de razas; organismo estupendo
como no hubo en los siglos; libérrima nación!
¡Patria de Jorje Wáshington, de Franklin i de Lincoln,
de Emerson i Walt Whitman, de Longfellow i de Poe;
cuna maravillosa de un Edison i un Morse;
escenario en que surje, no la alcurnia, el tesón;
foco de iniciativas en que el esfuerzo propio
descubre el gran secreto del dólar redentor,
potente en las usinas, en los placeres ávido,
en el ajio insaciable i ájil en el sport!
¡La libertad fué un día quién trajo hasta tus playas
al *May Flower*—la Biblia salvada en un tablón—
i es ella la que hoi baña de luz los hemisferios
desde las jigantescas puertas de Nueva York!
¡Hai sangre de las Galias en tu fé de bautismo!
¡Si Lafayette en tu ara su acero desnudó,
con el más puro acento de su lira han cantado
Víctor Hugo a tus hombres, i a tu bandera Edmond!

Nadie cual tú pudiera, de entre las cien naciones
del orbe, hacer la hazaña de David el pastor
que, con certero impulso volteando su honda,
derribó por los suelos al Coloso feroz.

Nadie cual tú pudiera reivindicar los fueros
violados por la guerra: tú eres como flor
de las nuevas ideas i las nociones nuevas
de piedad i cultura, de justicia i razón;
tú eres como la prueba magnífica i viviente
de que ya no es posible que el Fausto i el Terror
cabalguen en los lomos de envilecidas turbas:
tú eres como la prueba de que tampoco son
los derechos del hombre
una vaga utopía ni una torpe ilusión:
como que ellos tuvieron su Sinaí en la Francia
i en vosotros, Estados Unidos, su Tabor!

¡United States, for ever! Ya veo esas lejiones
de atléticos righ-ridders, de aguerridos cow-boys
cantando el himno patrio, con voz plena i robusta,
en ¡hurras! formidables distendiendo el pulmón.
Con la risa en los labios dejarán sus labores,
con gimnástico paso llegarán a los docks
i entrarán al combate llevando en su mochila
los zapatos de foot-ball i los guantes de box...

Libre i republicano, mi corazón se exalta
cantándote, ¡oh, cachorro del británico león!
¡Qué arranque el que has tenido!
Yo lo siento i lo ensalzo
con mi sangre araucana, con mi verbo español.
No hai en el mundo impulso motor como el del Niágara;

no hai loco tropel de águilas como las de la Union;
Carrel multiplicando músculos; Woodrow Wilson
diciendo desde lo alto de su solio: *¡Come-on!*
Carnegie descubriendo su gruta de Aladino,
Roosevelt sobrepasándose en patriótico ardor,
no aparecen más grande, ni hacen nada más bello
que el voluntario armándose al toque del tambor
i cantando, con gritos en que palpita, ansioso
de morir por la Patria, todo su corazón:
—¡Granero son mis campos para el hambre del mundo,
i un pedazo del cielo llevo en mi pabellón!

Allons, enfants de la Patrie!...

¡Gloria a la dulce Francia de la gracia i del verbo,
del lis i del laurel!

El odio—vil enjendro—lo modeló Luzbel
con todo lo monstruoso, con todo lo protervo
que se revuelve en él...
Sí; pero hai que sentirlo, profundo i entrañable
para el que holló la Francia rompiendo con su sable
la dignidad del mundo, *no un trozo de papel.*

¡Gloria para tí, Francia!
Para tí que eres arte, dulzura i elegancia,
para tí que eres ritmo i esplendor
¡vaya a tí mi loor!

Francia! te he de cantar como te siento:
perla por la tersura; rosa por la fragancia;
luz contra toda sombra; fé contra todo error:
¡hambre de pensamiento;
sed de justicia, libertad i amor!

Vuelos de águila hai siempre bajo tus vastos cielos.
Reino, Imperio, República, ha habido siempre un sol
sobre tus anchas sienes... ¡Francia de los desvelos,
Francia de las angustias, Francia de los anhelos!
¡Tu espíritu, crisol
del jenio, tiene el fuego de la zarza encendida,
en el que hallaron vida
Carlomagno, el patriarca de la barba florida;
Juana de Arco, la virjen; i Vicente de Paul!

¡Francia! ¡Francia divina! ¡Francia májica!
Tienes una alma trájica.
Sobre tu historia hai siempre vientos de tempestad.
Se ven pasar por ella todas las fantasías,
todos los esplendores, todas las bizarrías:
San Juan, Tácito, Homero, Dante, Esquilo, Isaías:
sangre, luz, hierro, lágrimas ¡toda la Humanidad!

La Humanidad en marcha—Sísifo con su roca,—
la Humanidad desesperada, i loca
de orgullo, de esperanza, de hastío: eso eres tú.

La Humanidad suspira por tu boca;
tiene con Rabelais la carcajada
i con Corneille la frase sublime: *Qu'il mourut!*

¡Francia de la Bastilla demolida; del nervio
popular que se yergue; del ímpetu soberbio
que derriba los tronos! ¡Francia de la Pasión!
¡Francia de los derechos hechos polen fecundo
que el libro lleva a todos los ámbitos del mundo!
¡Un arco-iris debiera
cruzar, de campo a campo, tu bandera
encima de un inmenso corazón!

¡Oh, quién podrá no amarte, Francia! Si es algo humano
íntimamente humano, lo que nos lleva a tí...
Si cabe en corazón republicano
algo de frenesí,
yo en el mío lo siento,
madre de libertades, porque es tuyo el aliento
que me hizo visionario,
i porque al fin es tuyo lo revolucionario,
que desde lo más hondo se desenrosca en mí...

Yo que amo la bandera de mi patria, en que brilla
la dulce estrella austral;
yo, que para besarla, doblego la rodilla
con ternura filial,
sé del sagrado orgullo de contemplar en ella

los mismos tres colores de tu enseña inmortal,
Patria entre todas grande! Patria entre todas bella,
por tus perpetuas ansias de ideal!

Gloria a la noble Francia, noble hasta en sus caídas;
áurea con los Orleanes, férrea con Napoleón.
Francia de la epopeya
de las naciones a tu carro uncidas;
Francia de la vorájine plebeya
de la Revolución;
Francia de los artistas i de los pensadores;
Francia de los obreros i de los oradores;
¡fuerza es que todavía, sangre tu corazón!

Porque si fuiste grande con tus Emperadores;
grande con tus Cruzadas; grande con tu Trianón;
grande con tus prelados; grande con tus señores
de empolvadas pelucas i pulido tacón;
grande en la guillotina que, doblegando el dorso,
treparon, tras los reyes, Robespierre i Dantón;
i grande con el Corso
que halló la Europa entera pequeña a su ambición;
eres mucho más grande con Hugo, tu poeta,
nuevo San Juan, irguiéndose en sus rocas de Albión
i recibiendo con unción secreta
de tí, su Madre Augusta, inspiración.
Eres mucho más grande, por humana,

ahora, repeliendo la invasión,
democrática Francia, Francia republicana,
¡salvando con tu sangre la civilización!

¡Francia republicana, democrática Francia!
Eres más grande así
oyendo el grito unánime con que responde el ansia
de todos los franceses a tu reclamo: «¡Sí!»
mientras hincha los pechos este clamor de guerra
que truena en los espacios i estremece la tierra:
—*¡Allons, enfants de la Patrie!...*

Excelsior

Homenaje a España con motivo
de la Fiesta de la Raza

Río que se desborda vaciándose en mil brazos;
árbol que forma bosques para llegar a selva;
luz que nos brinda el iris, haciéndose pedazos;
¡eso la España ha sido! Sangre multiplicada,
no es de esperar que nunca se agote o se disuelva:
¡ya que en el mundo físico nada torna a la nada,
fuerza es que aquella sangre sobre sí misma vuelva!

¡España! ¡España! Nunca siento, como al cantarte,
los estremecimientos de la emoción. ¿Orgullo?
Será lo que se quiera, pero también es arte.

Es arte, pues no olvido lo que debo a tu lengua—
trino, rujido i beso; risa, clamor i arrullo;
la gracia del latino i el esplendor del moro;—
tu lengua, maravilla que no ha sufrido mengua;
¡tu verbo de diamante que es tu mejor tesoro!

Madre: flor de la prole! Madre: alba de la raza!
No es con la voz del odio, ni es en son de amenaza
cómo habré de cantarte, sino con la ternura
del hijo, del cachorro pujante, del renuevo
por el que el viejo tronco, sin decaer, perdura:
poeta americano, sé que tu sangre llevo,
sé que en tu idioma escribo, sé que en mi oscuro nombre
vibra tu inmenso espíritu... ¡I puesto que soi hombre
de corazón, no olvido lo que a mi madre debo!

Patria de mis mayores! No ha nacido quien cante
con la pompa del Jénesis, la leyenda jigante,
la epopeya de hierro, de luz i fanatismo
de la Conquista. Nunca despilfarró más jenio
la Humanidad. La América, surjida del abismo
a la presión del índice de un nauta vagabundo,
fué sólo en luengos siglos, el colosal proscenio
de la Aventura a rastras sobre la faz de un mundo.
Quizas se mire ahora como una pesadilla
toda esa maravilla. ¡Pero por algo brilla
con la magnificencia de un símbolo rotundo,
junto al ardor sublime de Isabel de Castilla
la majestad sombría de Felipe Segundo!

Porque esas almas fueron como su siglo, grandes.
La raza, vencedora de Nápoles a Flandes,
necesitaba un cerco menos estrecho. El brío,
la fé, el valor, la astucia, la audacia, el desvarío;
lo augusto i lo irrisorio, lo enorme i lo pequeño
¡todo cabía dentro del Arca de su sueño!

Colón... ¡destino trájico! Nadie tuvo en su vida
más vívido apojeo ni más honda caída.
¡Oh, pálidas quimeras! Oh, huérfana esperanza
de dar con tierras nuevas tras de la lontananza!
¡Oh, inquietud, a lo largo de las islas, delante
de una ave emigratoria, de un madero flotante
arrastrado de lejos—como aquel cuerpo humano
de que también se hablaba—por el inmenso oceano!
¡Oh, errar entre los hombres, escépticos vulgares,
trémulos ante el vago misterio de los mares!
¿Quién pudo a la jentuza que iba en las carabelas
más corazón pedirle que a la de las Escuelas
i de las Cortes? Sólo Colón, jenio profundo,
seguir podía el vuelo de sus propias visiones
i, bajo la mirada de las constelaciones,
sentir en su cerebro la rotación de un Mundo...

¡Viento bendito el viento que empuja la flotilla
de naos, ignorantes de su propio destino,
en épica aventura desde la hispana orilla!
¡Vuelo bendito el vuelo del pájaro marino
que, al distraer los ojos, hace callar la grita

de la chusma! ¡Bendito tronco de árbol! ¡Bendita
flora del mar tendida como opulenta alfombra
de los errantes barcos ante la triple sombra!
¡Bendita luz del trémulo fanal que en la serena
noche se ve a lo lejos como sutil falena!
¡Bendita voz de *¡tierra!* que se escapa al vijía
i nuevo ¡sea! estrae del fondo del misterio
otro mar, otra zona del mundo, otro hemisferio!
¡Bendita espera aquella del despuntar del día
que viene como en sueños desde la lejanía!
¡I mañana bendita la del Doce de Octubre
que se derrama en oros sobre el añil del cielo
i a cuyo beso el agua, la playa, el bosque, el suelo
de Guanahani, todo, de púrpura se cubre
como una casta virjen que se arrancase el velo!...

....

Dicen que estás enferma, que sufres de fatiga,
que de tus manos caen la lanza i la loriga
i que te duermes, presa de místicos resabios,
con la muerte en el alma i el silencio en los labios
I bien: si fuese cierto, tendrías el derecho
del labrador rendido que se recoje al lecho,
en paz con su conciencia, después de haber dejado
bajo los cobertizos la bestia i el arado.
Sí; porque fué de siglos para tí la faena.
Te diste sin reservas a tu trabajo, en plena
virilidad. Pusiste tu vida en la simiente.
Se te escapó la sangre como por ancha vena

hacia las tierras vírjenes del remoto occidente,
no como un hilo de agua sino como un torrente...
¡I al fin, he aquí el prodijio más grande de la Historia:
el haz de las repúblicas del Nuevo Continente;
los sólidos pilares de tu solar de gloria!

...Tendrías el derecho, pero no te es preciso.
Callas, pero no duermes; duermes, pero no has muerto.
I desde el propio fondo de tu jenio insumiso,
de tus arranques épicos, de tu espíritu abierto
a las huracanadas del mar, saldrá un incierto
clamor que irá creciendo como una estrofa homérica:
alertas de clarines, repiques de campanas,
atronador concierto de vítores i hosanas
al que harán eco el canto de las playas de América
i el hurra de millones de almas republicanas!

Mare nostrum

El Mar Mediterráneo es la ancha copa
de juventud con que se embriaga Europa.

I Grecia e Italia son como sus Hebes.
Boca toda de miel, húmeda i rosa.
Cabellera profusa. Pechos breves.
Paso como una danza melodiosa.

I su sonrisa un triunfo de la gracia,
i una sonrisa de la luz sus ojos:
eterna tentación para la audacia
de reyes negros i piratas rojos!

Este, pues, es el mar greco-latino.
Azul, azul, azul... Islas. Espumas.
Costas que disimula un esfumino.
Pájaros que son góndolas de plumas.

I velas. Velas que abullona él viento
i que barniza el sol. Cándidas velas
que evocan, entre el mar i el firmamento,
motivos de inefables acuarelas.

Mar del mito pagano. Aun se oye el coro
de heptacordios, i címbalos, i flautas
que, yendo en pos del vellocino de oro,
se daban a tañer los argonautas.

Flotan trémulos cantos de sirenas
en las brisas de exóticos países
i hasta, sobre las húmedas arenas,
se ven las huellas de los pies de Ulises.

Pasan con vuelo rítmico i tranquilo
los íbises, en banda peregrina,
desde las quietas márjenes del Nilo
a los huertos de Arabia i Palestina.

¡Májicos sueños del Oriente! ¿Cómo
no divagar, si aspira nuestro aliento
hálitos de alcanfor i cinamomo
i humos de opio i de sándalo en el viento?

Toques de bermellón en la verdura,
al impulso de ráfaga propicia
inician su derrota de aventura
los barcos de la flota de Fenicia.

Llenos de especias, púrpura i esclavos,
perlas, oro i marfil, de proa a popa,
van bordeando las rías i los cabos,
rumbo a las tierras del confín de Europa.

Mientras por las riberas del Ejeo
los sútiles filósofos del Ática
van, en los dulces ocios de un paseo,
desenredando su armoniosa plática;

hablando, con un tono en que se advierte
la suavidad a la certeza unida,
del amor, del dolor, i de la muerte
que es el principio de la eterna vida...

Ruedan por su cabeza descubierta
hojas de mirto, pámpanos, laureles;
i de su boca, en discurrir esperta,
fluyen razones con sabor de mieles.

***

I se ve de repente la galera
de la trájica Reina, cuya mano
hiere con un zarpazo de pantera
el corazón del jeneral romano.

Tez de bronce. Perfiles de escultura.
Ojos inmensos, de espresión sombría.
Reina i hembra fatal, es su hermosura
la gloria i el terror de Alejandría.

¡Ah! Quién viera otra vez, desde el esbelto
mástil de su bajel, hasta la amura,
bajar un áureo pabellón envuelto
en frases de pasión i de ternura!

Cesan los remos de batir... ¡Quién viera,
trémulos de emoción a los amantes
i encima i en redor de la galera
la noche constelada de diamantes!

***

I quién viera otra vez, en triunfo pleno,—
brote de las repúblicas de Grecia,—
pasearse del Adriático al Tirreno
las juveniles armas de Venecia!

I las armas de todas las ciudades—
áureo joyel del litoral latino—
cuyo recuerdo brilla en las edades
con chispazos de oriente diamantino.

Hacia los cuatro puntos cardinales,
velas, cascos, banderas... Toda Italia
mirándose del mar en los cristales
como en la propia fuente de Castalia.

¡Es el Renacimiento que ya asoma!
Jenio, ciencia, pasión, arte, opulencia.
Miguel i Rafael triunfan en Roma.
Piensa en Beatriz el bardo de Florencia.

I mientras baja a los Infiernos Dante,
da Galileo a luz la teoría
que en el cerebro de un piloto errante
va a florecer gloriosamente un día.

I Leonardo, el magnífico, el fecundo,
con tal arranque entre su fiebre ahonda
que halla la eternidad en un segundo...
¡I pinta la sonrisa de Gioconda!

***

Italia! Italia para amar nacida.
Lírica, i voluptuosa, i vehemente,
por el Supremo Artífice tendida
al traves de las aguas como un puente.

Blanco i frío es el monte en que reposas
la soñadora sien, harta de afanes;
pero a tus pies, en tálamo de rosas,
rujen como leones tus volcanes.

Te adora el sol. Contémplase en las uvas
que decoran barrancas i faldeos
i que más tarde, en las soberbias cubas,
hierven como diabólicos deseos...

Enamorado de tu eterna infancia,—
fiesta del corazón i los sentidos,—
se echa el viento a dormir en la fragancia
de tus risueños cármenes floridos.

Mientras el mar, el mar que te retrata
i que a los siglos voceó tu historia,
al arrullar tus sueños se desata
en formidables cánticos de gloria!

***

Suena aún en el viento el alarido
de los cautivos del Islam. I suena
el golpetear del remo, entre el chasquido
del látigo, i el son de la cadena...

I el canto en que recuerda el desdichado
la dulce tierra que albergó su cuna,
mientras sacude un viento huracanado
los estandartes de la Media Luna!

I suena el clamoreo todavía—
odio i orgullo, júbilo i espanto—
que coronó soberbiamente el día,
el portentoso día de Lepanto.

I se oyen rechinar jarcias i cables
en Palos de Moguer: oscuramente
zarpan tres barquichuelos miserables
a merced del azar, rumbo a occidente,

para luego tornar, i al vulgo impío
que se burló del nauta vagabundo
probar que es realidad el desvarío...
¡que se ha estraído de la sombra un mundo!

***

¿Qué es ese acento de doliente lira
que surje, entre un perfume de azahares?
Es el artista, es Chópin, que suspira
de tristeza i de amor, en las Baleares.

Vino del fondo de su estepa yerma
buscando el sol meridional. I ahora,
herida el alma, hasta el delirio enferma,
en los acordes de su piano llora...

¿Qué sollozo despierta los Canales
de su sueño de amor, en la alta noche?
Es Musset que en sus dulces madrigales
vierte la hiel de un áspero reproche.

¡Pobre poeta! Descolgó su nido
de su boharda de París. I ahora,
siervo de lo adorado i lo perdido,
en la armonía de sus versos llora...

¿Qué dolor es aquel que ya no sabe
de llanto, de suspiro ni de queja?
¿Es un dios o un demonio el que en su nave
hacia los archipiélagos se aleja?

Vino del Norte, de la Albión sombría.
Busca al cansancio del vivir, remedio.
I no hai nada, si no su poesía,
más hondo i más terrible que su tedio.

¡Byron! Su delirante carcajada
ya no es befa ni injuria: es miserere...
I es digno de su lira i de su espada
quien batallando por los libres, muere.

***

¡Mar azul, vasto mar greco-latino!
Mar de leyenda! Mar de maravillas!
Vivo como la luz i como el vino,
como la luz i como el vino brillas...

Amor, guerras, placer, sombra, trajedia
i esplendor: eso has sido. Te hizo hermoso
la Antigüedad, soberbio la Edad Media;
i los siglos modernos, luminoso!

Rule, Britannia

¡Aguila de los mares, Inglaterra!
¡Agrio i romántico peñón,
fuerte en la paz, fuerte en la guerra;
nido de alciones, nebulosa Albión!

Tus islas melancólicas han sido
cuna de una projenie sin igual,
que más arrullo no ha tenido
ni más bautismo que el rujido
de las tormentas sobre tu abrupto litoral!

Algo de tus montañas
hai en la rijidez de tu actitud,

Pero guardas el fuego en las entrañas...
¡I esa es una virtud!

¡Frente a los elementos
tus hijos aprendieron a luchar,
a hacerse más temidos que los vientos
i más recios que el mar!

Inglaterra! Inglaterra!
Llega hasta tí de súbito el clarín
de alarma... I al instante, te alzas en pie de guerra.
¡Vibras hasta en el último confín!

Patria del Rei Arturo
i de sus compañeros de ideal!
No hubo en los siglos corazón más puro
ni pecho más leal,
como no hubo en la Historia
lei de más providencia que su lei,
ni hubo más alta gloria
que la de la corona de tu Rei!

¡God save the King! Poetas
de la libre Inglaterra: saludad!
¡Huestes de Rudyard Kipling, embocad las trompetas!
En medio del fragor de esta gran tempestad

de sangre, i de hierro, i de oro,
haced retumbar vuestra voz
i sea vuestro canto como un trueno, sonoro,
como un relámpago, veloz
para que surque i llene los ámbitos del mundo
los valles, las sierras, el mar
i no haya quien ignore que aquel Rei sin segundo
se ha lanzado de nuevo a pelear;
que su alma colosal no le abandona,
que es el mismo caudillo secular;
i que se hará matar por su corona
por su bandera i por su hogar!

¿Es mito el de San Jorje
desafiando en sus antros i matando al dragón?
No sé. Pero que venga quien otro igual nos forje...
San Jorje es el ensueño. San Jorje es la pasión.
San Jorje es la esperanza,
el valor, la piedad, la abnegación,
i no valió su escudo, su yelmo ni su lanza
lo que en los siglos vale su inmenso corazón.

Oh, Rei! Su nombre llevas...
I a tí, que no veneras la sombra de Caín;
a tí, que te has nutrido de las ideas nuevas
que se repudian más allá del Rhin;

a tí, que el mundo ha unjido paladín del Derecho
i de la Democracia paladín,
¡quizás te toque traspasar el pecho
al Dragón de Berlín!

Inglaterra! Inglaterra!
Hospitalaria i gran nación,
fuerte en la paz, fuerte en la guerra,
nido de jenios, nebulosa Albión!

Ningún poder ni majestad alguna
hubo como los tuyos. No hai rincón
del globo en que no empuje la fortuna
con ráfagas propicias tu invicto pabellón.
Roma fué formidable, i lo fué España:
el orbe entero se postró a sus pies.
Pero tu imperio, base del mundo ¡oh Gran Bretaña!
admiración i ejemplo para los siglos es.

¡Eso es lo que tu raza—que sus huellas ha impreso
en los Polos lo mismo que en el Gaurisankar
i en las selvas del Trópico—busca i persigue: es eso!
¡Civilizar! ¡Civilizar!
¡Raza inquieta i activa,
raza intrépida i viva,
que a todas partes lleva su amor por el progreso
i su sed infinita de triunfar!

Pero si bien te admiro por tu esplendor ¡oh Imperio!
que por tí solo alcanzas a más de un hemisferio;
si me pareces grande reteniendo en tu mano
la rosa de los vientos como brida
de tu áureo carro vencedor,
rápsoda de mi pueblo, poeta americano,
te admiro mucho más dando la vida
en los sangrientos campos del honor.

Raza que ha dado un Shakespeare
al pensamiento humano,
i un Newton a los números, i un Cromwell a sus lares,
a su bandera un Wéllington i un Nelson a los mares;
pueblo en que cada súbdito es más que un ciudadano,
pueblo que en sus remotos avatares
recibió como lei la dignidad,
no ha de ceder un palmo de terreno,
ha de seguir luchando como bueno,
ha de morir matando sin piedad,
hoi que las hordas bárbaras de Guillermo Segundo
violan todos los fueros... ¡hoi que se juega el mundo
su civilización, su libertad!

Rule, Britannia! Heroica, engrandecida
por el titánico valor
de tus soldados,—tu projenie en flor!
Rule, Britannia! Acaso herida,

pero ni muerta ni vencida...
¡toda entereza, toda vida,
toda esperanza, toda amor!

Béljica mártir

¡Béljica, Béljica mártir!
Blanca nación de la paz i el trabajo,
roja nación del ideal socialista,
noble nación de los reyes magnánimos!
Nunca podría la historia,
sin delinquir, perdonar a los bárbaros
que, faltando con fé de piratas
a la fé del honor esculpida en los pactos
invadieron tu suelo bendito,
profanaron tus viejos santuarios,
destrozaron tus anchos caminos
hicieron cenizas tus próvidos campos,
te usurparon escuelas i fábricas
troncharon tus puentes, hundieron tus barcos,

violaron tus santos hogares
¡Voe Víctis! gritando,
i a tus hembras quitaron la honra,
i a tus reyes el cetro quitaron,
i a tus madres dejaron sin hijos
arrancándolos ¡ai! de sus brazos,
i sin nadie ante quien vacilasen,
ni inermes, ni heridos, ni enfermos, ni ancianos,
hicieron ¡oh Dios! tus gloriosas banderas
servir de estropajos,
i fueron de toda inocencia el azote
i de toda justicia el escarnio!

II

Yo no puedo pensar en tu suerte
¡oh doliente nación! sin que vengan
desde el fondo de mi alma las lágrimas
en amarga i callada protesta.
He perdido la fé de otros años,
se ha deshecho en mi espíritu toda creencia
i quizás la plegaria se haría
en mis labios rebeldes satánica mueca;
pero ante tus iras
como ante tus penas,
ante tus arranques i ante tus angustias
de madre i de reina,
¡ante el espectáculo

de tu pueblo en yunta como en las galeras!
yo te juro, a la faz de mi Patria
que también, ha tres siglos, fué sierva,
yo te juro que hai algo en mi alma
que como borrasca se desencadena
i por la garganta,
a los estallidos del dolor estrecha,
entre imprecaciones de horror se me escapan
oraciones, suspiros i quejas...

¡Béljica, Béljica mártir!
¡Melancólica Béljica!
¡Qué se inspiren en tí los nacidos
en la gran democracia de América!
Que aprendan de tí con qué jesto se rinde
homenaje de amor a una idea:
a una idea, a un principio, a un derecho
que es color en la patria bandera,
voluntad colectiva en las leyes,
i heroísmo i honor en la propia conciencia!

III

Aceptemos que triunfe el malvado;
que, aplastada i sin voz la justicia,
quede al fin sin sanción ni castigo
el autor de esta lid fratricida:
los verdugos riendo su crimen,
i clamando venganza las víctimas!

Supongamos que el águila vuelva
entre gritos de triunfo a su negra guarida
después de pasear por Europa
como un estandarte sus alas sombrías,—
esas alas de sombra más tétrica
que la de los cascos del bruto de Atila...

Siempre habrá una mancha profunda i horrible
—más horrible que el resto de tus fechorías,—
en las hojas que ¡oh César! por batirte incienso
palaciegos serviles escriban;
siempre habrá una piedra de brillo nefasto
entre los florones que tus sienes ciñan;
siempre habrá en tus sueños un remordimiento,
siempre habrá en tus noches una pesadilla!

¡Será la falsía sin nombre,
será la increíble impudicia
con que desgarraste los votos solemnes
que a tus huestes el paso obstruían·
el cinismo de ogro con que encarneciste,
la promesa dada, la fé de tu firma!

IV

¡Béljica, Béljica mártir!
Aun huellan tu suelo las hordas,
aun jimen tus pueblos,

aún de los incendios la humareda flota,
Presentan iglesias i casas
caries monstruosas;
las vigas negruzcas
toman un fatídico aspecto de horcas
i en los campos inmensos, talados
a tea i a bomba—
donde ayer sonaran de faenas rústicas
las alegres notas
i sólo blasfemias, injurias i azotes
se escuchan ahora,—
los últimos restos de los viejos bosques
semejan fragmentos de osamentas rotas:
de los troncos torcidos en trájicos jestos
o en vagas posturas de acróbatas,
uno es una pierna de cuajo arrancada,
otro un brazo en que el golpe rebota,
otro un pecho a cercén rebanado,
otro un cráneo, una vértebra, un tórax...
¡Vestijios informes,
lívido mar muerto, ruina pavorosa
entre cuyas grietas renace la vida
i oh milagro! a cada primavera asoman
más blancos i puros los lirios,
más ricas en gracia i en color las rosas!

Esos bosques caídos, mordidos del fuego,
de cuyas raíces la esperanza brota,
esos bosques heridos de muerte

como el símbolo augusto los mira la Historia
¡oh Béljica mártir!
de la resistencia de tu raza heroica.
Ya tendrá de nuevo libertad tu pueblo;
tus reyes, corona;
i sobre los campos que ha hozado la guerra
entre himnos de triunfo pasará la gloria!

V

Libertad! Libertad! Tu que has sido
mi gran manantial de Juvencia, mi musa;
tú que diste al arquero de Suiza
el ojo certero, la mano segura;
tu que a Cromwell, Bolívar i Wáshington
cantaste canciones de amor en la cuna;
tú que ardes i vibras en la *Marsellesa*
i eres rayo en sus versos i trueno en su música;
tu que abrazas montañas i océanos
i eres madre amorosa de veinte repúblicas;
Libertad! Libertad! presta aliento
a los hijos de Béljica en lucha;
escarba en su herida, recuérdales todas
sus horas de duelo, una a una:
el templo incendiado, la fábrica en tierra,
los claustros desiertos, las aulas a oscuras,
tesoros de libros lanzados al viento,
hogares violados, familias en fuga,
tristes caravanas de ánimas en pena

por los campos yertos, por las landas mustias,
espejismos torvos en el horizonte
i el hambre, las pestes i el frío a su grupa:
en el aire buitres de cresta sangrienta
olfateando la carne insepulta,
i en el suelo buitres de casco prusiano
chapoteando en un charco de púrpura...

¡Libertad! Que en tus llamas enciendan
los poetas su verbo de treno i angustia,
i a ejemplo del gran Verhaeren
hablen hondo i ardiente a las turbas;
que den a sus cantos el ritmo de hierro
que a los hechos heróicos impulsa,
que vibren, que canten,
que griten, que rujan
i así Béljica, Béljica mártir
será libre otra vez, será augusta:
¡sangrada i deshecha por sus sacrificios,
pero acrisolada por su desventura!
I así Béljica, Béljica mártir,
Béljica homérica, Béljica única,
será libre otra vez al sumarse
a la blanca lejión de las patrias futuras,
con una tristeza infinita en el alma
i en cada sendero la cruz de una tumba,
¡pero nunca feliz bajo el yugo
ni á merced de los bárbaros nunca!

Eisen und blut...

No, Wilhelm! Yo no puedo celebrar tu grandeza.
No me importa el perímetro de tu imperial cabeza,
ni tus recios mostachos, ni tu mano anquilótica
ni tus pujos artísticos, ni tu fama estrambótica.

No me importa—aunque fuese pagado—todo el ruido
que precedió a menudo tus viajes, ni el bufido
de tus augustas fauces, ni el jesto de arrogancia
con que mirar solías el camino de Francia.

Nada de tí me importa, Napoleón de pega,
Nerón a la alemana, fantástico estratega,
astrónomo, poeta, filósofo, marino

que lo mismo revuelves las tablas de acimut
que el almanaque Gotha i el alfabeto chino...
Sólo me importa ¡oh César! tu lema: *Eisen und blut.*

La frase no era tuya (no era de ningún loco)
pero te la atrapaste sin reparo. Tampoco
nada hai de tí en la obra del Canciller de Hierro,
creador de los Hohenzöllern, a quien, por recompensa
decretaste un eclipse más duro que un destierro.
Enano te veías junto a su talla inmensa.

¿Le era preciso el ámbito del globo i del espacio
a tu jenio, en conserva dentro de tu palacio,
como esos fieros bichos que el zoólogo diseca
i que a los rapazuelos arrancan una mueca?

¡Quién sabe! Son terribles estos hombresde jenio.
I tú necesitabas, sin duda, de un proscenio
más vasto que tu propio país. No la de Marte
chispea como entonces chispeó tu pupila:
—¡Yo he de ser otro azote de Dios!—dijiste a Atila;
—¡Yo he de aventar tus huesos!—dijiste a Bonaparte.

Dejo que otros describan la trajedia sin nombre.
Nunca así con la fiera se ha confundido el hombre;
nunca así se ha abonado la ya escuálida tierra
con todos los sangrientos detritus de la guerra;

nunca la intelijencia del hombre tuvo un tino
mayor para las bellas artes del asesino.
¿Dije asesino? Es poco, pues ha sido incendiario,
i violador i espía, sacrílego i falsario,
Caín injerto en Judas, ladrón, traidor, verdugo...

I eso, a tí lo debemos porque a tu jenio plugo.

Pero yo dejo que otros describan la trajedia.
Mi ineptitud confieso. No soi enciclopedia
por lo demás, i es fácil leer los cablegramas:
buques hundidos; templos i hospitales en llamas,
éxodos de familias hambrientas; centenares
de pueblos hechos ruinas; desiertos los hogares,
las aulas, las usinas... Desmanes de la tropa
entre la masa inerme—lo inicuo, lo nefando—
i, en competencia trájica, los aviones trazando
parábolas de fuego bajo el cielo de Europa.

...Yo te reprocho ¡Oh, César! el que me hayas deshecho
una ilusión mui grande, que brillaba en mi pecho
como una estrella májica.

Yo amaba la cultura
jermánica, su espíritu soñador; yo creía
en sus príncipes muertos de amor i en la dulzura
romántica que fluye su estraña poesía.
Yo amaba la Alemania de Gutenberg; el fiero
arranque i la odisea del gran fraile Lutero;

la Alemania de Klopstock i de Goethe, *Las Campanas*
de Schiller, las dolientes baladas alemanas...
Más de una vez, con Heine—que es el Musset jermano—
me pareció que el libro palpitaba en mi mano;
i lloré oyendo a todos los magos del sonido
cuya memoria, dentro de mi alma, he bendecido.
Creía en la Alemania científica. Creía
en sus laboratorios i en su filosofía.
Sus universidades eran como astilleros
de eruditos doctores, pálidos i severos.
En mi entender, un sabio jermano era la suma
de todos sus colegas: lo que aplasta i abruma,
como aquel Topsius miope, rotundo i candoroso
que conoció en Oriente Teodorico Raposo.

I ahora, por tu causa, yo me siento tan triste!
I ahora, con la misma mano con que rompiste
aquello que llamaste «miserable cuartilla
de papel», me has quitado mi ilusión... Ya no brilla
la estrella que llevaba desde niño en el pecho...
¡No, Wilhelm, yo no puedo celebrar lo que has hecho!

Ni puedo perdonarte, como lo haría Cristo.
Porque es a tí a quien debo la pena de haber visto
filósofos, poetas, sabios (toda la Kúltur
jermánica) en un vuelo de famélico vúltur
¡*Eisen und blut!* cantando tras de las imperiales
huestes, como ellas mismas, frenéticos, brutales;
instándolas a que usen, para con los que oprimen,

todas sus arterías i sus crueldades todas;
¡loando la barbarie, justificando el crimen
con sus doctrinas cínicas i sus salvajes odas!...
....

Emperador! Emperador! Tu ceño
de neurótico César ya a nadie quita el sueño.
Tu megalomanía
cuesta a la Europa, al Mundo Moderno, la enerjía
de un siglo. Escrita tu sentencia está.
¡Eisen und blut! Tu dinastía
a hierro i sangre caerá...
¡Ya estoi viendo, al azote de anchas huracanadas,
un águila bicéfala con las alas tronchadas
i una ilusión de niño que no renacerá!

□ □

Nuestro siglo

Amo este siglo inquieto, neurótico, sombrío
i luminoso; siglo de la electricidad
i de la dinamita; siglo de los deportes
i de las bibliotecas; de la Guerra Mundial
i de las fundaciones de filántropos para
combatir los estragos de la mortalidad;
siglo carnavelesco,
siglo funambulesco,
hórrido i pintoresco,
de gracia i de enerjía, de egoísmo i piedad;
siglo del sufrajismo,
siglo del futurismo,
del parlamentarismo
i de las convenciones de la paz;

siglo de reyes mártires como Alberto de Béljica,
de aventureros trájicos como Bolo Bajá,
de poetas-soldados como Gabriel D'Annunzio
i de poetas místicos como Rabindranath;
siglo del trust i el sérum! Siglo de las hipótesis
raras i abracadabras! Siglo paradojal!
Siglo de tiranías i de revoluciones!
Siglo del super-hombre! Siglo del salvarsán!

Lo amo i lo admiro ex-corde porque en él vibro i canto.
Con todas sus locuras, con toda su maldad,
con su histeria i sus vicios,
con su incurable afán
de renovarse entero, de trasmutar valores,
lo veo, entre los siglos, colosal.

Se diría la aurora
i el trueno de un volcán.

Es el deslumbramiento del jénesis de un siglo.
Es un Apocalipsis, i es una Navidad.
Sopla un viento de vértigo
sobre la Humanidad,—
¡pobre ciega que viene del fondo de los tiempos
por los caminos del azar,
la fé—bordon endeble—perdida, i estraviado
su perro lazarillo,—el Ideal!
I ese viento de vértigo,
torbellino dantesco, frenético huracán,

sube a tales alturas que recuerda
la trájica espiral
trazada en el horror de las tinieblas
por el Rei de los réprobos: Satan!

¡La Humanidad en marcha! Siglo de oro
de luz, de hierro, de hambre... No ha habido tempestad
como la que hoi azota los rebaños humanos
i revuelve en las almas el légamo ancestral:
la Europa sumerjiéndose en un baño de sangre
ante el que temblarían Atila i Tamerlán;
toda la intelijencia de los hombres
absorbida en la estúpida tarea de matar;
los pájaros mecánicos en lo alto,
los siniestros nautilus bajo el mar;
laboratorios, fábricas, usinas,
no son más que las fraguas de un titán
las alquimias de un brujo vuelto loco
que al mundo entero contajió su mal.
¡La Humanidad en marcha! Sonreíd, oh tiranos
que la Historia nos hizo abominar;
i vosotros, filósofos que errasteis
por todos los senderos buscando la verdad,
decid qué se persigue con desolar la tierra
con aplastar en flor la mocedad
de las razas, con darse a la matanza
para ofrecer en aras de qué altar
coronas sin cabezas, cabezas sin corona,

coronas sin cabezas, cabezas sin corona,
ciudades sin familias,
familias sin hogar,
talleres sin labor, campos sin trigo,
muchedumbres sin lei, bocas sin pan!...

(I sin embargo, creo...
Creo en la Humanidad i en su destino
superior, como creo en lo divino
que late en la inquietud, i en el deseo,
i en los sueños de amor, i en la esperanza
de todo humano corazón. ¡Dios sabe
cómo al fin nos repugna la venganza,
cómo el odio es infausto, i cómo es suave
soñar en esa luz,—astro naciente
de una constelación desconocida—
que rodará algun día, hecha torrente,
sobre el páramo inmenso de la vida!...)

Amo este siglo inquieto, neurótico, sombrío
i luminoso al par.
Acaso sea porque, contradictorio, río...
¡por no romper a sollozar!
Sentimental, vibrante, piadoso hasta en lo impío,
incorrejible soñador,
enfermo de ilusión, muerto de hastío,
amo este siglo ardiente ¡porque lo siento mío
en la verdad i en el error!

Las mejores poesías *compuestas*
por Víctor Domingo Silva han sido editadas por
la Casa Minerva, e impresas en los talleres
de la Sociedad Imprenta i Litografía
"Universo"
en 18 de Agosto de 1918.